

LA PALABRA

del Señor

PERMANECE PARA SIEMPRE



OCTUBRE-DICIEMBRE
DEVOCIONES DIARIAS

Vol. 3, No. 4
del 1 de octubre al 31 de diciembre de 2025

Autores devocionales diarios:
octubre: Rvdo. Ezequiel Rautenberg
noviembre: Rvdo. Ybán Navarro
diciembre: Rvdo. Osmel Soliz

2025 © Proyecto VDMA
Misión LCMS América Latina y el Caribe
Para contactarnos: VDMA@lcmsintl.org

Se concede permiso para hacer copias de estas devociones para su distribución a otros. Al hacer copias, el material de este libro no se puede cambiar ni vender.

Foto de tapa
2025 © Brian Alexander Naumann.
Tomado mientras que estuvo montado en camello en Marruecos.



Producido por Proyecto VDMA con el apoyo de **Fundación Patrimonio Luterano**.
www.LHFmissions.org

Los textos bíblicos que aparecen en este libro son de la Reina-Valera 1960. *Oración y devociones diarias para individuos o familias* fue adaptado de *Culto Cristiano* © Publicaciones “El Escudo” 1978. *Otras oraciones para los días de la semana* fueron adaptadas de *Libro de Oraciones* por Juan Federico Starck. David Haeuser, traductor. Misión del Sínodo Evangélico Luterano. Lima, Perú. 1995.



Oración y devociones diarias para individuos o familias

Líder: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos: Amen.

Todos: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nos tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo; el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación; más líbranos del mal; porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

Todos: Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestra Señor; que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la Virgen María; padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso; y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo; la santa iglesia cristiana, la comunión de los santos; el perdón de los pecados; la resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén.

Usar si orando en la mañana:

L: A Ti he clamado, ¡oh, Señor!

T: Y de mañana mi oración se presentará delante de Ti.

L: Sea llena mi boca de tu alabanza:

T: De tu gloria todo el día.

L: Señor, esconde tu rostro de mis pecados:

T: Y borra todas mis maldades.

L: Crea en mí, ¡oh, Dios!, un corazón limpio:

T: Y renueva un espíritu recto dentro de mí.

L: No me eches de delante de Ti:

T: Y no quites de mí su Santo Espíritu.

L: Dígnate, Señor, en este día:

T: Preservarnos de pecado.

Usar si orando en la tarde:

L: Bendito eres Tú, ¡oh Señor Dios de nuestros padres!

T: Y digno de ser en gran manera alabado y glorificado para siempre.

L: Bendigamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

T: Le bendecimos y magnificamos para siempre.

L: Bendito eres Tú, ¡oh, Señor!, en la expansión de los cielos:

T: Y digno de ser alabado y glorificado y ensalzado para siempre.

L: El Todopoderoso y misericordioso Señor nos bendiga y preserve:

T: Amen.

L: Dígnate, Señor, en esta noche:

T: Preservarnos de pecado.

Para la mañana y la tarde

L: Señor, ten piedad de nosotros:

T: Ten piedad de nosotros.

L: Sea tu misericordia, Señor, sobre nosotros:

T: A la manera que en Ti esperamos.
L: Escuchas, Señor, mi oración:
T: Y está atento a la voz de mis ruegos.

***Ahora lee el texto bíblico y la meditación para la fecha de hoy,
que encontrarás in este libro devocional diario.***

Oración final de la mañana (por Martín Lutero)

T: Te doy gracias, Padre celestial, mediante Jesucristo, tu amado Hijo, porque me has protegido en la noche pasada de todo mal y peligro, y te ruego que también en este día me guardes de pecado y todo mal, para que te agraden mi vida y todas mis obras. En tus manos encomiendo mi cuerpo, mi alma y todo cuanto soy y tengo. Amén

Oración final de la tarde (por Martín Lutero)

T: Te doy gracias, Padre celestial, mediante Jesucristo, tu amado Hijo, porque me has protegido con tu gracia durante el día. Te ruego que me perdones todos mis pecados que he cometido y con los cuales he hecho mal, y me guardes con tu gracia en esta noche. En tus manos encomiendo mi cuerpo, mi alma y todo cuanto soy y tengo. Tu santo ángel sea conmigo, para que el maligno no tenga ningún poder sobre mí. Amén.

La Bendición

L: La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sea con todos nosotros.
T: Amén.

Otras oraciones para los días de la semana

Domingo por la mañana

Oh Dios misericordioso, permite que pase este domingo en tu temor y tu gracia. Guárdame de malos compañeros, para que Satanás no me impida asistir al culto divino con sus agentes malignos, y ayúdame a rehusar seguir sus engaños. Guárdame, para que no pase este día en ocio, indolencia, pasatiempos y pecados, y así hacerle grave daño a mi alma. Concédeme tu Espíritu Santo para que oiga y aprenda gustosamente tu santa palabra hoy. Cuando se predica esta palabra, abre mi corazón para que preste atención y la reciba, y la guarde allí como un tesoro precioso. Ayúdame a edificarme este domingo en mi fe cristiana, y a crecer en el conocimiento de la verdad. Concede que la palabra que oiga en la iglesia me cambie y me santifique. Amén.

Domingo por la tarde

Este es el día que ha hecho el Señor; nos alegraremos y nos regocijaremos en él. Te doy gracias, Oh Dios, por las muchas bendiciones que me has dado en este día. Fue en un domingo que Jesús, mi Salvador, resucitó del sepulcro, y en que el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles. Por tanto es apropiado que en este día traiga a la memoria mi redención por medio de Jesucristo, y el don del Espíritu Santo, que fue derramado en abundancia sobre mí en el santo Bautismo. Te doy gracias por la palabra pura y santa, la cual ha sido predicado en este día conforme a tu ordenanza para la instrucción y edificación de mi alma. Amén.

Lunes por la mañana

Hazme oír tu misericordia en la mañana; porque en ti confío: hazme conocer el camino en que debo andar; porque a ti levanto mi alma. Dios santo, bueno, el único sabio, tú has creado los cielos, y has puesto los fundamentos de la tierra. Has ordenado el cambio de noche a día, de luz a tinieblas, de labor a descanso, para que se refresquen los hombres y las bestias. Te alabo y te magnifico en esta hora de la mañana por tu sabiduría y tu fidelidad paterna. Misericordiosamente has escuchado mis oraciones, y me has preservado durante la noche pasada de la enfermedad y de otros males. Has rodeado con tu protección a todo lo mío. Señor, grandes son tus obras que has manifestado a los hombres; tu misericordia está en los cielos, y tu fidelidad alcanza hasta las nubes. Yo me dormí, pero tú vigilaste. Dormido, yo estaba como muerto, pero tú me has hecho ver otra vez la luz del sol. Amén.

Lunes por la tarde

En paz me acostaré y dormiré; porque sólo tú, Señor, me haces vivir confiado. Oh, Dios eterno y todopoderoso, éstos son mis pensamientos de la tarde ahora que busco descansar. ¿Cómo te daré suficientes gracias porque tú has guardado mi salir y entrar de modo que no he sufrido ningún daño? Tú me has dado comida y bebida; me has consolado y refrescado; tu visitación ha preservado mi espíritu; y por medio de ti y de tu gracia aún vivo en este día. Todas estas y otras misericordias son voces que me invitan a alabarte. Por tanto, ¡bendice, alma mía, al Señor, y bendiga todo mi ser su santo nombre! ¡Bendice alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios! Amén.

Martes por la mañana

Oh Dios misericordioso, cuya bondad y fidelidad se renuevan cada mañana, te doy gracias y alabanza con corazón y voz porque otra vez me has permitido levantarme en salud de mi cama esta mañana, y has preservado mi cuerpo de daño y mi alma de pecado. ¡Cuán excelente es tu misericordia oh, Dios! Por eso los hijos de los hombres ponen su confianza bajo la sombra de tus alas y están protegidos allí por tu poder. La oscuridad ha pasado, y veo otra vez la luz del sol. Concédeme la gracia de andar en tu luz todo este día, y a huir de las obras de las tinieblas. Amén.

Martes por la tarde

Señor, al pasar este día, quita mis transgresiones. Jesús, borra mis pecados con tu santa sangre. Espíritu Santo, asegúreme del perdón de todos mis pecados antes que me duerma. Cuando estoy así absuelto de toda mi culpa, oh, Dios trino, con calma me dormiré, y mañana seré más diligente para evitar todo lo que te desagrade. Padre mío, cúbreme a mí y a mi familia con tu amor. Mi Jesús, en tus heridas descanso en paz y seguridad. Oh, Espíritu Santo, antes de dormirme, inspira en mi corazón el último suspiro con que encomiendo mi espíritu en las manos de Dios. Amén.

Miércoles por la mañana

¡Despierto, y aún estoy contigo, oh, Dios misericordioso, y amante, mi Roca, mi Fortaleza y mi Libertador, mi Escudo y el Cuerno de mi Salvación, y mi Torre Fuerte! Levanto mi voz en esta hora temprana al trono de tu gracia, y te doy gracias porque durante la noche que ha pasado has preservado mi cuerpo y mi alma de todo daño. Bendito sea el Señor todos los días, y bendito sea su nombre para siempre. Dios mío, tu preservas mi vida día con día, para que pueda prepararme para la eternidad y entregar mi alma a ti como tu posesión y morada. Tú me has creado para la vida eterna. No quieres que perezca, sino que me arrepienta y viva. Concede que yo me ocupe este día con mi propia salvación con temor y temblor. Oh, Jesús, mi Mediador, haz mi corazón tu morada. Amén.

Miércoles por la tarde

Perdóname oh, Dios misericordioso, todos los pecados que haya cometido contra ti este día en pensamiento, palabra y obra. Ayúdame a dejar, junto con mi ropa, cada mal costumbre, impropiedad y pecado. Concede que mañana y por lo demás de mi vida los aborrezca y los abandone. Ayúdame a desvestirme, según la antigua manera de vivir, al viejo hombre, y nunca a volverlo a poner. Durante la noche que viene permite que yo, junto con todos mis parientes y los miembros de mi casa, duerman en paz y seguridad bajo tu gracia protectora. Amén.

Jueves por la mañana

Escucha, oh, Señor, mis palabras; considera mi suspiro. Atiende a la voz de mi clamor, Rey mío y Dios mío, porque a ti oraré. Oh, Dios bondadoso y misericordioso, te alabo y te magnifico en esta hora de la mañana, no solamente porque como un padre me has sostenido y preservado desde mi juventud, sino también porque has sido mi protección y mi auxilio durante la noche pasada, y has permitido que otra vez me levante con salud para alabarte y ver la bienvenida luz del día. Prometo en esta hora de la mañana que te serviré con cuerpo y alma, y me entregaré enteramente a ti. Estoy resuelto de que mi boca no ofenderá hoy con el resultado de cargarme con una gravosa responsabilidad a causa de conversación necia y palabras pecaminosas. Mora en mí, santifica, guía y límpiame más y más por tu gracia. Amén.

Jueves por la tarde

Oh, Dios y Padre generoso y misericordioso, otra vez vengo ante tu rostro en esta hora de la noche con un corazón agradecido porque tu gracia ha derramado sobre mí innumerables bendiciones. Tu longanimidad me ha perdonado; porque no me has castigado como merecí. Perdona todas mis transgresiones con que te he ofendido abiertamente o en secreto. Debo ser más fuerte en combatir el pecado, más celoso en las buenas obras, más cuidadoso al hablar, más piadoso en mi conducta. Desde ahora permite que evite con diligencia todas las cosas con las cuales te he ofendido hoy. Si mis pecados son grandes, tu misericordia es mucho más grande; si tú no fueras un Dios misericordioso Señor, ¿quién podría vivir? Ahora me acuesto para descansar. Cierra detrás de mí, oh, Dios, la puerta, como hiciste con el arca de Noé, para que ninguna inundación de tribulación me pueda anegar. Permite que tus santos ángeles me tomen en su protección, para que mis enemigos, visibles o invisibles, no estorben mi sueño. Amén.

Viernes por la mañana

Mi corazón está firme oh, Dios; está firme mi corazón. Cantaré y entonaré salmos. Oh, Dios misericordioso, y amante, mi Padre, Redentor y Santificador, levanto mi corazón y mis manos en esta hora de la mañana al trono de tu divina majestad, desde donde tantas bendiciones han sido derramadas sobre mí durante toda mi vida, y también durante la noche pasada. Durante esta noche tú has sido mi Fortaleza, mi Protección, mi Libertador, mi Castillo Fuerte, mi Auxilio en toda necesidad, mi Consuelo, mi Escudo, sí, Todo para mí. Oh, Dios y Señor mío, reconozco que no soy digno de todas estas bendiciones. Tú pensaste de mí en medio de la oscuridad; y mientras las sombras oscuras mi rodeaban, tu cuidado paternal protegió mi cuerpo y mi alma contra el daño y peligro. Por tanto te alabo y magnifico tu nombre. El Señor ha hecho grandes cosas para mí, me alegraré. Amén.

Viernes por la tarde

Ahora me acuesto para descansar, mi Jesús. Cubre los dinteles de mi corazón con tu santa sangre para que no se me acerque ningún mal. Si tú estás conmigo, no temeré. Has estado a mi lado durante el día, en dondequiera que he ido. Has puesto tu bendición en todas mis actividades. Has prosperado todo lo que he emprendido en tu nombre. Quisiera que las palabras de José hubieran sido mi lema constante durante este día: “¿Cómo, pues, puedo hacer este gran mal y pecar contra Dios?” Perdóname en misericordia todo el mal que he cometido, hablado o pensado contra ti durante este día. Con la declinación del día permite que se desvanezcan también mis pecados y el castigo por mis pecados, para que no sean recordados eternamente. Amén.

Sábado por la mañana

Hazme saber oh, Jehovah, mi final, y cuál sea la medida de mis días, para que pueda saber lo frágil que soy: tales son mis pensamientos, Oh Dios fuerte y todopoderoso, ahora que he alcanzado el fin de la semana; porque tú me has permitido levantarme con salud en este último día de la semana. Te alabo en esta hora de la mañana, porque me has protegido y defendido tan gloriosa y poderosamente en cuerpo y alma, de modo que no ha podido estorbarme ningún peligro ni aflicción. Dios mío, tan poco como las estrellas del firmamento, como la arena a la orilla del mar, como las gotas de agua en el mar se pueden enumerar, tan poco puedo contar las bendiciones que he recibido de ti durante toda mi vida, y también durante esta semana. Amén.

Sábado por la tarde

Grandes cosas ha hecho Jehová para mí, me alegraré. Es apropiado que hable así, Señor y Dios mío, ahora que he llegado con seguridad al final de una semana ¡Qué excelente es tu misericordia oh, Dios! Dios mío, has extendido tus alas sobre mí, me has guardado en salud y me has bendecido; me has acompañado y preservado; me has manifestado innumerables beneficios en cuerpo y alma y también has permitido a mis seres queridos gozar de tu protección y tu gracia. Seguramente es Dios quien ha hecho todo esto; es obra del Señor que yo haya pasado esta semana en seguridad. Debido a todo esto, permite que te ofrezca mi amor, alabanza, y ferviente exaltación desde lo más profundo de mi alma. Recibe mis acciones de gracias por tu protección y tu gracia; por tu amor y tu auxilio; por todos los beneficios que me has otorgado en cuerpo y alma. Amén.

OCTUBRE

El texto bíblico y la meditación

1 de octubre

Texto: San Mateo 6:16-34

Tesoros eternos

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (San Mateo 6:19-21).

Hay momentos en que somos bastante desagradecidos con lo que Dios nos da, y anhelamos tener más y más. No estamos diciendo que esté mal querer progresar en esta vida. Pero en el afán de desear más de lo que tenemos nos olvidamos de que las riquezas de esta tierra son pasajeras y no duran para siempre. Sobre esto nos advierte Jesús cuando nos dice que las cosas de este mundo, a las cuales llamamos tesoros, son cosas que se corrompen, se oxidan, se deshacen y pueden sernos quitadas por los ladrones. Ciertamente en estas cosas no está la vida eterna, aunque a veces en ellas se nos va la vida, el tiempo, y el esfuerzo. Nuestro pecado de la codicia nos lleva a desvivirnos por lo material y dejar de lado los tesoros que permanecen para siempre.

Con sus Palabras Jesús nos orienta a poner nuestra mirada más allá de este mundo. Jesús abre nuestros ojos y nos muestra dónde está el verdadero tesoro: En Él mismo. Cristo es nuestro tesoro de salvación, de perdón y de vida eterna. En Él nuestro corazón está seguro. En el Salvador, que dio la vida en la cruz para darnos tesoros eternos, nuestra alma descansará en el cielo, donde nada ni nadie podrá quitarnos nuestro eterno tesoro. Esta maravillosa riqueza de salvación y perdón ya la disfrutamos hoy cada vez que en la iglesia nos congregamos y nos encontramos con Él en su Palabra, en su Bautismo y en su Cena. En Cristo somos ricos.

Señor Dios, gracias por los tesoros que nos regalaste. Gracias por cuidarnos en cuerpo y alma, y guardar nuestro corazón por toda la eternidad. Por Cristo Jesús, nuestro tesoro eterno. Amén.

(Siente el alma puros goces - HL #412, estr.6)

Ven con tu pobreza, hermano,
¡Sin dudar! que llenar quiere aquí su mano.
Es incomparable al oro
Lo que Él da, do Él está, no hay mejor tesoro.

2 de octubre

Texto: San Mateo 7:1-12

¿Pescado o serpiente?

“¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan” (Mateo 7:9-11)?

Si les diéramos a los más pequeños todo lo que nos piden les haríamos daño. Si les diéramos todos los caramelos que desean sus dientes se destruirían rápidamente. Si les brindáramos todos los juguetes que pidieran no nos alcanzaría el dinero para alimentarlos y vestirlos apropiadamente. Esto lo entendemos claramente. Pero no siempre comprendemos por qué nuestro Padre celestial no nos da todo lo que le pedimos. En ocasiones nos comportamos como niños caprichosos que se enojan ante la negativa de nuestro Dios de concedernos aquello que deseamos. Quisiéramos ser nosotros los padres que dan las órdenes, aunque la verdad es que somos los hijos del Padre, nacidos por el agua del Bautismo. Pero aun siendo hijos del dueño del universo, nuestro pecado nos impide ver qué es lo que precisamos.

Jesús nos consuela recordándonos que Dios nos dará lo bueno, nunca lo malo. Nuestro Padre del cielo quiere lo mejor para nosotros: Nuestra salvación y vida eterna. Si algo que pedimos impide que se haga Su voluntad de salvación, no nos lo dará. ¡Qué buenas noticias! Podemos estar convencidos de esto en que nos dio a su único Hijo para morir por nosotros y que, creyendo en Él, tengamos vida eterna. Este Salvador sigue viniendo a nosotros en el pan y el vino de la Santa Cena. En la mesa del altar recibimos lo que es bueno para nosotros: A Jesucristo, el pan de vida y perdón.

Gracias Padre del cielo por darnos lo bueno. Ayúdanos a tener un corazón agradecido por todo lo que nos das. Por Cristo, quien dio la vida por nosotros. Amén.

(Por lo hermoso que hay, Señor – HL #970, estr.1)

Por lo hermoso que hay, Señor
En la tierra, el cielo, el mar,
Por tu paternal amor,
Por tu bendición sin par.

3 de octubre

Texto: San Mateo 7:13-29

Bases firmes

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina” (San Mateo 7:24-27).

La Biblia no es un libro de ingeniería. Esta parábola no habla de cómo construir nuestra morada terrenal, sino de cómo edificamos nuestra vida espiritual. Hay dos formas de hacerlo: Sobre la Roca, es decir sobre Cristo y su Palabra, o sobre la arena, esto es, sobre nuestra propia sabiduría. Jesús es muy claro al

mostrarnos los resultados de una opción u otra. Lamentablemente actuamos con imprudencia y a diario tomamos decisiones afirmados en nosotros y no en la Palabra. Cuando no oímos de buena gana las Escrituras, ni las ponemos en práctica, caemos en la ruina espiritual frente a los impetuosos ataques del diablo, del mundo y de nuestra débil carne. Somos golpeados por estos enemigos del mal y, al no estar bien afirmados sobre el Evangelio de Jesús, caemos en pecado, desesperación, peleas, envidias, codicias, y otros graves vicios y ofensas.

Sin embargo, Jesús no nos deja en la ruina espiritual. El Señor es Aquél que el salmista nos revela como el que *“levanta a los caídos”* (Sal 146:8). Con su perdón, ganado en la cruz, Él vuelve a ponernos en pie y edifica nuestras vidas sobre sí mismo. Jesús es la Roca firme donde la Iglesia es construida para que pueda soportar los ataques de los enemigos. Jesús es la Roca de salvación donde correctamente edificados, por fe en Él, prevaleceremos aún contra las mismísimas puertas del infierno (Mt 16:18). Construyamos nuestras vidas, y la de nuestra familia, oyendo la Palabra de Jesús a diario y cada vez que nos congregamos. En Cristo tenemos bases firmes que duran por toda la eternidad.

Padre, te damos gracias por edificar nuestras vidas sobre el perdón de Cristo. Abre nuestros oídos para que oigamos la predicación y tu Palabra, y la pongamos en práctica. Por Jesús, nuestra Roca de Salvación.

(Jesús es la Roca – HL #795, estr.1)

Jesús es la roca de mi salvación,
Él es quien me libra de condenación.
Jesús es mi fuerte, leal protector,
Viviendo en su gracia demuestro su amor.

4 de octubre

Texto: San Mateo 8:1-17

Sí, quiero.

“Cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente. Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció” (San Mateo 8:1-3).

“El “no” ya lo tienes”. Esta es una frase que algunas personas usan para prepararse ante una respuesta negativa. De esta forma si la respuesta es un “sí”, y esperaban un “no”, pareciera que la alegría es mayor. En este mundo pensamos así porque los “no” son muchos. “No aprobaste el examen”. “No te alcanza el dinero para lo que quieres”. “Ya no trabajarás más con nosotros”. “Los resultados de tus análisis no son buenos”. Los “no”, generalmente, los asociamos a cosas malas. También podemos relacionarlos con nuestro pecado cuando confesamos a Dios en arrepentimiento: “No te hemos amado de todo corazón; no hemos amado a nuestro prójimo como a nosotros mismos” (HL #151).

Pero no desesperemos porque, ante los “no” de la vida y de nuestro corazón pecador, aparecen los “sí” de Dios. Podemos tener certeza de esto al leer nuestro Evangelio de hoy. Cuando el leproso se postró y pidió *“Señor, si quieres, puedes limpiarme”*, Jesús le respondió con una gran afirmación: *“Quiero; sé limpio”*. El

Salvador tiene esta misma compasión hacia nosotros. Cuando confesamos nuestros pecados podemos tener la certeza de que Jesús nos responde con misericordia. Con su vida perfecta, y su sacrificio en la cruz, el Señor hizo todo lo necesario para poder decirnos *“sí, te perdono todos tus pecados”*. Gracias a Cristo, Dios Padre sí nos ama, sí nos perdona, sí nos consuela, sí nos provee diaria y abundantemente de todo lo que necesitamos, sí nos regala la vida eterna.

Gracias Padre amado, por darnos tu “sí” de amor y perdón. Ayúdanos a recordar tus promesas que en Cristo “son en él Sí, y en él Amén” (2 Corintios 1:20). En el nombre de Jesús. Amén.

(Haz lo que quieras - HL #952, estr.3)

Haz lo que quieras, Señor, de mí;
Quita mis penas y mi dolor;
Tuyo es, ¡oh, Cristo!, todo poder:
Tu mano extiende, y sanaré.

5 de octubre

Texto: San Mateo 8:18-34

Verdadero hombre y verdadero Dios

“Y vinieron sus discípulos y le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos! Él les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza. Y los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen” (San Mateo 8:25-27)?

Para algunas personas Jesús fue tan solo un gran hombre, ¿pero Él es tan solo eso? Nuestro Evangelio de hoy nos muestra la humanidad del Señor al contarnos que Él estaba dormido, así como cualquiera de nosotros duerme. En un momento de desesperación sus discípulos clamaron a Él y le dijeron *“¡Señor, sálvanos, que perecemos!”* Los asustados tripulantes esperan que el Señor resuelva la situación y están en lo correcto: ¡Él puede hacerlo! Con el poder de su Palabra reprendió al viento y al mar y todo quedó en completa calma. Si Jesús fuera tan sólo un simple hombre no podría haber hecho semejante prodigio. Si el Señor sólo fuera hombre aún estaríamos perdidos en nuestros delitos y pecados. Si Jesús sólo fuera un ser humano nuestro destino eterno sería la perdición.

La buena noticia es que el Señor es también verdadero Dios. Jesús es Aquél al que el salmista invoca diciendo: *“Oh Jehová, Dios de los ejércitos, ¿Quién como tú? Poderoso eres, Jehová, Y tu fidelidad te rodea. Tú tienes dominio sobre la braveza del mar; Cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas” (Sal 89:8-9)*. Sólo Dios puede llevar paz al bravo mar y Jesús lo hizo. *“¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen”?*, se preguntaron los discípulos. Es Dios hecho hombre. Es el Salvador del mundo que dio la vida por nosotros en la cruz para nuestro perdón. Es el que nos conduce a la vida eterna en el cielo. Jesús es verdadero hombre y verdadero Dios.

Padre celestial, gracias por enviar a Jesús a ser uno de nosotros y a hacer lo que solo Tú puedes hacer: Salvar y perdonar. Ayúdanos a confiar en Él en todas las situaciones de la vida. Por Cristo, verdadero Dios. Amén.

(Maestro se encrespan las aguas – HL #939, estr.3)

Maestro, pasó la tormenta;
Los vientos no rugen ya.
Y sobre el cristal de las aguas
El sol resplandecerá.
Maestro, prolonga esta calma;
No me abandones más.
Cruzaré los abismos contigo,
Gozando bendita paz.

6 de octubre

Texto: San Mateo 9:1-17

El médico de los pecadores

“Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento” (San Mateo 9:12-13).

Si no reconocemos que estamos enfermos nunca iríamos al médico a menos que nos lleven por la fuerza. Los que no reconocían su enfermedad espiritual de pecado eran los fariseos, quienes se consideraban mejores que los demás y buenos a los ojos de Dios. Ellos eran como un enfermo que no reconoce su afección y por eso rechaza la ayuda del doctor. Por esta razón ellos resistían a Jesús, el médico de los pecadores. Nosotros también debemos luchar contra la tentación de creernos libres de pecado y mejores que los demás. Es necesario que en arrepentimiento reconozcamos que, desde nuestro nacimiento, somos enfermos espirituales por causa del pecado.

Cuando esto sucede estamos listos para recibir el remedio de Cristo que dice con amor: *“Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos...no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento.”* Jesús es el médico de los pecadores arrepentidos. Él nos brinda su medicina de perdón, ganada en la cruz, de diferentes maneras. Él regenera y sana nuestros corazones caídos por el agua y la Palabra del Bautismo. También nos da su remedio de perdón y vida eterna cada vez que tomamos su cuerpo y sangre en la Santa Cena. Él nos habla y cura nuestra alma cuando reunidos en su nombre oímos su Evangelio restaurador.

Amado Padre, gracias por sanarnos por medio de la llaga de Cristo en la cruz. Gracias por darnos el remedio de la salvación y vida eterna por medio de la fe en Él. Guíanos siempre a que nos arrepintamos y reconozcamos que necesitamos de ti y tu Hijo Jesús. En su nombre te lo pedimos. Amén.

(Tal como soy de pecador – HL #808, estr.3)

Tal como soy, con mi maldad,
Miseria, pena y ceguedad;
Pues hay remedio pleno en Ti:
Cordero de Dios, heme aquí.

7 de octubre

Texto: San Mateo 9:18-38

Dormidos en Cristo

“Al entrar Jesús en la casa del principal, viendo a los que tocaban flautas, y la gente que hacía alboroto, les dijo: Apartaos, porque la niña no está muerta, sino duerme. Y se burlaban de él. Pero cuando la gente había sido echada fuera, entró, y tomó de la mano a la niña, y ella se levantó” (San Mateo 9:23-25).

Al mundo sin Dios le es imposible encontrar esperanza en medio de la muerte. Por eso muchos evitan hablar de este tema y cuando alguien muere no suelen usar la palabra “murió”. Prefieren usar otro vocabulario como “falleció”, “pasó a mejor vida”, “colgó los guantes”, “se fue a vivir a una estrella”. Así piensan que podrán aliviar el dolor ante un evento tan terrible. Esta es la triste realidad cuando Cristo no está en nuestras vidas. Sin Jesús, la muerte sólo es incertidumbre, tristeza, angustia, dolor, desesperanza y alboroto. Así estaban los familiares, amigos y vecinos del principal que fue a pedir ayuda al Señor ante la muerte de su hijita: alborotados.

Pero el Señor de la vida y la resurrección se hace presente y les da esperanza al decirles “*la niña no está muerta, sino duerme*”. Estas palabras también son para nosotros y todos los que creen en el nombre de Jesús. Si el Señor de la vida está en nuestros corazones, por medio de la fe en Él, y la Palabra que hemos oído, la muerte no es muerte eterna. Con Cristo, la muerte es tan solo el pasaje de esta tierra al reino celestial. Con su propia muerte y resurrección Jesús trajo a la luz la inmortalidad y comparte su vida con todos los que creen en su nombre. Con el Señor, aunque debamos enfrentar la peor de las muertes, seremos despertados a la vida eterna en el cielo.

Gracias, amado Dios, por regalarnos la vida eterna por tu Palabra en el cielo por medio de la fe en tu Hijo. Cuando debamos enfrentar el dolor de la muerte, recuérdanos por tu Espíritu Santo la esperanza de vida que tenemos en el Señor. Cuando debamos enfrentar nuestra propia muerte permítanos confiar en tus promesas y despiértanos en la eternidad. En el nombre de Jesús. Amén.

(Comprado con sangre – HL #889, estr.1)

Comprado con sangre por Cristo,
Con gozo al cielo yo voy;
Librado por gracia infinita,
Ya sé que su hijo yo soy.

8 de octubre

Texto: San Mateo 10:1-23

Dignos

“Mas en cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos quién en ella sea digno, y posad allí hasta que salgáis. Y al entrar en la casa, saludadla. Y si la casa fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá a vosotros” (San Mateo 10:11-13).

Cuando Jesús envió a sus discípulos a predicar su mensaje de paz entre el cielo y la tierra, algunos eran dignos de recibirlo y otros no. ¿En dónde estaba la dignidad esperada? ¿Acaso Jesús se refiere a poseer inteligencia, conocimiento, riquezas y poder? ¿Eso nos hace dignos? En el mundo caído en pecado puede que las cosas se midan así, pero no en el reino de los cielos. Si dependiera de nosotros ninguno sería merecedor de recibir el mensaje de Cristo y su paz. Nuestra dignidad ante Dios no está en nuestras capacidades. Como dijo el profeta *“todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia”* (Isa 64:6). ¿Entonces?

Lo que nos hace dignos de recibir este mensaje salvador es la fe que Dios nos regala por medio de su Espíritu Santo que viene por su Palabra. La Palabra unida al agua del Bautismo nos viste de ropas dignas, *“porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”* (Gál 3:27). La fe en Cristo y su Palabra nos cubre de su justicia y santidad y nos hace preciosos a los ojos de nuestro Padre del cielo. Es por Cristo, el crucificado y resucitado, que recibimos la paz de su perdón y salvación. Él nos hace dignos.

Todopoderoso Dios, te damos gracias por vernos con misericordia a través de Cristo y su obra salvadora en la cruz. Gracias por traer a nosotros el mensaje de paz eterna por medio de tus enviados. Vístenos siempre de tu justicia y santidad y ayúdanos a tratar a otros con la misma misericordia que Tú nos tratas a nosotros. Por Cristo. Amén.

(Mensajero de la paz – HL #1035, estr.5)

Al entrar en una casa,
Saluden anunciado la paz.
Es hermoso ver bajar de la montaña
Los pies del mensajero de la paz.
Es hermoso ver bajar de la montaña
Los pies del mensajero de la paz.

9 de octubre

Texto: San Mateo 10:24-42

¡Esto sí que es vida!

“El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (San Mateo 10:39).

“¡Esto sí que es vida!” Esta es una frase que solemos decir cuando disfrutamos de lo que estamos viviendo. ¿Pero dónde está la vida verdadera? En nuestro Evangelio para hoy Jesús nos llama a ver que la vida verdadera no se encuentra en los placeres pasajeros de este mundo. En ellos no hay vida, al menos no la vida eterna. Esto no significa que no podamos disfrutar de la creación de Dios, pero pensar que estas cosas nos darán una buena vida por siempre es engañarnos a nosotros mismos. Tampoco es vida disfrutar de bienestar y paz con las personas que nos rodean si eso implica dejar de lado a Aquél que es *“el camino, la verdad y la vida”* (Jn 14:6). Negar a Jesús para sentirnos cómodos nos llevará a perder la vida eterna, aunque sintamos que la estamos encontrando al no enfrentar problemas por causa de la fe. Debemos reconocer que no nos gusta mucho esto de perder la vida para encontrarla. No queremos perder. ¡Queremos ganar! No queremos sufrir. ¡Queremos gozar! Si dependiera de nosotros, jamás encontraríamos la vida verdadera y eterna, porque no estamos dispuestos a perder ni a sufrir.

Jesucristo, una vez más, hace lo que nosotros no podemos. Él perdió para que nosotros ganemos. Él entregó su vida en la cruz para todos y que nosotros recibamos, por fe en Él, atreves de su Palabra el perdón de los pecados. Él murió para que nosotros vivamos. Él sufrió para que nosotros gocemos. Él resucitó para que nosotros resucitemos. Él ascendió a los cielos para que, algún día, estemos con Él y podamos decir por siempre: ¡Esto sí que es vida!

Señor Dios, gracias por darnos en Cristo la vida verdadera que nunca termina. Danos en el oír de tu Palabra, más fe para tomar nuestra cruz y seguirte. Por Cristo Jesús. Amén.

(Pon tus ojos en Cristo – HL #885, estr.2)

De muerte a vida eterna
Te llama el Salvador fiel,
En ti no domina el pecado,
Hay siempre victoria en Él.
Pon tus ojos en Cristo,
Tan lleno de gracia y amor,
Y lo terrenal sin valor será
A luz del glorioso Señor.

10 de octubre

Texto: San Mateo 11:1-19

¡Sí, es Él!

“Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (San Mateo 11:4-6).

En los tiempos de Jesús las personas dudaban de que Él sea quien pensaban: el Mesías prometido que rescataría al pueblo de sus pecados. Saber si Él era o no el Salvador del mundo era una pregunta de vida o muerte. Juan el Bautista no quería que sus discípulos tuvieran esta incertidumbre, por eso los envió a preguntarle al Señor: *“¿Eres tú aquel que había de venir, o esperamos a otro?”* Una respuesta muy simple

de parte de Cristo hubiera sido: “Sí, soy yo”. Pero esta respuesta podría haberla dado cualquiera. El Salvador responde con hechos innegables. Todos podían ver sus obras que apuntaba hacia Él como una señal luminosa que decía: ¡Sí, es Él! No había dudas, pues el Señor hacía lo que sólo el Mesías prometido podía hacer. Devolvió la vista a los ciegos y el oído a los sordos, limpió a los leprosos, resucitó muertos y anunció las buenas noticias de salvación a los pobres pecadores arrepentidos.

Aunque el mundo siga buscando una esperanza en esta tierra, los cristianos podemos tener la certeza de que Dios hecho hombre ya ha venido e hizo todo para darnos atreves de su Palabra esperanza verdadera. Jesús, el prometido, ha cumplido las obras de la ley y ha pagado en la cruz por el mundo entero y por nuestro rescate eterno. No necesitamos seguir esperando a alguien más. Ya ha venido y sigue viniendo. Cuando recibimos la Santa Cena, también podemos decir “sí, es Él, pues ha prometido estar presente en la mesa del altar”. Cuando oigamos su Palabra, también digamos con seguridad “sí, es Él y es su voz la que me habla, me perdona, me fortalece”.

Te damos gracias, oh, Dios eterno, por enviar al Mesías prometido. Fortalece nuestra fe para que confiemos plenamente en Cristo, nuestro Salvador. En su nombre te lo pedimos. Amén.

(Cristo Salvador, sé mi guiador – HL #894, estr.1)

Cristo Salvador,
Sé mi guiador
En la senda de esta vida
A la patria apetecida:
¡Nuestro galardón
Nos espera en Sión!

11 de octubre

Texto: San Mateo 11:20-30

Misterios revelados

“Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (San Mateo 11:27).

Jesús nos recuerda que jamás conoceríamos a Dios Padre si no fuera por Él. El Señor es claro cuando dice que “ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.” No hay en el ser humano capacidad alguna para encontrarse con Aquél que es Santo, Santo, Santo (Isa 6:3). Suena duro pensar que Dios no está a nuestro alcance. Puede llevarnos a la desesperación comprender que, por más que lo intentemos, no podemos acceder a los misterios divinos que pueden darnos el perdón de los pecados y la salvación eterna. Si el misterio salvador no fuera revelado, es decir, mostrado a nosotros, estaríamos perdidos y destinados a la condenación sin fin.

La buena noticia es que Jesús quiere mostrarse a nosotros. El Hijo de Dios vino a correr el velo que ocultaba al Padre y sus misterios. Jesús nos revela el amor del Creador por toda la humanidad. Amor que se hace carne y lo lleva a entregarse en la cruz para perdonar nuestros pecados. Hoy, Jesús y el Padre, envían al

Espíritu Santo en su Palabra para hacernos ver y recibir su perdón y salvación. Gracias a la obra del Espíritu, por medio del Bautismo y la Santa Palabra, recibimos la fe que abre nuestros ojos espirituales para que veamos lo que estaba escondido. Ahora vemos a Jesús con los ojos de la fe y el misterio del amor de Dios brilla como la luz del día. Aunque sea un gran misterio también vemos a Jesús en la Santa Cena.

Gracias, Padre Eterno, por revelarte a nosotros en la persona de tu Hijo. Envía siempre tu Espíritu Santo y su Palabra de vida para que conozcamos tu misterioso salvador revelado en tu Palabra y su amor por nosotros. Por Cristo. Amén.

(Qué gran misterio veo aquí – HL #741, estr.6)

Razón humana es incapaz
Misterio tal de penetrar:
La sola fe acepta paz
Y remisión al comulgar.

12 de octubre

Texto: San Mateo 12:1-21

El verdadero reposo

“Porque el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo” (San Mateo 12:8).

En la actualidad muchas personas viven agotadas. El trabajo, las responsabilidades, la familia, la escuela de los niños y otras tantas cosas contribuyen a este cansancio. Generalmente esto se resuelve durmiendo unas cuantas horas. Sin embargo, hay un cansancio que no podemos solucionar por nosotros mismos. El cansancio por nuestra debilidad espiritual y la culpa por nuestro pecado nos agotan el alma y hacen que necesitemos de un reposo que no es de este mundo. No obstante, en ocasiones buscamos tranquilidad en nuestras buenas acciones. Hasta podemos decir “yo duermo con la conciencia tranquila” apoyándonos en una aparente bondad, buenas obras y, supuestamente, el no haber hecho nada malo. Lamentablemente nadie es tan bueno que pueda encontrar en sí mismo tranquilidad para su alma. No nos creamos dueños y hacedores de nuestro descanso espiritual porque no lo somos.

El que puede darnos descanso para nuestra alma es Jesucristo. Él es el Señor del día de reposo. Él es el dueño de nuestro descanso espiritual, ¡Y qué bueno que así sea! Jesús limpió nuestra conciencia con su sangre derramada en la cruz y con el agua del Santo Bautismo. Además, el Señor ha cumplido por nosotros con todas las obras de la ley. Él trabajó por nosotros. Por la fe en Cristo a través de su Palabra somos justificados ante Dios Padre y ya no nos acusa de pecado. Podemos hallar descanso para nuestra alma en Él. Jesús es nuestro reposo. Este mismo Señor sigue viniendo a darnos descanso y paz para el alma cada vez que nos congregamos en su nombre y oímos su Palabra.

Dios amado, gracias por darnos reposo para nuestras almas en Cristo. Ayúdanos a santificar nuestras vidas con tu Palabra. Concédenos fe para acercarnos a tu santo templo donde Jesús prometió estar donde dos o tres se reúnan en su nombre. Por Cristo. Amén.

(Es el día del Señor, HL #623, estr.1)

¡Es el día del Señor!
Aleluya, aleluya, aleluya.
Pues Cristo resucitó,
De muerte nos libertó.

13 de octubre

Texto: San Mateo 12:22-37

El más fuerte

“Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa” (San Mateo 12:29).

Existen miles de películas de terror donde aparecen demonios y otras criaturas diabólicas que siembran el mal y el caos. En muchos de estos largometrajes los demonios ganan. Si se los vence es parcialmente, por un momento. Luego volverán a sus andadas. Esto es lo que nos vende el mundo que no conoce y no confía en Jesús. Aunque hay algo de razón en lo que proponen: La humanidad sin Cristo está presa del diablo y sus demonios y no puede librarse por sí misma de estos seres malignos. Desde la caída en pecado de Adán y Eva, la humanidad es atacada y vencida por el “*padre de la mentira*” y sus secuaces una y otra vez. Este enemigo es fuerte y se nos hace imposible vencerlo solos.

El Evangelio de San Mateo 12 nos habla de un hombre poseído por un espíritu que lo ennegecía y lo dejaba mudo. Nadie era tan fuerte como para vencer a este demonio y liberar a este hombre. Hasta ahora. Allí apareció uno más fuerte que por el poder de su Palabra sujeta a los demonios y libera de sus garras a la humanidad caída en pecado. Este hombre más fuerte es Jesucristo. Él también es Todopoderoso, al igual que el Padre, porque también es verdadero Dios. Él venció al diablo, al pecado y a la muerte con su cruz y resurrección. Hoy, Él sigue librando almas de las garras del mal por medio del Bautismo y de su Santa Palabra. Por la fe en Él somos libres de una vez y para siempre y todos que oyen y creen su Palabra.

Gracias Padre amado por rescatarnos del tentador. Gracias por enviar a Jesús, el más fuerte, y asegurarnos un presente y un futuro de esperanza. No nos dejes caer en tentación, más líbranos del mal. Por Cristo. Amén.

(Castillo fuerte es nuestro Dios – HL #546, estr.3)

Aún si están demonios mil
Prontos a devorarnos,
No temeremos porque Dios
Sabrá aún prosperarnos.
Que muestre su vigor
Satán y su furor
Dañarnos no podrá;
Pues condenado es ya
Por la Palabra santa.

14 de octubre

Texto: San Mateo 12:38-50

Familia de Jesús

“Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre” (San Mateo 12:49-50).

Hay un dicho que dice *“la familia no se elige”*. Es una frase cargada de desánimo y pesimismo, porque se suele usar cuando no nos agradan nuestros parientes. ¿La hemos oído o dicho alguna vez? No nos engañemos y reconozcamos que nosotros tampoco somos el hijo, el hermano, el padre, el cónyuge, el tío o el familiar perfecto. El pecado ha destruido las relaciones familiares y las ha corrompido. El egoísmo se impone por sobre el amor. El rencor por sobre la reconciliación. La adicción a las pantallas por sobre el cuidado y el interés hacia el otro. No somos ajenos a esto. Si Dios nos tuviera que hacer parte de su familia por ser buenos nunca nos elegiría.

Jesús también nació en una familia imperfecta y necesitada del perdón y la salvación que Él trajo. Sin embargo, con el Señor no se cumple el dicho *“la familia no se elige”*. Él sí eligió nacer de María y venir a este mundo para reconciliarnos con Dios. También nos elige para hacernos su familia. Como dice el apóstol Pablo *“pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”* (Gál 3:26-27). Dios hizo toda la humanidad y en la cruz ofrece rescata a todos. Desde el día de nuestro Bautismo, por la fe en Cristo, somos hijos e hijas de Dios. Formamos parte de la familia de su Santa Iglesia donde el Padre nos alimenta con su Palabra, y donde su Hijo, nuestro hermano, nos nutre con su perdón y nos da la certeza de la vida eterna.

Gracias Dios amado, por darnos el nuevo nacimiento por el agua y el Espíritu, y elegirnos para ser parte de tu familia redimida. Ayúdanos a compartir este amor con todos los que nos rodean. Por Cristo. Amén.

(Bautizado en Cristo soy – HL #858, estr.1)

De Dios hijo soy amado
¡Bautizado en Cristo soy!
Él pagó por mis pecados,
Redención yo tengo hoy.
¿Qué tesoros necesito?
Me fue dado uno bendito,
Que me trabajo salvación,
Por la eternal adopción.

15 de octubre

Texto: San Mateo 13:1-23

Tierra fértil

“Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno. El que tiene oídos para oír, oiga” (San Mateo 13:3-9).

Esta parábola de Jesús tal vez sea una de las más populares y conocidas. Se han escrito himnos y canciones basados en ella. ¿Cómo entenderla? ¿Cómo interpretarla? Un camino fácil es tratar de identificar a otros y a nosotros con alguno de estos tipos de tierra que Jesús describe. *“Mi tío es como la tierra dura, nunca quiere oír la Palabra”, “mi madre es como la tierra de espinos, porque tenía fe, pero luego dejó de creer”, “mi hijo es como la tierra del camino, de pequeño confiaba, pero luego el mundo y sus tentaciones le quitaron la fe”.* Finalmente podríamos decir con orgullo *“yo soy la tierra fértil, porque creo”.* ¡Cuidado! Esta no es la forma de interpretar estas palabras del Señor. ¿Entonces? Lo primero que debiéramos hacer es reconocer que por naturaleza todos somos pecadores. Por naturaleza somos como la tierra dura e infértil y en más de una ocasión las tentaciones del maligno y del mundo ahogaron nuestra confianza en la Palabra.

Lo segundo que debemos hacer es alegrarnos del amor de este sembrador Jesucristo. Él continúa sembrando la semilla de su Santa Palabra en toda la tierra y todos nosotros. Él desea que su Evangelio brote en todos para que, de frutos de perdón, de consuelo, de paz y de salvación eterna. Él trabaja en nuestro árido corazón por medio de sus obreros, los pastores, para ablandarlo con la predicación de su Ley y convertirlo en tierra propicia para sembrar su Evangelio redentor.

Padre nuestro, gracias por no abandonar la tierra de nuestra vida y seguir buscando, por medio tu Santo Espíritu en tu Palabra, que nuestro corazón produzca frutos de arrepentimiento y fe. Sigue enviando tus obreros de la Palabra para que siembren en nosotros. Por Jesucristo, el gran sembrador. Amén.

(Palabras de vida – HL #848)

Semilla es tu santa Palabra
Y Tú eres el sembrador
Es mi corazón esa tierra
Donde Tú sembraste Señor
Palabra de vida, Palabra de amor
Así es tu Palabra Señor
Palabra de vida, Palabra de amor
Así es tu Palabra Señor.

16 de octubre

Texto: San Mateo 13:24-43

El poder escondido

“Otra parábola les refirió, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas” (San Mateo 13:31-32).

Al observar el lugar donde nos congregamos puede que no notemos nada muy grandioso y poderoso. A simple vista vemos a un hombre predicando vestido con ropas blancas pasadas de moda. Sobre el altar hay un poco de pan y un poco de vino. No muy lejos encontramos la pila bautismal que contiene simple agua. En el templo también suelen estar nuestros hermanos en la fe. Gente imperfecta y pecadores al igual que nosotros. Lo que pasa en el Servicio Divino puede lucir como algo simple y ordinario. Se parece a la semilla de mostaza de la que habla el Señor, que *“a la verdad es la más pequeña de todas las semillas”*. Sin los ojos de la fe la Iglesia es algo sin sentido, antigua, muy pequeña, comparada con otras instituciones que prometen éxito y placer.

Pero esta pequeña semilla de la Iglesia, nacida de la gran semilla del Evangelio de Cristo, brota por obra del Espíritu Santo y echa raíces y ramas que se elevan hasta el cielo. En ella se pueden cobijar todos los pecadores arrepentidos que creen y confían en Cristo como su Señor y Salvador. En la Iglesia podemos oír la grandiosa Palabra de Dios que perdona y promete vida eterna, aunque sea predicada por un simple pastor. También recibimos el precioso cuerpo y sangre del Redentor, en el simple pan y vino, ¡Qué increíble! También nacen hijos del celeste Rey por la simple agua y la gran Palabra del Bautismo. En la Santa iglesia cristiana hay un poder escondido, Cristo mismo, que vemos con los ojos de la fe que nos regala Dios.

Gracias, Dios nuestro, por tu presencia en el poder perdonador y salvador que hay en tus Medios de Gracia. Danos fe para confiar en tus promesas. Por Cristo. Amén.

(Un solo fundamento – HL #810, estr.3)

El mundo la contempla pasmado y con desdén:
De cismas desgarrada, de error y por vaivén.
Más santos en vigilia no cesan en su orar,
Y pronto por la noche oirán gozo y cantar.

17 de octubre

Texto: San Mateo 13:44-58

Perdidos y encontrados

“Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo” (San Mateo 13:44).

Hay algunos cristianos a los que les enseñaron que ellos encontraron a Jesús y por eso dicen cosas como *“desde que encontré a Jesús, mi vida cambió”*. Es verdad que el amor y el perdón de Cristo cambian nuestras vidas. Pero no es cierto que nosotros lo hayamos encontrado a Él. Esto es imposible para

nosotros. La parábola que Jesús nos cuenta nos habla de esta realidad. El tesoro perdido en el campo nos representa a nosotros, seres perdidos y condenados por el pecado. Tú y yo somos como la oveja perdida y encontrada de la parábola que relata San Lucas en el capítulo 15.

Jesucristo es el verdadero Dios y verdadero hombre que nos encuentra. Él nos valora como si fuéramos un gran tesoro. Tanto nos ama que estuvo dispuesto a darlo todo para el mundo y comprarnos y pagar por nuestro rescate. Nos compró no con oro o plata, si no con su santa y preciosa sangre derramada en la cruz, como aprendimos en el Catecismo Menor. También lo afirma el apóstol Pablo cuando dice que *“habéis sido comprados por precio”* (1 Cor 6:20). Así es, estábamos perdidos, pero fuimos encontrados y comprados por Cristo. Ahora le pertenecemos y, agradecidos por su amor, queremos servirlo y obedecerlo.

Dios, Creador del cielo y de la tierra, te damos gracias por amarnos tanto que enviaste a Jesús para pagar el precio de nuestro rescate. Danos ánimo y valor para servirte a Ti y a nuestro prójimo y valorar a los demás como Tú nos valoras. En el nombre de Jesús. Amén.

(Lejos de mi Padre Dios – HL #876, estr.1)

Lejos de mi Padre Dios
Por Jesús fui hallado;
Por su gracia y por su amor
Sólo fui salvado.
En Jesús, mi Señor,
Es mi gloria eterna;
Él me amó y me salvó
Por su gracia tierna.

18 de octubre

Texto: San Mateo 14:1-21

En cuerpo y alma

“Y los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños” (San Mateo 14:21).

Luego de sanar a muchos enfermos, los discípulos de Jesús creyeron que Él ya había hecho lo suficiente por la gran multitud. Estaba oscureciendo y lo único que pensaron fue que el Señor los despidiera y que cada uno procurara su comida. Es algo lógico, podríamos decir. ¡Cómo alimentar a tantos! Pero esta actitud revela la falta de misericordia para con los hombres, mujeres y niños que estaban allí. Las palabras de Santiago 2:15-16 parecen aplicarse a la perfección a este episodio, recordémoslas: *“Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?”* (Stgo 2:15-16). No somos muy diferentes a estos discípulos cuando tenemos actitudes egoístas hacia nuestro prójimo, familia, amigos y, pudiendo auxiliarlos en su necesidad, los ignoramos o dejamos solos.

Jesús es diferente. Su amor por las personas allí reunidas fue tal que, de forma milagrosa, multiplicó unos pocos panes y peces para alimentar a miles. Jesús también se ocupó del cuerpo de ellos. También se ocupa del mundo y de nuestro. Cada trozo de pan y cada plato de comida son una muestra del amor de Dios en Cristo hacia nosotros. Jesús también se ocupa de nuestra alma y nos limpia de pecado, alimentándonos con su perdón obtenido por su sacrificio de cruz. Este mismo perdón también lo recibimos al alimentarnos por su Palabra y del pan y del vino de la Santa Cena. Allí Él se hace presente, como ante la multitud, y se ocupa de nuestra salvación.

Padre omnipotente, gracias por el pan de cada día. Otórganos un corazón misericordioso para servir como tú nos sirves y el mundo entero. Por Cristo, quien nos cuida en cuerpo y alma. Amén.

(Alma, bendice al Señor – HL #980, estr.2)

Alma, bendice al Señor que a los orbes gobierna,
Y que en sus alas te lleva cual águila tierna;
Él te guardó como mejor le agradó,
¿No ves su mano paterna?

19 de octubre

Texto: San Mateo 14:22-36

Ánimo, soy yo

“Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un fantasma! Y dieron voces de miedo. Pero en seguida Jesús les habló, diciendo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!” (San Mateo 14:26-27).

Esa noche el Mar de Galilea estaba inquieto. Los discípulos remaban contra el viento. Seguramente avanzaron poco a pesar de sus esfuerzos. Posiblemente estaban muy cansados. Allí, en medio del mar, aparece alguien caminando sobre las aguas. No lo distinguen muy bien. Lo primero que piensan es que se trata de un fantasma y por eso gritan aterrorizados. Cuando nos toca enfrentar un grave problema o situación, ¿Qué es lo primero que decimos? ¿Qué es lo primero que pensamos? A veces una mala palabra sale de nuestros labios. En otros momentos de dificultad nuestro corazón se llena de enojo, desesperación, angustia y sentimientos similares. Así como los discípulos, nos cuesta poner en primer lugar a Dios y clamar a Él por su ayuda.

A pesar de que no pidieron por Él, Jesús se acerca a auxiliar a sus cansados seguidores. Él ayuda porque ama y cuida. Jesús ayuda porque tiene misericordia de sus ovejas. Cuando los ve asustados los anima con las preciosas palabras: *“¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!”* Estas palabras suenan hermosas cuando enfrentamos problemas. No estamos solos a pesar del temor, la angustia o lo que debamos enfrentar. Cristo viene a nuestro auxilio antes de que se lo pidamos. Viene para acompañar, consolar, fortalecer, perdonar. Sigue viniendo a nuestro encuentro. No lo hace caminando milagrosamente sobre el mar. Lo hace “caminando” sobre el agua del Bautismo y la Palabra. Lo hace milagrosamente por su Palabra en el pan y el vino de la Santa Cena. Allí podemos oír y ver al Señor que viene a auxiliarnos. ¡Ánimo!

Gracias, omnipresente Dios, por estar a nuestro lado en todo momento porque somos tus hijos en las aguas bautismales. Gracias por enviar a tu Hijo a acompañarnos en el medio de las tempestades de la vida. Por Jesús. Amén.

(Cristo está conmigo – HL #884, estr.1)

Cristo está conmigo,
Junto a mí va el Señor.
Me acompaña siempre,
En mi vida hasta el fin.
Ya no temo, Señor, a la noche;
Ya no temo, Señor, la oscuridad:
Porque brilla tu luz en las sombras,
Ya no hay noche: Tú eres luz.

20 de octubre

Texto: San Mateo 15:1-20

Crea en mí, oh, Dios, un corazón limpio

“Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (San Mateo 15:18-19).

Las películas y novelas nos dicen que en el corazón está la solución a muchos problemas. Cuando no sabemos qué hacer, dicen, lo mejor es escuchar al corazón. Cuando tenemos complicaciones sentimentales lo mejor es seguir nuestros sentimientos. Esto no es así. Por seguir al corazón y sus caprichosos y confusos deseos, algunos matrimonios se rompieron, surgieron grandes peleas y muchas personas tomaron malas decisiones. Es que de nuestro interior caído en pecado no sale lo bueno. Fue Jesús quien dejó en claro esto al decirnos que del corazón salen los malos pensamientos y otros terribles males. A todos nos ha pasado que, por seguir al impulsivo corazón, hicimos lo malo, lastimamos a otros y ofendimos a Dios. No deberíamos seguir ni escuchar a nuestro corazón. Deberíamos pedir perdón por lo que sale de él.

También debemos pedir con fe en Cristo para que Dios purifique nuestro corazón, como lo hacemos cantando en el Servicio Divino. Nuestro Padre, por su amor hacia nosotros, limpia nuestro interior y lo deja como nuevo por su Palabra que es externa a nosotros. Es por la sangre de su Hijo que esto es posible. Como dijo el apóstol Juan en su primera carta *“la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”* (1 Jn 1:7). ¡Qué buena noticia! Jesús, quien nos dice que del corazón no sale lo bueno, hace todo para que nuestro corazón quede limpio y purificado por su Palabra. Todos nuestros pecados son perdonados y nuestro corazón es renovado en mirar afuera de nosotros y oír sus promesas en su Palabra. Por la obra del Espíritu Santo en él, a través de los Medios de Gracia, surgen buenos deseos y sentimientos de nuestro interior.

Gracias, misericordioso Padre, por perdonarnos en Cristo y poner en nuestro corazón los buenos frutos de tu Santo Espíritu. Ayúdanos a hacer lo bueno por tu Espíritu y tu Palabra. Por Cristo. Amén.

(Perdóname – HL #640, estr.3)

Purifícame, ¡oh, Dios!, y seré limpio;
Lávame y seré más blanco que la nieve.
Devuélveme el son del gozo y la alegría,
Esconde de tu mirada todos mis pecados.
Perdóname, por mis pecados;
Perdóname, lávame Señor de mi maldad.
Perdóname, por mis pecados;
Perdóname, lávame Señor, purifícame.

21 de octubre

Texto: San Mateo 15:21-39

Perritos

“Y ella dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora” (San Mateo 15:27-28).

¡Qué bonitos son los perritos! Algunos hasta los cuidan como a sus propios hijos. La sociedad actual tiene en alta estima a los perros. En los tiempos de Jesús no era así. Ser comparado con un perro era un grave insulto pues estos animales eran considerados impuros. En el Evangelio para este día nos encontramos con una mujer que se humilla ante Jesús y acepta ser tratada por el Señor como un perrito, como una impura. ¿Cómo hubiéramos reaccionado nosotros ante esta situación? A veces nos enojamos por menos. Además, el orgullo nos impide dejarnos tratar así. Hoy día se nos ha hecho creer que somos importantes, fuertes y que todo lo podemos. Pero si nos comparamos con el perfecto y todopoderoso Dios debemos reconocer que somos pequeños, débiles, imperfectos y necesitados. Somos como perritos.

Aun así Dios nos ha mostrado su compasión y amor por nosotros a través de Jesucristo en su Palabra. Él podría habernos aplastado por causa de nuestros pecados. Pero decidió que Cristo sea el que sufra y pague en nuestro lugar. Por la obra de nuestro Señor, Dios nos trata con misericordia y nos da más que simples migajas o una parte de su amor. Él nos alimenta con todo su perdón que oímos por su Palabra. Él nos nutre con toda su Palabra de vida. Él nos regala, por la fe en Cristo, todo el cielo y la vida eterna.

Misericordioso Dios, gracias por tratarnos con bondad. Gracias por darnos en Cristo la salvación y la vida eterna. Cuando enfrentemos dificultades, danos confianza y la certeza que somos tuyos y tu eres nuestro para que no desmayemos y sigamos clamando en oración. Por Jesús, tu amado Hijo. Amén.

(Con ansia clamo, ¡oh, santo Dios! – HL #628, estr.4)

No desesperes de tu Dios,

¡Oh, iglesia redimida!
Andando de su paso en pos,
Verás al fin la vida.
En abundante redención
Demuestra Dios su compasión,
Fidelidad y gracia.

22 de octubre

Texto: San Mateo 16:1-12

Cuidado: ¡Pan podrido!

“Entonces entendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos” (San Mateo 16:12).

Creo que no nos equivocamos si decimos que todas las religiones y todas las denominaciones cristianas afirman enseñar la verdad divina. ¿Pero esto es así? ¡Claro que no! Por esta razón el mismo Jesús advirtió a sus discípulos sobre lo que oían de boca de los fariseos y saduceos. Estas sectas de los judíos afirmaban estar más cerca de Dios y tener la verdad revelada, pero su enseñanza era como pan podrido. Este es un llamado de atención para nosotros. No todos los que se llaman cristianos enseñan la verdadera doctrina cristiana. No todos los mensajes que recibimos en las redes sociales son el mensaje de Jesús, por más que tengan un rótulo bíblico. No olvidemos que hasta el mismo diablo citó la Palabra cuando tentó al Señor (Mt 4:6), pero lo hizo aplicando su diabólica doctrina.

¿Entonces cómo distinguir la verdadera enseñanza de la falsa? En el caso de los fariseos y saduceos era sencillo. Su enseñanza se fundaba en sus ideas, no en la Palabra de Dios. Su esperanza de salvación estaba en su santidad, no en la obra de Jesús. Su actitud era el orgullo y no un corazón contrito y humilde como espera el Señor (Sal 51:17). Toda enseñanza que se centre en el hombre y en su capacidad de acercarse a Dios es falsa y conduce a la condenación. Pero toda enseñanza que pone a Cristo de la Palabra en el centro de la obra salvadora, del perdón de los pecados, de la vida y la fe, es pan de vida eterna para el alma.

Gracias Padre Dios por conducirnos a Cristo y su sana enseñanza. Ábrenos los ojos para distinguir las falsas doctrinas y seguir firmes en Jesús y la Santa iglesia cristiana y concédenos pastores que nos predica la Verdad, Cristo Jesús. Por Cristo, el camino y la verdad y la vida. Amén.

(Sostennos firmes – HL #548, estr.1)

Sostennos firmes, ¡Oh, Señor!,
En la palabra de tu amor;
Refrena a los que en su maldad,
Tu reino quieren derribar.

23 de octubre

Texto: San Mateo 16:13-28

A prueba de fuego

“Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (San Mateo 16:16-18).

Aquellos que han tenido la posibilidad de edificar su casa y contar con recursos económicos suficientes seguramente eligieron los materiales más duraderos, resistentes y de mejor calidad. ¿Cuál es el mejor fundamento sobre el cual la Iglesia de Cristo es construida? Si pudiéramos hacerlo, ¿Qué elementos elegiríamos para el sustento de la Iglesia? ¿Acaso un templo hermoso y grande? ¿El fundamento de la Iglesia es la cantidad y sabiduría de sus miembros? ¿La prosperidad de la comunión de los santos depende de los recursos económicos que tengan sus fieles? El mundo ha introducido estas dañinas ideas en nuestras mentes y cuando no tenemos estas cosas pensamos que la Iglesia no tiene presente ni futuro. Otra vez debemos cuidar de no estar centrando la vida cristiana en nuestras propias fuerzas. Si fuera por nosotros y nuestra capacidad la iglesia no tendría futuro.

El apóstol Pedro, inspirado por el Espíritu Santo, afirmó con certeza cuál es el fundamento de la cristiandad al decirle a Jesús: *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”*. Sobre esta confesión de fe la Iglesia es construida. Cristo es el fundamento. Jesús es el Salvador prometido por el Padre. En su vida, obra, muerte y resurrección la Iglesia tiene presente y futuro. Él es la Roca firme sobre la cual es edificada la verdadera Iglesia. Edificada sobre SU Palabra, SU Bautismo, SU Santa Cena, y SU perdón de los pecados, la Iglesia prevalecerá. Incluso resistirá el fuego del infierno. Por medio de la fe en Cristo tenemos un futuro en el reino de los cielos.

Todopoderoso y misericordioso Dios, te agradecemos por enviar tu Hijo que fundó la iglesia por su muerte y resurrección y poner en nuestros labios y corazones la verdadera confesión de fe en Cristo. Afirmanos más y más en Jesús, la Roca eterna. En su nombre te lo pedimos. Amén.

(Un solo fundamento – HL #810, estr.1)

Un solo fundamento y sólo un fundador,
La santa iglesia tiene en Cristo, su Señor.
Haciéndola su esposa, del cielo descendió,
Y por su propia sangre su libertad compró.

24 de octubre

Texto: San Mateo 17:1-13

Escúchalo

“Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (San Mateo 17:5).

Dicen que estamos en una época donde la información circula más que nunca. No hace falta que lo digan, lo vivimos a diario. Mensajes de Whatsapp, redes sociales, videos, radio y televisión, teléfonos celulares y un sinnúmero de medios más nos llenan de diferentes mensajes. A veces pasamos horas mirando las pantallas y oyendo lo que tienen para decirnos. Si dedicáramos el mismo tiempo a oír la Palabra de Dios conoceríamos mucho más acerca de las Escrituras. Pero no lo hacemos. No oímos ni aprendemos de buena gana la Palabra de Dios como nos lo ordena el tercer mandamiento. Tenemos en poco la predicación y la Palabra. Nuestros oídos están muy abiertos para ciertos mensajes y voces, pero bastante cerrados para la Palabra que sale de la boca de Dios.

Aún así, Dios continúa llamándonos. Nuestro Padre celestial nos ama y quiere que oigamos la voz de su Hijo Jesús. Su voz es diferente a otras que llegan a nosotros. En el Salvador hay buenas noticias. Por medio de su Santo Espíritu, que engendra la fe en nosotros por el agua y la Palabra, nuestros oídos son abiertos y podemos escuchar el mensaje de Cristo. Este mensaje es uno que trae perdón para los pecadores arrepentidos. Son Palabras de vida y vida en abundancia. Su mensaje es eterno y regala eternidad. Todo pasará, pero la Palabra del Señor permanece para siempre (Isaías 40:8). Escuchemos a Jesús y su voz que es predicada cada vez que nos congregamos.

Gracias Padre amoroso por abrir nuestros oídos y permitirnos escuchar el mensaje de perdón y salvación que hay en Cristo Jesús. Danos fuerzas para luchar contra la adicción a las pantallas y oírte más y siempre oír con atención tu Palabra. Por Cristo Jesús. Amén.

(Oíd su voz ya cerca está – HL #392, estr.1)

Oíd su voz ya cerca está,
Es Cristo nuestro Dios;
El corazón brindémosle
Cuál trono de Él en nos.

25 de octubre

Texto: San Mateo 17:14-27

Ten misericordia de mi hijo

“Cuando llegaron al gentío, vino a él un hombre que se arrodilló delante de él, diciendo: Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático, y padece muchísimo; porque muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua” (San Mateo 17:14-15).

El sufrimiento de un hijo causa dolor a su amoroso padre y madre. También duele cuando los hijos se alejan de la fe en Cristo, porque sabemos que sólo en el Señor hay perdón y salvación. Sin Jesús nuestros hijos son presa fácil de los enemigos espirituales del mal: el diablo, el mundo y la carne pecaminosa. Estos tiranos malignos buscan arruinar el destino eterno de nuestra descendencia y de la entera humanidad. En el Evangelio para hoy un padre desesperado se acerca a Jesús pidiendo misericordia. Su joven hijo está

poseído por un diabólico espíritu que quiere asesinarlo tirándolo al fuego o al agua. Su clamor es fuerte y claro: *“Ten misericordia de mi hijo”*. Estas palabras también pueden ser nuestra oración al Señor ante los ataques del maligno.

Jesucristo fue muy claro en su amor por los más pequeños y hasta advirtió con seriedad a los que son piedra de tropiezo para la fe y la salvación de ellos (Mc 9:42). En el Evangelio vemos este amor en acción cuando Jesús reprende al demonio y libera al muchacho. Nuestro Salvador se acerca a nosotros y nuestros hijos hoy para liberarnos de las garras del maligno en el Santo Bautismo. Por el agua y la Palabra del Espíritu nacemos de nuevo como hijos de Dios (Jn 3:5-6) y tenemos entrada al reino de los cielos. El maligno ya no tiene poder sobre nosotros. Jesús lo ha vencido.

Gracias Padre del cielo por hacernos tus hijos. Gracias por liberarnos de los poderes del mal por tu Palabra. Protégenos a nosotros y nuestra familia para que nunca nos apartemos de ti. Por Cristo, tu amado Hijo. Amén.

(Lucero que del alba das – HL #435, estr.5)

Hoy canten todos al Señor
Que no abandona al pecador,
Él compasión le muestra.
Ayer, mañana, hoy también,
Me ampara siempre el sumo Bien,
Me guarda con su diestra.
¡Canten todos!
Alabando, celebrando, confesando
Al gran Rey, el Cristo santo.

26 de octubre

Texto: San Mateo 18:1-20

Ser como niños

“De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (San Mateo 18:3).

¿Qué tienen de especial los más pequeños para que el Señor nos diga que debemos ser como ellos? Tal vez pensemos que el reino de Dios es de los que son como niños porque son puros y buenos. ¿Pero esto es así? Los que tenemos hijos sabemos que no son perfectos. Son caprichosos y traviesos pecadores, incluso en sus primeros años de vida. También lo expresan las Escrituras cuando afirman que *“todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”* (Rom 3:12). Los niños no escapan de esta verdad. ¿Entonces?

Por estas palabras de Mateo 18:3 Jesús nos anima a ser como niños dependientes de nuestro Padre Dios. Seamos como infantes reconociendo que fuimos adoptados como hijos desde el Bautismo. Como los más pequeños reconozcamos nuestra fragilidad. Ellos no tienen problema en decir “No puedo, ¿me ayudas”?

En arrepentimiento confesemos a nuestro Dios que no podemos cumplir con su santa Ley, ni tampoco llegar a su reino por nuestras propias fuerzas. Él, como un buen Padre, nos ayudará. De hecho ya lo hizo enviando a su propio Hijo a pagar el precio del rescate de cada uno de nosotros. Seamos como niños que cuando se lastiman piden por ayuda a su mamá o papá. Seamos como ellos y clamemos a nuestro Dios en todas nuestras necesidades como Jesús nos enseñó con las palabras del Padrenuestro. Como pequeñitos recién nacidos anhelemos la leche espiritual no adulterada de la Palabra, para que por ella crezcamos para salvación (1 Pe 2:2).

Dios Padre, te damos gracias por hacernos tus hijos y herederos de tu reino. Danos fe en tu Palabra y promesas para que cada día podamos recordar nuestro Bautismo y vivir como hijos tuyos en amor y misericordia para con el prójimo. Por Jesús. Amén.

(Este niño a bautizar – HL #781, estr.1)

Este niño a bautizar
Te traemos obedientes,
Cristo: Él viene aquí a tomar
De tu gracia los presentes.
Tú le ordenas que Ti venga
Y tu reino así obtenga.

27 de octubre

Texto: San Mateo 18:21-35

490 veces

“Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete” (San Mateo 18:21-22).

El número que titula este devocional es el resultado de multiplicar setenta por siete. Este número es la respuesta del Señor ante la pregunta de Pedro sobre cuántas veces debería perdonar a su prójimo. Antes de esto el impulsivo apóstol se atrevió a dar un número límite para impartir perdón: siete veces. Esta cifra revela que Pedro buscaba excusas para no perdonar. Su pregunta no nacía del amor, nacía de la ley. Si el Señor le hubiera dicho que estaba en lo correcto, seguramente Pedro hubiera esperado a la octava vez en que su hermano lo ofendiera para decirle un gran ¡NO TE PERDONO MÁS! No podemos negar que es difícil perdonar a quien nos ofende una y otra vez. Pero seríamos hipócritas si no reconociéramos que nosotros ofendemos a nuestro prójimo muchas veces y que también ofendemos a Dios cuando desobedecemos su Ley. ¿Qué pasaría si Dios aplicara el número límite de Pedro y nos perdonara sólo hasta siete veces? Estaríamos perdidos y condenados.

El número de Jesús es mejor. Cuatrocientos noventa no es un número límite para perdonar. Es un número que nace del amor. Significa *“te perdonaré una y otra vez”*. ¿Cómo es esto posible? Jesús lo hizo posible. Él pagó el precio de nuestro perdón. En la cruz pagó por cada uno de nuestros pecados. Desde el número

uno hasta el cuatrocientos noventa y seguimos contando. Este perdón de Cristo es para compartir. Como dijo el apóstol Pablo *“De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros”* (Col 3:13).

Gracias Padre por perdonar en Cristo por tu Palabra todos nuestros pecados. Ayúdanos a perdonar como tú nos perdonaste. Por Jesús. Amén.

(Amémonos, hermanos – HL #815, estr.2)

Amémonos, hermanos;
Lo quiere el Salvador,
Que su preciosa sangre
Por todos derramó.

28 de octubre

Texto: San Mateo 19:1-15

Lo que Dios juntó

“Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (San Mateo 19:6).

Hoy día es todo un acontecimiento cuando alguien decide casarse y recibir la bendición frente al altar del Señor. Tristemente es más común presenciar un divorcio. La vida de esposos es poco valorada. En los tiempos de Jesús también era despreciado el estado matrimonial y se buscaban tontas excusas para separarse. Algunos expertos afirman que para los fariseos era una causa justificada de divorcio que la mujer quemara la comida al cocinarla. ¿Se imaginan divorciarse porque su cónyuge queme el almuerzo? ¡Parece ridículo! Para los fariseos no lo era. Seguramente nosotros no estemos de acuerdo con esto, pero tampoco valoramos a la persona que tenemos a nuestro lado y en ocasiones abundan los reproches, la falta de compromiso, las discusiones y otras cosas que buscan romper lo que Dios unió. Necesitamos pedir perdón a Dios por los pecados en el matrimonio. También necesitamos compartir el perdón de Jesús entre esposos. Pedir perdón y perdonar es fundamental. Esto sólo es posible con Cristo, en quien hay perdón y reconciliación.

Por otro lado, es maravilloso pensar que aquella persona con quien nos casamos es un regalo de Dios. Jesús es muy claro en sus Palabras. Él no dice *“lo que la casualidad juntó”, ni “lo que el destino unió”*. Él afirma: *“Lo que Dios juntó”*. Aquella persona que tenemos al lado desde el día de nuestro casamiento fue unida a nosotros por Dios mismo. Cuando creemos esto podemos seguir adelante en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que Dios nos llame a su presencia para darnos la herencia celestial que Cristo ganó por nosotros en la cruz.

Gracias Padre por la vida matrimonial, los hijos y la familia que tu has establecida en tu Palabra. Ayúdanos a valorarla. Por Cristo. Amén.

(Sagrado es el amor – HL #747, estr.1)

Sagrado es el amor
Que nos ha unido aquí:
A los que oímos del Señor
La voz que llama así.

29 de octubre

Texto: San Mateo 19:16-30

Haciendo lo imposible

“Sus discípulos, oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible” (San Mateo 19:25-26).

Es normal que las personas que no conocen la Palabra crean que pueden acceder a la vida eterna por sus propios méritos, obras y buenas acciones. Sin embargo, es triste ver cristianos instruidos en las Escrituras pensar que en algo depende de ellos llegar al cielo. Un hombre que se acercó a Jesús también pensaba así. Su pregunta lo deja en claro: *“Maestro bueno, ¿Qué bien haré para tener la vida eterna?”* (Mt 19:16). El Señor le hace ver que para tener la salvación debería ser perfecto. ¿Pero quién lo es? Este hombre no lo era. ¿Y nosotros? ¡Tampoco! Los discípulos se dan cuenta de que no cumplen con lo que la Ley demanda y por eso expresan con asombro, y tal vez terror, *“¿Quién, pues, podrá ser salvo?”* Jesús afirma que es imposible para los hombres ser salvos por sus propias fuerzas. Pero para Él, Dios hecho hombre, todo es posible.

Jesucristo hace en nuestro lugar lo que nosotros no podemos. Él cumple la Ley de Dios a la perfección. Él ama a su prójimo, incluso a sus enemigos. Él perdona, incluso a los que lo condenaron. Él obedece a su Padre en todo haciéndose obediente hasta la muerte (Flp 2:8) y muerte de cruz. Él hace lo imposible reconciliando el cielo con la tierra, al Padre con sus hijos rebeldes. Jesucristo sigue haciendo lo humanamente imposible al darnos su perdón de maneras misteriosas e incomprensibles a la razón, como por su Palabra en el pan y el vino de la Santa Cena. No dudemos de su presencia allí. Jesús hace lo hace todo por nuestro perdón.

Gracias, Dios eterno, por salvarnos Cristo Jesús. No nos dejes confiar en nosotros mismos. Fortalece nuestra fe para que siempre esperemos en Ti. Por Jesús, nuestro Redentor. Amén.

(Por gracia sola yo soy salvo – HL #809, estr.2)

¡Por gracia sola, sin tu empeño!
Tus propias obras nada son.
De gracia Dios dejó su trono,
Murió por nuestra redención.
¿Qué nos ganó su muerte cruel?
¡La vida eterna junto a Él!

30 de octubre

Texto: San Mateo 20:1-16

No se trata de merecer

“Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos” (San Mateo 20:16).

La parábola de este día nos habla de un jefe muy generoso. A todos les pagó lo mismo por su tarea. A los que trabajaron más les dio el mismo salario que a los que trabajaron menos. Esto provocó la indignación de algunos que lo cuestionaron diciendo: *“Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día”* (Mt 20:12). Es poco probable encontrar a un jefe así. Pero Jesús no está hablándonos de jefes del pasado o de la actualidad. Él nos está enseñando cómo es Dios en su trato con nosotros y cómo salva a las personas que llama y elige. El jefe de la parábola representa al Padre que nos llama a su reino de gracia por el Evangelio, y nos hace hijos por el agua del Bautismo. Como los orgullosos trabajadores, a veces podemos creer que merecemos más de Dios que otras personas. En realidad, lo que mereceríamos es la paga por nuestros pecados: la muerte.

Pero Jesús pagó por nosotros. Él recibió el salario de la condenación para que nosotros recibamos el salario de la salvación. No importa si fuimos añadidos a la iglesia desde pequeños o desde ancianos. No interesa si creemos en Jesús desde hace cincuenta años o desde hace cincuenta minutos. La salvación no se trata de merecer. La salvación es un regalo que recibimos por gracia por medio de la fe en Cristo. Él nos hace merecedores del perdón de los pecados por su amor, su gracia y su Palabra y entrar al reino de los cielos.

Generoso Dios, te damos gracias por hacernos parte de tu reino de salvación. Anímanos con tu Espíritu que viene por tu Palabra para trabajar en tu Iglesia y en el mundo para el bien de nuestro prójimo. Por Cristo. Amén.

(Dios te llama a ti también – HL #1034, estr.1)

Por tu gracia en Cristo me elegiste;
Soy tu hijo por el agua y el Espíritu.
Por la fe en Jesús me declaraste justo;
Por la fe en Jesús me diste Salvación:
Heme aquí, Señor, envíame a mí.
Dios te llama a ti también
Dios te llama a ti también:
Para servir, para amar.
Dios te llama a ti también;
Dios te llama a ti también:
Heme aquí, Señor, envíame a mí.

31 de octubre

Texto: San Mateo 20:17-34

Servicio Divino, Servicio de Dios

“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”
(San Mateo 20:28).

¿Por qué motivo nos congregamos? Cierta mujer dijo que se congregaba para darle gracias a Dios por todo lo que le daba. Un hombre afirmó que iba al templo para alabar a Dios. Un niño dijo que asistía a la iglesia para encontrarse con amigos. Es cierto que cada vez que nos congregamos agradecemos a Dios, lo alabamos y vivimos la comunión entre hermanos en Cristo. Sin embargo, estos motivos ponen el foco en lo que nosotros hacemos y no en lo que Dios hace en nuestro favor.

El Servicio Divino se llama así porque es el momento en que Dios viene a servirnos. Esto es lo que dijo Jesús. Él no vino para ser servido sino para servir. Cada vez que nos reunimos en su nombre Jesús se hace presente y nos sirve en su Palabra con sus dones de perdón, vida y salvación. En la predicación oímos la voz del pastor, pero es la Palabra de Cristo la que nos exhorta y consuela. Cuando recibimos la Santa Cena tomamos pan y vino, pero es Jesús y sus Palabras que prometió darse en verdadero cuerpo y sangre para nuestro consuelo. Cuando alguien es bautizado es el pastor el que dice *“yo te bautizo”*, pero no lo hace en su nombre, lo hace en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Dios Trino está obrando allí. Por eso es maravilloso llamar Servicio Divino a este momento que vivimos cada vez que nos congregamos. Un día como hoy, no podemos olvidar que hace más de 500 años, el reformador Martín Lutero también invitó a la cristiandad a poner su mirada en Cristo y su servicio de salvación.

Gracias Padre celestial por venir y darnos tus dones en el Servicio Divino. Llévanos a los pies de Cristo siempre. Por Jesús. Amén.

(Él nos congrega – HL #611, estr.1)

Este es el culto, servicio de Dios, don de su amor:

Es la Palabra de vida eterna como también,
El sacramento de la comunión, presencia real,
Y su bautismo, fuente de vida, medios de Dios

Es por su Cuerpo
Que ha entregado,
En una cruz, Jesús,
Dándonos gracia y perdón.

Es por su Sangre
Que ha derramado,
En una cruz, Jesús,
Dándonos gracia y perdón.

NOVIEMBRE

El texto bíblico y la meditación

1 de noviembre

Texto: Mateo 21:1-22

¡El rey viene!

“Decid a la hija de Sion: He aquí, tu Rey viene a ti, Manso, y sentado sobre una asna, Sobre un pollino, hijo de animal de carga” (Mateo 21:5).

La entrada de Jesús a Jerusalén no fue un espectáculo de poder humano, sino una proclamación del reino que viene con humildad y verdad. El Rey prometido llegó sobre un pollino, cumpliendo la Palabra de Dios. Su realeza no era de este mundo, pero traía consigo el perdón de pecados, la vida y la salvación. Aquellos que gritaban *¡Hosanna!* Quizá no entendían que ese clamor sería respondido con sangre y cruz. Pero tú y yo sabemos: Cristo murió por todos, y también murió por ti.

Este mismo Jesús que recibe alabanzas también purifica el templo y maldice la higuera estéril. En Él no hay contradicción: el amor que salva es el mismo que confronta el pecado. Su Evangelio no es solo consuelo, sino también llamado a una vida nueva, una vida renovada por medio de su obra en la cruz. Y esta vida nueva no se trata de fingir religiosidad, sino vivir en fe genuina; vivir en fe y gratitud. Cristo no solo vino: viene hoy a ti por medio de su Palabra de Dios para reinar en tu corazón, con gozo. Confía en su gracia, y deja que su presencia transforme tu vida.

Señor Jesús, tú eres el Rey que vino en humildad para darme vida. Gracias por tu Evangelio que me salva y me limpia. Haz de mi vida un templo para ti, y ayúdame a dar fruto por medio de tu Espíritu Santo. Reina en mi corazón hoy y siempre. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Hosanna al buen Señor Jesús! - HL #376, estr.1)

¡Hosanna al buen Señor Jesús!
Del mundo es divina luz.
A Cristo, salvador y rey.
¡Hosanna! Cante fiel su grey.

2 de noviembre

Texto: Mateo 21:23-46

¿Con qué autoridad?

“Cuando vino al templo, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se acercaron a él mientras enseñaba, y le dijeron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quién te dio esta autoridad?” (Mateo 21:23).

Los líderes religiosos cuestionaron a Jesús: *¿Con qué autoridad haces estas cosas?* Su intención no era aprender, sino resistir. No podían aceptar que el Hijo de Dios tuviera autoridad directa del Padre. Pero Jesús no necesita validación humana. Su autoridad es eterna, amorosa y verdadera. Él es enviado por el Padre para poder perdonar pecados, sanar corazones y darnos vida eterna. El mundo aún hoy cuestiona su autoridad, ignorando que toda la creación le pertenece. Su cruz, que parece debilidad, es en realidad el trono desde donde reina.

Esta misma autoridad es la que actúa en tu vida hoy. Jesús no solo vino al mundo: vino por ti. Murió por todos, y murió por ti. La parábola de los labradores te recuerda que muchos rechazan al Hijo, pero el plan de Dios sigue firme. La piedra que desecharon ha venido a ser la cabeza del ángulo. Cristo es el fundamento de tu vida. El Espíritu Santo te guía a confiar en Él, y a vivir bajo su bondadosa autoridad. En sus manos perforadas por los clavos hay gracia, paz y perdón, Él es el único y verdadero Salvador que sirve, perdona y restaura.

Señor Jesús, tú tienes toda autoridad en el cielo y en la tierra. Enséñame a confiar en ti y a recibir tu Palabra con alegría. Gracias por haber muerto por mí, y por seguir llamándome con amor. Hazme firme sobre ti, la roca eterna. En tu nombre. Amén.

(Tu Palabra joh, Santo Dios! - HL #840, estr.1)

Tu Palabra joh, santo Dios!
Es del cielo el magno don.
Que me enseña con verdad,
Tu divina voluntad;
Y me dice lo que soy,
De quien vine y a quien voy.

3 de noviembre

Texto: Mateo 22:1-22

Invitados al banquete

"Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis" (Mateo 22:9).

La parábola del banquete revela el corazón de Dios: su deseo es que todos participen de su salvación. El reino de los cielos es como un banquete de bodas al que se invita sin costo, sin mérito, sin distinción. ¡Tú estás invitado! Es tu fiesta también. Jesús murió por todos, y murió por ti. No importa tu pasado ni tus heridas, no importa como el mundo te juzgue; escucha su Santa Palabra hoy, ¿no lo sabes? esa invitación es también para ti. Lo único que necesitas es la vestidura que Él mismo te da: el perdón, la fe y la vida nueva que provienen de su Evangelio.

Por desgracia, no todos responden. Algunos se burlan, otros están demasiado ocupados, y otros quieren entrar con su propia ropa. ¿Dónde estás tu? ¿Qué estás haciendo? La advertencia es clara: no basta con escuchar la invitación, hay que acudir revestidos de Cristo. La vida cristiana comienza con la obra del

Espíritu Santo en nosotros por medio de su Palabra, el cual también transforma nuestra forma de vivir. Por medio de este Espíritu Santo, somos renovados para vivir como invitados agradecidos, no como extraños. Hoy, el Rey te llama a su banquete. No lo rechaces. No hay mesa más generosa, ni amor más grande que el amor que Él te ofrece, porque el mismo es el banquete que te da vida, perdón y salvación.

Gracias, Padre celestial, por invitarme al banquete de tu reino. Revísteme con la justicia de Jesús, y hazme vivir como tu hijo, confiado en tus Promesas y listo para el día de tu venida. En el nombre de Jesús. Amén.

(No temas tú, pequeña grey - HL #549, estr.1)

No Temas Tú, Pequeña Grey,
Aun cuando del averno el rey
Tratará de perderte,
Por sendas oscuras y de terror
Llenando el alma de pavor.
¡el no podrá vencerte!

4 de noviembre

Texto: Mateo 22:23-46

El Dios de los vivos

“Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos (Mateo 22:31-32).

Nuestro Señor dejó en silencio a los saduceos cuando les habló de la resurrección, un evento futuro que nos intriga y que está relacionado intrínsecamente con nuestra muerte; esa muerte que en la mayoría de los casos nos quita el sueño y nos lleva a dudar de la promesa que subyace en ella. Sin embargo, Dios no se llama a sí mismo el “Dios de los muertos”, sino el *Dios de Abraham, Isaac y Jacob*. ¡Él no es Dios de muertos, sino de vivos! Su Palabra nos recuerda que Jesús venció la muerte, y su victoria es también nuestra. El Cristo no solo resucitó para Él mismo: resucitó por ti. Por medio de su muerte y resurrección, te da una vida nueva que comienza con tu Bautismo y se extiende por toda la eternidad.

El mismo Jesús te llama a vivir esta nueva vida en amor y perdón. Cuando le preguntaron cuál era el gran mandamiento, respondió: *Amarás a Dios... y a tu prójimo*. Este amor no es una emoción pasajera como creen muchos por ahí, es en verdad fruto del Espíritu Santo en el corazón recogido, lavado y renovado. Quien ha sido amado por Jesús, ama y perdona. No por obligación, sino por gratitud. Ama al prójimo, perdona, sirve y testifica. El Dios de los vivos vive en ti, y te fortalece para amar incluso cuando cuesta por nuestros pecados. Esa es la vida que no muere y es ofrecida a ti por Jesús.

Dios de la vida, gracias por la promesa de resurrección en Jesús y darme esperanza eterna. Ayúdame a vivir en tu amor, confiando en tu Palabra y sirviendo con gozo amor y perdón, te lo pido en el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, Redentor del mundo! – HL #799, estr.1)

¡Oh, Redentor Del Mundo!
¡Amante salvador!
Sabiduría eterna,
de esperanza dador.
A sus soldados cuida,
señor del mundo es,
Salud es en la vida,
y en muerte vida es.

5 de noviembre

Texto: Mateo 23:1-12

Servir como el maestro

“El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo” (Mateo 23:11).

¡El conocimiento es poder!... Igual pasa cuando somos conocedores de la Palabra de Dios. En la iglesia lo que tienen más conocimiento sobresalen y en ocasiones el pecado los lleva a sentir orgullo en su corazón, sin embargo, Jesús no critica el conocimiento bíblico; de hecho, no critica a los fariseos por eso, sino por su hipocresía. Enseñaban la Palabra de Dios, pero no la vivían. Querían ser honrados, no servir. Deseaban reconocimiento, no obediencia. Jesús te muestra otro camino: *“El que es el mayor entre vosotros, sea vuestro siervo”*. En el reino de Dios, la grandeza no se mide por títulos, conocimiento o tradición, sino por un amor humilde, emanado de una fe ferviente nacida de la obra del Espíritu Santo. Y esta fe nos lleva a ver que Jesús como el Hijo de Dios, el cual se hizo siervo, cargó la cruz, murió por todos y también por ti. Y creer esto es lo que te lleva al perdón y la vida eterna.

Tú, como hijo de Dios, eres llamado a los pies de su cruz en humildad y amor. El Espíritu Santo obra en ti para que vivas con humildad y servicio. En casa, en la iglesia, en el trabajo, en la calle... Cada lugar es oportunidad para amar. No busques ser visto: busca reflejar a Cristo. Su grandeza se revela en tu debilidad, su poder en tu entrega. No es fácil, pero es posible porque Cristo vive en ti. Su Evangelio no solo te perdona: te transforma. Y te recuerda que los últimos serán los primeros, y los siervos los más grandes.

Señor Jesús, gracias por servir hasta la cruz por mí. Enséñame a vivir con humildad, a servir con gozo y a reflejar tu amor en todo lo que hago. En tu nombre. Amén

(Mi fe descansa en Ti – HL #877, estr.1)

Mi fe descansa en ti,
Cordero que por mi fuiste a la cruz:
Escucha mi oración,
dame tu bendición,
llene mi corazón tu santa luz.

6 de noviembre

Texto: Mateo 23:13–39

Lamento de un Salvador

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! (Mateo 23:37).

El corazón de Jesús se rompe al ver la dureza de Jerusalén. Después de denunciar la hipocresía de los líderes, Él no se marcha enojado, si no que llora. “*¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos... y no quisiste!*” Esta no es una amenaza, es un lamento. El Hijo de Dios no se alegra en el juicio, sino que desea que todos se salven. ¡Él quiere que tú te salves! Muchas veces no reconocemos la dureza de nuestro corazón, nos alejamos y nos olvidamos de lo que él nos entrega con su sacrificio, pero tu Señor te ama y no te suelta, su Palabra sigue viva hoy. Jesús no solo vino por los que lo reciben con fe, sino también por los que lo rechazan. Murió por todos, también por ti.

Tal vez tú mismo has cerrado tu corazón. Has escuchado el Evangelio muchas veces, pero te has refugiado en la religión externa, el orgullo o el dolor. ¿Cuántas veces tu Señor ha querido juntarte en su redil y no has querido y te has alejado?, pero Jesús no se ha alejado. Él sigue llamándote. Su Espíritu Santo te busca con la Palabra de Dios, no para condenarte, sino para cubrirtte bajo sus alas. ¡No es tarde! El juicio es real, pero también lo es la gracia. Hoy es tiempo de volver. Como Jerusalén, somos tercos, pero Jesús es fiel. Su cruz es prueba de su amor: te espera con brazos abiertos.

Señor Jesús, gracias por tu paciencia y por seguir llamándome, aunque tantas veces he cerrado mi corazón. No permitas que mi orgullo me aleje de ti. Júntame bajo tus alas, y hazme vivir en tu perdón. En tu nombre. Amén.

(Señor reconocemos – HL #642)

Señor reconocemos
Que hemos pecado contra ti.
Perdón te imploramos,
Jesús postrados ante ti.
¡perdónanos!
Arrepentido te pedimos.

7 de noviembre

Texto: Mateo 24:1–28

¡No se alarmen!

“Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin” (Mateo 24:6).

Jesús no oculta la verdad: vendrán guerras, hambre, falsos cristos, tribulación. Pero no dice esto para asustarnos, sino para prepararnos; para que estemos listos, sin embargo, si nos asustamos. Vemos cómo va este mundo lleno de conflictos bélicos por todos lados, falsas iglesias, grandes catástrofes, todo esto consecuencia del pecado. El mismo Jesús nos dice: *“Mirad que nadie os engañe”*. Pero en tiempos de miedo y confusión nuestra esperanza está puesta en este mundo... ¡No! Levanta la mirada y ve la cruz de tu Señor y Salvador, la verdadera esperanza no está en las cosas de este mundo, sino en Aquel que ya venció a la muerte, al pecado y al mundo. Cristo murió por todos y por ti para que hoy tu tengas esperanzas. No tengas miedo porque nada de lo que venga en este mundo podrá cambiar lo que Él ya hizo en la cruz por ti.

Y algo muy importante, el problema no es el fin del mundo; ya estamos avisados, sino vivir sin estar preparados. Y si, muchos se dejarán engañar porque no conocen la Palabra De Dios. Otros perderán la esperanza, pero tú tienes un Salvador que reina. Por medio del Espíritu Santo, puedes mantenerte firme. No pongas tu fe en las señales, sino en sus promesas. Jesús no nos deja solos: su amor nos sostiene en la tribulación. Incluso en medio del caos, Él cuida de los suyos. No temas: tu Redentor está cerca.

Señor Jesús, gracias por advertirme con amor y prepararme con tu Palabra y Sacramentos. No permitas que me engañen, ni que me aleje de ti en tiempos difíciles. Afirma mi fe en tu cruz y resurrección. En tu nombre. Amén.

(Castillo fuerte es nuestro Dios – HL #546, estr.1)

Castillo fuerte es nuestro Dios, defensa y buen escudo;
Con su poder nos libraré, en este trance agudo;
Con furia y con afán acósanos, Satán; Por armas deja ver
astucia y gran poder: Cual no hay en esta tierra.

8 de noviembre

Texto: Mateo 24:29–51

Como ladrón en la noche

“Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis” (Mateo 24:44).

Jesús volverá... eso escuchamos desde hace casi dos mil años, ¡Jesús volverá! Y seguimos quizás con un corazón con dudas, esto es normal. Porque somos seres humanos pecadores que por lo general ponemos todo en duda, pero indudablemente la venida de nuestro Señor no depende de que, si creemos o no, esto es un hecho real, una promesa viva. Y volverá con poder y gloria, y toda rodilla se doblará, pero no sabemos el día ni la hora. Su regreso será como ladrón en la noche: inesperado, sorpresivo. Y esto no es para que vivamos con miedo y duda, sino con fe. Quien vive confiando en sus promesas, no tiene que temer. El

peligro está en vivir como si no volviera. Muchos se duermen espiritualmente. Se aferran a esta vida, aplacan su conciencia con excusas, pero el Señor viene.

¿Qué encontrará en ti a su regreso? ¿Estás preparado? El mismo Jesús te llama y te exhorta por medio de su Santa Palabra y su Espíritu Santo te lleva a la fe verdadera, esa fe que te arrastra a creer que, verdaderamente Él vendrá por su iglesia, que vendrá por ti, que cumplirá fielmente su Palabra. ¡Despierta! ¡Jesús volverá! Te lo ha dicho por más de dos mil años. No para que vivas ansioso, sino preparado. Vivir preparado no es mirar al cielo, sino vivir en arrepentimiento, servicio y confianza. Jesús viene. No para condenarte, sino para completar lo que comenzó en la cruz. Para darte perdón, vida y salvación.

Señor Jesús, despiértame si me he dormido. Hazme vivir preparado para tu regreso, no por miedo, sino por la fe que tú mismo me das. Gracias por tu cruz y tu promesa. En tu nombre. Amén.

(Señor reconocemos - HL #642)

Señor reconocemos
Que hemos pecado contra ti.
Perdón te imploramos,
Jesús postrados ante ti.
¡perdónanos!
Arrepentido te pedimos.

9 de noviembre

Texto: Mateo 25:1–13

Aceite en la lámpara

“Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir” (Mateo 25:13).

La parábola de las diez vírgenes siempre nos cautiva, nos pone a sacar cuentas y cuentas de lo que necesitamos para cuando nuestro Señor regrese por su iglesia. Pero no es un juego de números, sino un llamado a tu corazón. Mira que todas estaban esperando al esposo, pero solo cinco estaban listas. Las otras cinco pensaron que podrían prepararse después. Pero el esposo vino... y fue tarde. Así pasa también en la iglesia de Cristo, todos esperamos, pero... ¿Están todos preparados o solo duermen? En verdad Jesús no quiere que tu corazón se entristezca, sino que estes despierto y preparado. En el Bautismo que recibiste eres habilitado para ser llamado hijo de Dios y su Espíritu Santo obra por su Palabra para mantener tu fe viva, tu corazón encendido y no lleno de las cosas vanas de este mundo, sino con las herramientas que el mismo te ofrece para estar preparado. El aceite en tu lámpara es la confianza en el Salvador que ya vino por ti y prometió volver.

Es fácil distraerse. El mundo ofrece luces falsas, y el cansancio del alma adormece la fe. Pero su Palabra nos despierta. No hay tiempo de sobra. Hoy es el día de la gracia. Jesús murió por todos, y también por ti. Él es el Esposo fiel que regresa por su iglesia. La lámpara llena no es perfección humana, sino fe revente en un corazón que ama. ¡Llena tu lámpara de amor, arrepentimiento y perdón! Cuando Él regrese, que te encuentre listo, no por tus méritos, sino por su misericordia.

Señor Jesús, mantén encendida mi fe mientras espero tu regreso. No permitas que me duerma ni me distraiga. Gracias por tu amor fiel que me prepara para el gran día. En tu nombre. Amén.

(Sostennos firmes – HL #548, estr.1)

Sostennos firmes ¡oh, Señor!,
En la Palabra de tu amor;
Refrena en los que su maldad,
Tu reino quieren derribar.

10 de noviembre

Texto: Mateo 25:14–30

Bien, buen siervo fiel

“Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mateo 25:21).

El Señor confía sus bienes a sus siervos antes de irse. Cada uno recibe algo, no para servirse, desperdiciarlo o esconderlo, sino para usarlo. Al volver, el Señor no espera resultados impresionantes, sino fidelidad. El que escondió su talento, no lo perdió, pero no confió en el carácter de aquel Señor que puso en sus manos sus bienes. Vivió con miedo, con temor, no con fe y esperanza. Pero más que una parábola, Jesús habla de lo que hemos recibido cada uno de nosotros. ¿Qué has hecho con los dones recibidos por tu Señor? Jesús no te da talentos para que vivas temiendo fallar, equivocarte o perder; espera que uses esos dones para servir a los demás como Él te ha servido a ti. Te los da porque confía en ti y porque su Espíritu Santo desde tu Bautismo está contigo y obra en ti para usarlos de una manera correcta.

Esto no es sobre dinero, sobre bienes materiales simplemente. Es sobre tu vida entera. Y te pregunto de nuevo: ¿Qué estás haciendo con lo que Dios te ha dado? Fe, tiempo, palabra, dones... nada es pequeño cuando se pone en sus manos. Y mira que Jesús ocupó tu lugar en la cruz no para que te escondas, sino para que vivas y sirvas. La gracia no es pasiva; te impulsa a servir, a compartir, a invertir tu vida en lo que tiene valor eterno. Al final, no importará cuánto lograste, sino si viviste confiando en Él. Y por fe, oirás esas palabras: *“Bien, buen siervo fiel”*.

Señor Jesús, gracias por confiar en mí y darme todo lo que necesito para vivir para ti. Ayúdame a usar mis dones con fe y gratitud. Que mi vida glorifique tu nombre hasta el día que regreses. En tu nombre. Amén.

(Tu Palabra ¡oh, Santo Dios! - HL #840, estr.1)

Tu Palabra ¡oh, santo Dios!
Es del cielo el magno don.
Que me enseña con verdad,
Tu divina voluntad;
Y me dice lo que soy,

De quien vine y a quien voy.

11 de noviembre

Texto: Mateo 25:31–46

El rey juzgará

“Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34).

Cuando escuchamos la palabra juicio siempre lo relacionamos con una condena; alguien debe ser juzgado por algo... alguien debe ser condenado. Y sentimos temor por ocupar ese lugar. Quizás ni pensemos en eso, pero la verdad es que, cuando el Hijo del hombre regrese en su gloria, habrá juicio. Todos comparecerán ante Él. Pero este juicio no se basará en obras humanas que impresionan al público, tampoco como moralmente te has manejado en la vida, sino, como ha sido tu relación con Jesús. Quienes confían en su Palabra y obra y viven esa fe en amor a Dios y al prójimo, oirán en el día del juicio: *“Venid, benditos de mi Padre”*. No por sus méritos, sino porque ya son suyos por medio del Bautismo, así como tú lo eres hoy.

¿Y qué hay de los otros? Los que no han confiado ¿Fueron castigados por no hacer buenas obras? ¡No! Son condenados porque no creyeron, y su incredulidad se mostró en indiferencia al prójimo. El que ha recibido gracia, da gracia. El que ha sido amado, ama. Por eso tú mismo has recibido amor sacrificial de tu Señor para que puedas amar y confiar; para que puedas vivir como quienes ya pertenecen su reino eterno. Tus obras no te salvan, pero son fruto de una fe viva. Jesús viene. ¿Te encuentra confiando en Él y sirviendo a tus hermanos?

Señor Jesús, tú eres el Rey justo que murió por mí. Ayúdame a vivir confiando en tu gracia y mostrando tu amor a los más pequeños. Que tu Espíritu Santo me prepare para el día glorioso de tu venida. En tu nombre. Amén.

(Estad por Cristo firmes - HL #812, estr.1)

Estad por Cristo firmes, soldados de la cruz:
Alzad hoy la bandera en nombre de Jesús.
Es nuestra victoria con Él por capitán;
Por Él serán vencidas las huestes de Satán.

12 de noviembre

Texto: Mateo 26:1–19

Preparativos para la pasión

“Cuando hubo acabado Jesús todas estas palabras, dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días se celebra la pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado” (Mateo 26:1-2).

¿Te imaginas saber el día y la hora de tu pasaje por el valle de muerte? Imagina la incertidumbre en tu corazón, seguro la desesperación y el dolor no te dejarían descansar y más saber que quizás ni lo mereces, pero por tus pecados si lo mereces, es tu destino. Aun así Jesús hizo el camino por ti. Jesús si sabía que su hora se acercaba. Y lo dijo claramente: *“El Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado”*. A diferencia de nosotros a El nada lo sorprendía. Su sufrimiento no fue un destino incierto, sino cumplimiento del plan eterno de Dios. Él vino a este mundo con un solo propósito: dar su vida en rescate por muchos. Por todos, por ti. Su cruz no fue una tragedia maldita: fue una bendita victoria. En su muerte, el diablo, el pecado y el mundo son derrotados, la culpa quitada, y la vida eterna asegurada.

Y en medio de estos anuncios, también vemos amor. Una mujer unge a Jesús con perfume costoso. No fue un derroche. Fue perfecta adoración. Mientras los discípulos discutían, ella lo honró. Jesús mismo dijo que ese acto sería recordado. Hoy, mientras recordamos su pasión, el Espíritu Santo nos mueve a amar y a adorar, no con aceite, sino con fe y gratitud. La Santa Cena que se prepara en este texto también es para ti: su cuerpo y sangre por tu perdón. Así como Él se preparó para morir, tú puedes prepararte para vivir en Él. ¿Crees esto?

Gracias, Señor Jesús, por enfrentar tu hora con obediencia y amor. Prepara mi corazón para adorarte con devoción y fe sincera, y vivir agradecido por tu sacrificio. En tu nombre. Amén.

(Mi fe descansa en Ti - HL #877, estr.1)

Mi fe descansa en ti,
Cordero que por mi fuiste a la cruz:
Escucha mi oración,
dame tu bendición,
llene mi corazón tu santa luz.

13 de noviembre

Texto: Mateo 26:20–35

Una mesa con traición y promesa

“Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mateo 26:26-28).

Durante la última cena, Jesús reveló la traición de Judas. Sin embargo, no interrumpió la comida ni abandonó su misión. En medio del dolor, instituyó la Santa Cena, regalándonos su cuerpo y su sangre. *“Esto es mi sangre del nuevo pacto... que por muchos es derramada para remisión de los pecados”*. Él sabía quién lo traicionaría, quién lo negaría, y aun así entregó su gracia. Así mismo, pasa en nuestros días con

cada uno de nosotros, muchos nos sentamos a la mesa del Señor cada domingo, pero somos infieles... Él lo sabe; sabe que caeremos en pecado, que lo traicionaremos y que en algún momento lo negaremos. Pero Él no se detiene y sigue adelante dándose así mismo en cuerpo y sangre para perdón nuestro. Esta es la grandeza de la obra de nuestro Señor: El Cristo prometido murió por todos, también por quienes fallan, por los que, a pasar de todo caen aun cuando ven sus milagros y prodigios.

¿Qué has prometido tu? Mira que Pedro prometió ser fiel hasta la muerte y Jesús le advirtió su negación. Bueno, el problema no es prometer demasiado, sino confiar en uno mismo. ¡Pero espera! Jesús no precisa discípulos perfectos, sino hombre y mujeres con un corazón arrepentido. Dios Padre nos llama a la humildad: tú y yo también fallamos. Pero en su mesa recibimos perdón y su Espíritu fortalece nuestros corazones frágiles. La Santa Cena no es para los fuertes, sino para los necesitados. Es para ti, es para mí. Y aun sabiendo lo que somos, Jesús se entrega.

Señor Jesús, gracias por dar tu cuerpo y sangre por mí, aun sabiendo mis debilidades. Perdona mis traiciones y fortalece mi fe en tu gracia. Que nunca me apartes de tu mesa. Amén.

(¿Qué es este pan? – HL #736, estr.1)

¿Qué es este pan? Su cuerpo levantado ya,
Vida nos da, al partir el pan,
Molido por mi libertad
¡ved y probad! que Dios es paz.

14 de noviembre

Texto: Mateo 26:36–56

El salvador en agonía

“Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39).

En Getsemaní se escenifica uno de los momentos más conmovedores de las escrituras, pero poco tomamos en cuenta este episodio histórico que marcó nuestras vidas actuales y futuras. Jesús está angustiado, orando con dolor: *“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa... pero no sea como yo quiero, sino como tú”*. El Hijo de Dios, perfecto y sin pecado, se encuentra asumiendo voluntariamente la pesada carga de nuestra culpa. Nadie lo obligó: Él vino para esto. Sin embargo, la humanidad duerme... tu hoy duermes entre los vendavales de este mundo. ¡Despierta! No te quedes dormido. Tu Señor desde la eternidad ha cubierto tu pecado con su perfecto sacrificio, ha lavado tu transgresión con su propia sangre. Ha llorado lágrimas de dolor para que tu hoy tu puedas tener acceso a su Padre por medio de su obra. Su misión no ha sido un capricho, sino el pago total por tu pecado. Cada gota de sudor y cada lágrima del huerto fueron por amor.

Allí, mientras Jesús oraba, recordamos que los discípulos dormían. Bueno, ellos no entendían el peso de la hora y cuando llegó el momento de la traición, lo abandonaron. Aun así, Jesús no huyó. Se entregó. Y su Espíritu Santo nos despierta hoy con la Palabra fielmente predicada la cual nos exhorta a no quedarnos

dormidos... pero ¿Aun duermes? Jesús no te desecha. Él oró por nosotros, luchó por nosotros, y se entregó por nosotros; Él ora por ti, lucha por ti y se entrega por ti. Hoy, su oración sigue viva: intercede por ti.

Señor Jesús, gracias por no huir del Getsemaní, por tomar mi copa de juicio y transformarla en copa de bendición. Despierta mi fe, y enséñame a confiar aun en las pruebas venideras. Amén.

(A Cristo proclamad – HL #789, estr.1)

A Cristo proclamad, triunfante salvador;
Venció a la muerte con poder; cantad al Redentor.
Jesús resucitó, su triunfo pregonad
Y la grandeza de su amor al mundo publicad

15 de noviembre

Texto: Mateo 26:57–75

El gallo cantó... y Jesús miró

“Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente” (Mateo 26:75).

Pedro negó a Jesús tres veces. Lo había prometido todo, pero en la hora difícil, ¿Qué pasó? Como cualquier ser humano pecador tuvo miedo. Al oír el gallo, recordó las palabras de su Maestro y lloró amargamente. Pero no fue un llanto de condenación, sino de arrepentimiento. Jesús lo miró y tuvo compasión de aquel discípulo arrepentido. Él no lo desechó, no lo condenó por no ser fiel en la hora de la oscuridad, sino que más adelante lo limpió y lo restauró. ¿Por qué Jesús hizo esto? Él no es como nosotros. A diferencia el conoce nuestras debilidades, pero no niega nuestro pecado, sino que cubre la transgresión del corazón contrito y ofrece Perdón, Paz y Amor. Esto se llama gracia, una gracia ganada con su muerte. Y esa gracia también es para ti.

¿Estas arrepentido de tus transgresiones? ¿Estas arrepentido de no ser fiel a tu Señor? Bueno, podemos comenzar con reconocer que también has fallado. Has callado cuando debías hablar, o te has alejado por miedo o vergüenza, pero Jesús no te deja solo. Su Palabra te arrastra a reconocer su amor y fidelidad. El gallo cantó para Pedro, y hoy canta para ti: ¡Vuelve! No importa cuán lejos hayas ido, no importa cuán grande sea tu pecado, ¡Vuelve! Su gracia te alcanza. El Espíritu Santo esta presto para conducirte al arrepentimiento, y la cruz y te asegura que el perdón no se negocia, sino que se regala. Jesús miró a Pedro... y hoy te mira a ti.

Señor Jesús, perdóname por las veces que te he negado. Mira mi corazón, y renuévame con tu gracia. Que mi fe no falte, y que mi boca te confiese siempre. En tu nombre. Amén.

(Todas las promesas – HL #856, estr.1)

Todas las promesas del Señor Jesús
Son apoyo poderoso de mi fe.

Mientras luche aquí buscando yo su luz,
Siempre en sus promesas confiaré.
Grandes, fieles, todas las promesas que el Señor ha dado;
Grandes, fieles, en ellas yo por siempre confiaré.

16 de noviembre

Texto: Mateo 27:1–10

Remordimiento no es arrepentimiento

“diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú! Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió, y fue y se ahorcó” (Mateo 27:4-5).

Judas dentro de la gravedad de su traición sintió remordimiento. Devolvió las monedas, confesó su pecado, y luego, ¿Qué? Se ahorcó. El peso de su culpa fue más grande que su esperanza. Y aunque reconoció su traición; no reconoció la misericordia de su Señor, no acudió a la fuente del perdón. Y existe una gran diferencia entre *sentir culpa* y *recibir gracia*; sentir culpa es producto de lo que viene detrás de la transgresión, sin embargo, recibir gracia es ser perdonado por causa del verdadero arrepentimiento. Y es que la gracia de hecho, no se trata de lo que tú puedes reparar, sino de lo que Cristo ya hizo por ti. La culpa mira al abismo, pero el arrepentimiento verdadero mira a la cruz.

¿Has fallado? Tenemos que confesar que todos hemos sido como Judas en algún momento. Vendemos a Jesús por conveniencia, guardamos silencio o simplemente somos cobardes. Pero hay una puerta abierta que Judas no tocó, una puerta que Jesús ha dispuesto a causa de su santo sacrificio; esa puerta se llama perdón. Es un salvoconducto santo que te lleva a la vida y a la salvación eterna, allí donde solo entran los de un corazón arrepentido que ven en la cruz su salvación. Cristo no solo murió por los *“buenos”* discípulos, sino también por los que lo traicionaron. La diferencia está en a quién miras después de tu caída. Y hoy es tiempo de mirar a tu Salvador. Porque su Espíritu Santo no te lleva a la desesperación, sino a confiar en su Palabra que dice: *“Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar”*.

Señor Jesús, no permitas que mi culpa me aleje de ti. Llévame al arrepentimiento que recibe tu gracia. Librame del remordimiento vacío, y lléname con tu perdón. En tu nombre. Amén.

(¡Oh, Redentor del mundo! – HL # 799, estr.1)

¡Oh, Redentor Del Mundo! ¡Amante salvador!
Sabiduría eterna, de esperanza dador.
A sus soldados cuida, señor del mundo es,
Salud es en la vida, y en muerte vida es.

17 de noviembre

Texto: Mateo 27:11–32

Silencio que salva

“Pero Jesús no le respondió ni una palabra; de tal manera que el gobernador se maravillaba mucho” (Mateo 27:14).

Hoy en día es difícil estar callado y más cuando eres acusado falsamente. Solo imagínate ser expuesto ante el juez con falsos testimonios que ponen en juego tu vida, ¿Cuál sería tu reacción inmediata? No dudo que alzaras la voz por la injusticia, no dudo que para salvarte usaras hasta el último recurso tu alcance. Sin embargo, cuando los acusadores se alzaban contra Jesús, Él callaba. No se defendía. No replicaba. No imploraba. *“A ninguna palabra le respondió”*. ¿Por qué tanto silencio? ¿Por qué no se defendía y se salvaba? Nuestro Señor es diferente. Él ya había decidido cargar con nuestra culpa. Cristo no vino a salvarse, sino a salvarte. El Cordero guardó silencio para que tú hoy tengas voz ante el Padre Celestial. Su cruz fue el precio por tus pecados. No se defendió, porque vino a defenderte a ti.

En aquel momento Jesús fue rechazado mientras el pueblo erigía a Barrabás, Hoy no es diferente, muchos siguen eligiendo lo fácil y cómodo antes que al Redentor. Pero, aun así, su amor persiste; aun dentro del rechazo Él te sigue llamando por medio de su Palabra, te lava por medio de su Bautismo y te sienta en su mesa. Él te muestra que ese silencio fue por ti. Y aunque fuiste culpable de toda transgresión, de todo pecado, su Espíritu Santo te ratifica que Él tomó tu lugar. ¿Cómo responderás a esto? Hoy no estás frente a Pilato, pero sí frente a su buena nueva de vida perdón y salvación que te ofrece gracia y misericordia. Confía en él.

Amado Jesús, gracias por callar ante tus enemigos para hablar en mi favor ante el Padre. No permitas que el ruido del mundo me aleje de tu cruz. Ayúdame a vivir como quien ha sido perdonado por ti. Amén.

(Mi fe descansa en Ti – HL # 877, estr.1)

Mi fe descansa en ti,
Cordero que por mi fuiste a la cruz:
Escucha mi oración,
dame tu bendición,
llene mi corazón tu santa luz.

18 de noviembre

Texto: Mateo 27:33–56

Verdaderamente, este era el Hijo de Dios

“El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente este era Hijo de Dios” (Mateo 27:54).

Jesús colgado en la cruz parecía derrotado, pero allí mostró su poder y su amor. El Gólgota fue un lugar de muerte, ¡Si por su puesto!, vimos allí morir al Hijo de Dios, pero también de revelación. ¿Qué pudo haberse revelado en una escena tan lúgubre y triste? Las escrituras nos narran que el cielo se oscureció, el velo del

templo se rasgó, la tierra tembló... y un centurión pagano confesó: "*Verdaderamente, este era el Hijo de Dios*". ¡Oh! Una declaración que pone de manifiesto que la obra incomprensible de Dios mediante el sacrificio de su amado Hijo es cumplida. Y es qué, a veces, la gloria de Dios se revela en los momentos más oscuros. Allí en la cruz del Calvario, el poder de Dios se manifiesta, derrocando el poderío del diablo, del mundo y del pecado. Ya todo estaba consumado. El único y verdadero sacrificio que cubre todo pecado y trae consigo la inmerecida gracia; esa gracia que es para ti, que es para todos. Un sacrificio que no fue en vano pues cubre multitud de pecados.

¿Qué piensas ahora? Esto no fue un accidente ni algo que salió mal. Fue el cumplimiento del plan eterno: El justo por los injustos. El pecado fue condenado, y tú fuiste reconciliado. El Espíritu Santo te lleva hoy al pie de la cruz, no para llorar simplemente, sino para creer. La Palabra de Dios declara que por sus llagas fuimos sanados. Y si, tú puedes confesar como aquel centurión, y lo haces porque Jesús murió también por ti, su muerte es tu vida.

Padre celestial, gracias por entregar a tu Hijo por mí. Que nunca me aparte de la cruz de Cristo. Ayúdame a confesar con fe y gratitud que Él es mi Salvador. En el nombre de Jesús. Amén.

(Si aquella cruz hablase – HL #481, estr.1)

Si aquella cruz hablase como Cristo murió,
Daría a cada uno una lección de amor.
De sangre fue manchada y todo soportó,
Alzo sobre el calvario a Jesús salvador.

19 de noviembre

Texto: Mateo 27:57–66

Sepultado, pero no vencido

"y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue" (Mateo 27:60).

Jesús fue sepultado. ¿Dónde queda nuestra esperanza? Por lo menos podemos decir que la mayoría de las personas saben lo que conlleva la muerte física. Ves a tu familiar allí en el féretro y cuando se cierra no lo vuelves a ver más. El Hijo de Dios también caminó ese camino de muerte. Su cuerpo inerte fue puesto en una tumba nueva, cerrada con una gran piedra. Desde fuera, todo parecía perdido: el Salvador estaba muerto. Ya no hay esperanza. Pero esa tumba no era el fin, sino el inicio de la victoria. El mundo selló la roca. El mundo puso fin a la vida, pero no pudo sellar el poder de Dios, no pudo poner fin al dador de vida. El habían dado una declaración que cambia todo; había prometido: "*Al tercer día resucitará*". Y así sería. La muerte fue real, pero también limitada. Él tomó su vida nuevamente y con ello también tomó la tuya y ya la muerte no tiene poder sobre ti.

Y aunque en tu vida, hay momentos que parecen sepulcros: lleno de silencio, fracasos, despedidas, enfermedades y sombras de muerte, hay esperanza. El mismo Cristo que fue envuelto en mortaja es quien vive. Él no quedó allí. Y tú tampoco quedarás en tu dolor. Él te asegura que la cruz y el sepulcro no fueron

el final, sino la puerta a la resurrección. ¿Hay esperanza? ¡Claro que sí! Espera con fe. Jesús murió por ti, y con Él también resucitarás. No hay piedra tan grande que su gracia no pueda mover.

Señor Jesús, tú conoces el silencio de la tumba, pero también la promesa de la vida. Ayúdame a confiar cuando todo parece oscuro, sabiendo que tú vencerás por mí. En tu nombre. Amén.

(Alzad, ¡oh, Pueblos! vuestra voz – HL #511, estr.1)

Alzad, ¡oh, pueblos! vuestra voz,
Que Cristo nuestro Rey y Dios
Venció a la muerte y su terror.
¡Aleluya, aleluya, aleluya!

20 de noviembre

Texto: Mateo 28:1–20

¡Él ha resucitado!

“No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor” (Mateo 28:6).

Las mujeres fueron a buscar un cuerpo... y encontraron una tumba vacía. El ángel anunció la verdad que cambió el mundo: *“No está aquí, pues ha resucitado”*. La muerte fue vencida. El pecado fue derrotado. ¡Jesús vive! Y porque Él vive, tú también vivirás. Su resurrección no es solo historia pasada; es poder presente que alcanza a toda la humanidad. Esta noticia no es un recuerdo pasado de un evento en el tiempo; es vida manifiesta en la promesa cumplida de un Señor y Salvador que ha pagado el precio total y ahora ha traído perdón y gracia para todos. Y en ese *“todos”*, tú estás incluido. Es un regalo inmerecido que se recibe solo por gracia mediante la fe en un Señor que ha cumplido su Palabra. ¡Él vive, y ahora tú también vives!

Las mujeres fueron a ver un cadáver y salieron con un temor que luego se convirtió en esperanza. Hoy más que nunca, tu temor por la muerte venidera debe ser también esperanza, porque su Espíritu Santo, a través de su Palabra fielmente predicada, transforma tu miedo en amor. Tu Señor también hoy se acerca a ti y te dice: *“Toda potestad me es dada... vayan”*. No estás solo. El Resucitado te acompaña. Por medio de su Palabra, de su Bautismo y de la Santa Cena, Él te fortalece. Recuerda, Él murió por todos y vive para ti. Hoy también te dice: *“Yo estoy con vosotros todos los días.”* No hay tumba que detenga a Jesús, y no hay temor que detenga su llamado.

Señor Jesús, tú has vencido la muerte y vives para siempre. Llena mi corazón con tu vida y envíame a compartir tu Evangelio con amor y gozo. Gracias por estar conmigo cada día. Amén.

(Ved al Cristo, rey de gloria – HL #523, estr.1)

Ved al Cristo, rey de gloria:

Es del mundo el vencedor;
De la guerra vuelve invicto,
Todos démosle loor.
¡Coronadle! Coronad al salvador.

21 de noviembre

Texto: Apocalipsis 18:1-24

La caída de babilonia

“Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas” (Apocalipsis 18:4).

Dios anuncia la caída definitiva de Babilonia, símbolo de todo sistema corrupto que se opone a su voluntad. Babilonia representa el pecado, la injusticia, la mentira y la idolatría que contaminan al mundo. Si comparamos el mundo de hoy con esta visión histórica de la antigua Babilonia, podríamos decir sin equivocarnos que vivimos aún en igual condición. ¡Debemos salir de allí! Pero ¿Cómo podemos salir si vivimos y convivimos bajo los rudimentos de este mundo? ¡Pues escucha! Su Palabra nos llama urgentemente a salir de ese ambiente, a apartarnos de todo aquello que nos aleja de Él, para no ser cómplices ni sufrir las consecuencias de su destrucción. Escucha: aunque el pecado parezca fuerte y tentador, el Evangelio nos ofrece perdón y vida nueva por medio de Jesús, quien ha sido el propiciador de la vida.

Bueno, aún no sé cómo salir de allí. Bien; el Espíritu Santo obra en nuestro corazón para darnos valor y sabiduría para alejarnos del pecado y vivir conforme a la voluntad de Dios. Salir de Babilonia significa dejar atrás las falsas seguridades que ofrece el mundo y abrazar la libertad que solo se encuentra en Jesús. No somos llamados a ser parte de un sistema que destruye, sino a ser un pueblo santo que vive bajo la gracia y la verdad de la Palabra de Dios. En medio de una sociedad corrupta, Él nos sostiene y nos invita a una vida de fe, esperanza y amor, seguros en la promesa de que Dios tiene la última Palabra dentro de todas las adversidades que nos rodean.

Amado Jesús, gracias porque tú nos llamas a salir del pecado y vivir en tu libertad. Ayúdame a permanecer firme en tu Palabra y a confiar en tu perdón y amor cada día. En tu nombre. Amén.

(El Señor es mi luz – HL #580, estribillo)

El Señor es mi luz y mi salvación.
El Señor es la defensa de mi vida.
Si el señor es mi luz, ¿a quién temeré?
¿Quién me hará temblar?

22 de noviembre

Texto: Apocalipsis 19:1-22

La victoria del Rey

“Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! (Apocalipsis 19:6).

Hoy, vivimos en un mundo donde las malas noticias parecen llenar cada espacio: guerras, violencia, enfermedades y corrupción. Muchas personas se sienten desanimadas y pierden la esperanza fácilmente. Sin embargo, cuando recordamos que Jesús ya ha triunfado, encontramos una fuente inagotable de paz y alegría. Así como un deportista que corre con seguridad sabiendo que la victoria ya está asegurada, nosotros también podemos caminar cada día con la certeza de que nuestro Rey gobierna con amor y misericordia. Él nos invita a unirnos al canto de júbilo en el cielo porque Dios ha tomado su poder para gobernar con justicia y verdad. Jesús, el Rey de reyes y Señor de señores, ha vencido al pecado, a la muerte y al diablo, y ahora reina para siempre. Esta victoria es para todos, porque Cristo murió por el mundo entero, también por ti. Aunque el mal parezca fuerte, la Palabra de Dios nos asegura que el reino de Dios es eterno y nadie puede derrotarlo.

Su Espíritu nos fortalece para vivir con esperanza y valentía, aún en medio de las dificultades. Saber que Jesús es el Rey que triunfa nos llena de gozo y confianza para seguirle cada día. Él nos llama a vivir en fidelidad, proclamando su Evangelio y reflejando su amor con nuestras acciones y palabras. La victoria de Cristo no es solo un evento futuro, sino una realidad presente que transforma nuestra vida y nos da paz verdadera, incluso cuando todo a nuestro alrededor parece perdido.

Señor Jesús, gracias por tu victoria y por reinar en mi corazón. Ayúdame a vivir con alegría y esperanza, confiando en tu poder y amor eternos. Hazme un testigo fiel de tu Evangelio y fortaléceme en cada prueba. En tu nombre. Amén.

(No temas tú, pequeña grey – HL #549, estr.1)

No Temas Tú, Pequeña Grey,
Aun cuando del averno el rey
Tratará de perderte,
Por sendas oscuras y de terror
Llenando el alma de pavor.
¡el no podrá vencerte!

23 de noviembre

Texto: Apocalipsis 20:1-15

El juicio final

“Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.” (Apocalipsis 20:12).

El juicio final es una realidad que a veces nos causa temor, pero también nos da esperanza porque muestra la justicia y la misericordia de Dios. En ese día, cada persona dará cuenta ante Él, y su Palabra revela que solo quienes están en Cristo tienen el perdón y la vida eterna. Jesús murió por todos, también por ti, para que no seas condenado sino reconciliado. Y aunque el mundo nos invita a vivir sin pensar en el futuro, la certeza del juicio nos llama a examinar nuestro corazón y reconocer nuestra necesidad de un Salvador. En nuestra vida diaria, podemos ver cómo la injusticia parece reinar: engaños, corrupción, violencia y egoísmo. Sin embargo, Él nos recuerda que habrá un día en que toda injusticia será corregida y toda lágrima será enjugada por el Cordero.

Tu eres llamado a vivir cada día con arrepentimiento y fe, confiando en que la muerte y el pecado ya no tienen poder sobre ti. El libro de la vida te recuerda que tu confianza debe estar en su promesa y en la obra salvadora de Jesús, no en nuestras propias fuerzas o logros. Así, viviremos con esperanza y paz, sabiendo que nuestro destino está seguro en sus manos. Y hoy, en medio de tantas voces que nos llenan de miedo o incertidumbre, podemos encontrar consuelo al saber que Jesús ya ha vencido y nos prepara un lugar en su Reino eterno. Esta verdad nos motiva a compartir el mensaje de salvación con otros, para que más personas tengan la certeza de estar escritos en el libro de la vida.

Amado Jesús, gracias porque en ti encuentro perdón y vida eterna. Ayúdame a vivir confiando en tu justicia y amor. Fortaléceme para vivir cada día con fe y gratitud. En tu nombre. Amén.

(¡Firmes y adelante! – HL #811, estr.1)

¡Firmes y adelante, huestes de la fe!
¡Sin temor alguno, que Jesús nos ve!
Jefe soberano, Cristo al frente va,
Y la regia enseña tremolando está.

24 de noviembre

Texto: Apocalipsis 21:1-8

El cielo nuevo y la tierra nueva

“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:4).

Cuando escuchamos esta santa declaración de Dios, sentimos ese deseo de vivir conforme a su Palabra; nos sentimos animados a vivir en santidad, esperando con gozo la realización de esta promesa. Nuestra verdadera ciudadanía está en el cielo. Sin embargo, luchamos con los afanes de esta vida, caemos y en ocasiones, perdemos la fe y tocamos el fondo del abismo. Lo bueno es que no se trata de nosotros, se trata de lo que Él ha prometido cumplir, y aunque vivimos en un mundo imperfecto, sabemos que Dios

hará todas las cosas nuevas. Esta esperanza nos impulsa a vivir con amor y confianza en Jesús, por quien fueron hechas todas las cosas y que ahora nos prepara un lugar en la casa del Padre.

Dios nos promete un futuro glorioso donde ya no habrá dolor, lágrimas ni muerte. ¡Esto es algo maravilloso! Y esta esperanza se cumple porque Jesús, en su gran amor por nosotros, venció a la muerte, al diablo y al mundo. Hoy nos ofrece gratuitamente salvación y vida eterna. Pero no todo es color de rosas; Él sabe que la vida aquí no es fácil, y por eso nos recuerda que, aunque enfrentemos sufrimientos en este mundo, podemos confiar en que nuestro destino final está en sus manos. *“Enjugará Dios toda lágrima...; y no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; ...”*. Escuchar esto nos llena de consuelo y nos fortalece para perseverar en la fe, esa fe que te lleva a sus pies y te hace ver que, a pesar de las vicisitudes de este tiempo, tienes real esperanza en sus promesas.

Señor Jesús, gracias por la promesa de vida eterna y por ser mi esperanza segura. Ayúdame a vivir fielmente, confiando en tu amor y cuidado. En tu nombre. Amén.

(Ser infinito, Dios bondadoso – HL #976,estr.1)

Ser Infinito, Dios Bondadoso,
Quieras gustoso oír la canción
Que te elevamos en este día
Con alegría de corazón.

25 de noviembre

Texto: Apocalipsis 21:9-27

La nueva Jerusalén: nuestra esperanza eterna

“La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (Apocalipsis 21:23).

Hay días en que la oscuridad parece ganarnos. Luego de una jornada larga, llena de malas noticias, estrés y cansancio, anhelamos llegar a casa, cerrar la puerta y descansar en paz. Pero aun en casa, el corazón puede seguir inquieto, cargado de preocupaciones. En medio de esta rutina, Dios nos recuerda que existe un hogar mejor, uno eterno, donde no hay oscuridad, ni temor, ni lágrimas. La Nueva Jerusalén es la hermosa morada de Dios con su pueblo, un lugar donde no hay noche, porque la gloria de Dios lo llena todo con luz y paz eternas. La Palabra de Dios nos asegura esta promesa: Cristo ha preparado ese lugar para nosotros, gracias a su sacrificio en la cruz, no por méritos nuestros, sino por pura gracia. Es un regalo que también es para ti.

Vivir con la esperanza de esta ciudad celestial nos da fuerza para enfrentar las pruebas del presente. Cuando todo parece desmoronarse, el su Palabra nos recuerda que por su Bautismo somos ciudadanos del cielo, y que nuestro verdadero hogar está con Dios. Mientras caminamos por este mundo, el Espíritu Santo nos guía para vivir en fe y santidad, reflejando la luz de Cristo en nuestro diario vivir. No importa cuán duras sean las dificultades, Dios está con nosotros, y su gloria nos sostiene. Así, animados por esta

esperanza, podemos mirar hacia adelante con gozo, sabiendo que un día veremos a Dios cara a cara y moraremos con Él por la eternidad.

Señor Dios, gracias por la promesa de la Nueva Jerusalén y por tu luz que nunca se apaga. Que tu Espíritu me guíe cada día a vivir en santidad y esperanza. En el nombre de Jesús. Amén.

(Un solo fundamento – HL # 810, estr.1)

Un solo fundamento y un solo fundador,
La santa iglesia tiene en Cristo su Señor,
Haciéndola su esposa, del cielo descendió,
Y por su propia sangre su libertad compró

26 de noviembre

Texto: Apocalipsis 22:1-21

La invitación al agua viva

“El Espíritu y la esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17).

¿Has sentido sed alguna vez? Luego de una caminata larga bajo el sol, lo único que uno desea es un vaso de agua que refresque y devuelva las fuerzas. De manera similar, nuestras almas muchas veces caminan secas y cansadas por los desiertos de la culpa, la ansiedad y el pecado. Pero, a diferencia de lo primero, esta sed no se sacia con simple agua. Sin embargo, en las últimas palabras de la Biblia, Dios nos hace una invitación abierta y amorosa: *“El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida”* (Ap 22:17). Esto no es simplemente agua; es la gracia y salvación que Jesucristo nos da gratuitamente. Ciertamente, por nuestro pecado hemos buscado agua contaminada en otros pozos: el orgullo, el materialismo, los placeres egoístas... en fin, hemos rechazado al único que puede darnos verdadera vida. ¡Espera! El mismo Jesús nos consuela, porque no importa quién seas ni cuánto hayas fallado: en Cristo hay perdón, paz y vida eterna para todos, también para ti.

El Espíritu Santo, por medio de su iglesia, te llama a acercarte sin temor, porque esta invitación no es por méritos, sino por amor. Cuando bebemos de esta agua viva, que es Cristo, nuestras almas son renovadas y fortalecidas. La vida en Cristo es abundante y satisfactoria, y ningún bien terrenal puede igualarla. En verdad, Jesús sacia toda sed. En un mundo sediento de sentido y de consuelo, recuerda tu Bautismo y acércate a la fuente inagotable de vida: *“Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”*. ¡Ven, acércate!

Señor Jesús, gracias por la invitación a beber del agua viva que sacia mi alma. Ayúdame a confiar en tu Palabra y a compartir tu amor con quienes me rodean. Amén.

(Bautizado en Cristo soy – HL # 858, estr.1)

De Dios hijo soy amado ¡Bautizado en Cristo soy!

El pagó por mis pecados, Redención yo tengo hoy.
¿Qué tesoros necesito? Me fue dado uno bendito,
Que me trajo a salvación, Por la eterna adopción.

27 de noviembre

Texto: 1 Pedro 1:1-12

Esperanza viva en medio de las pruebas

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 Pedro 1:3).

Cuando pasamos por situaciones difíciles, como la pérdida de un ser querido, la enfermedad o la incertidumbre económica, es fácil que la esperanza se debilite. Nuestro corazón tiende a buscar apoyo en cosas pasajeras: una buena noticia, una solución rápida o una promesa humana. Pero esas esperanzas muchas veces se rompen. El apóstol Pedro nos recuerda que los cristianos no vivimos de ilusiones vacías, sino que hemos recibido una esperanza viva, una que no muere ni se desgasta, porque nace del hecho glorioso de que Cristo resucitó de entre los muertos. Esta no es una emoción ni un simple deseo de que todo mejore, sino una certeza firme: Jesús venció al pecado y a la muerte, y lo hizo por ti. Ante esta verdad, la ley te muestra que muchas veces has puesto tu confianza en cosas erróneas, en lugar de confiar en el poder del Evangelio. Sin embargo, su Palabra nos consuela con la gracia de Dios: por medio de Cristo hemos sido hechos nuevos y tenemos vida eterna.

Su Espíritu obra en tu corazón a través de la predicación de la Palabra, fortaleciendo tu fe, especialmente en los momentos de prueba. Esta esperanza viva te transforma: te llama a vivir conforme a su voluntad, no por obligación, sino como respuesta agradecida al amor de Dios, quien ha dado a su Hijo en sacrificio por ti. Así, aun en medio del dolor, podemos vivir con gozo, sabiendo que nuestro futuro está seguro en Cristo. Nuestra esperanza no es frágil ni incierta: es un ancla firme en la promesa del Dios fiel.

Señor Dios, gracias porque me has dado una esperanza viva en Cristo. Fortalece mi fe en medio de las pruebas y ayúdame a vivir confiando siempre en tu amor y misericordia. En el nombre de Jesús. Amén.

(No hay otro nombre para mi – HL # 801, estr.1)

No hay otro nombre para mi más bello que Jesús,
El nombre de mi redentor quien salva por la cruz.
Me gozo mucho en alabar al santo rey Jesús;
No hay otro nombre para mi más bello que Jesús.

28 de noviembre

Texto: 1 Pedro 1:13-25

Llamados a la santidad

“como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:14-16).

Vivimos en una época donde por desgracia todo parece ser relativo: lo que ayer era considerado malo, hoy se defiende como una opción válida. En las redes sociales, muchos celebran estilos de vida contrarios a la Palabra de Dios, y los valores bíblicos son vistos como anticuados o incluso dañinos para minorías que se alzan con una supuesta libertad. En este contexto, los cristianos realmente enfrentamos la presión de adaptarnos al mundo para no ser señalados, excluidos y hasta condenados. Sin embargo, el llamado del apóstol Pedro es claro: no nos conformemos a los deseos del pasado, sino vivamos como hijos obedientes. Esta exhortación no es una carga sobre los hombros del cristiano que de por sí es castigado en este mundo, sino una invitación a vivir la nueva vida que ya hemos recibido en Cristo.

Dios no nos pide ser santos por nuestras fuerzas, somos pecadores y la perfección no es nuestra virtud. Pero en el Bautismo fuimos unidos a Cristo, hechos partícipes de su muerte y resurrección, y revestidos de su justicia. La santidad no es nuestra obra, sino fruto de la obra del Espíritu en nosotros. Ser santos es vivir en arrepentimiento diario, confiando en el perdón que brota del Evangelio, y dejando que la gracia transforme cada aspecto de nuestra vida. Así, aún en medio de un mundo confuso, lleno de ataques y cambios que buscan hacernos caer, brillamos vestidos con la verdad de Jesús, mostrando con humildad y firmeza que el Señor sigue obrando en su pueblo; sigue obrando en ti.

Señor Jesús, gracias por tu perdón y por hacerte parte de tu pueblo santo. Ayúdame a vivir cada día guiado por tu Espíritu, reflejando tu luz en este mundo. Amén.

(El cuidará de ti - HL #940, estr.1)

Nunca desmayes en todo afán, ¡te cuidará el Señor!
Sus fuertes alas te cubrirán, ¡Te cuida el Señor!
Te cuidará el Señor, No te verás solo jamás,
Velando esta su amor ¡Te cuidará el Señor!

29 de noviembre

Texto: 1 Pedro 2:1-12

Piedra viva y pueblo santo

“Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa” (1 Pedro 2:4).

Hoy por hoy, las personas buscan frenéticamente la afirmación y la aceptación; y esto lo vemos especialmente en las redes sociales. Muchos construyen su identidad basada en lo que otros piensan, temiendo ser rechazados u olvidados. En medio de esta inseguridad, el cristiano también enfrenta el desafío del rechazo por su fe. Y es que confesar a Cristo puede significar ser malinterpretado, ridiculizado

o marginado. Pero la Palabra nos recuerda que no estamos solos. Jesús mismo fue desechado por los hombres; sin embargo, para Dios es la piedra viva, escogida y preciosa. Al acercarnos a Él, no solo encontramos aceptación verdadera, sino que también somos edificados sobre un fundamento firme y eterno.

Por el Bautismo, hemos sido unidos a Cristo, hechos miembros de su iglesia viva. Y gracias a su misericordia, no somos aceptados por lo que hacemos ni por cuán bien encajamos en los estándares del mundo, sino por lo que Cristo ha hecho por nosotros en la cruz. Él murió por nuestros pecados y resucitó para darnos vida nueva. Ahora somos llamados a vivir como pueblo santo, no por nuestras propias fuerzas, sino guiados por el Espíritu Santo, que nos fortalece y transforma. ¡Esto, en verdad, es una gran noticia! Incluso en medio del rechazo o la confusión del mundo, podemos vivir con confianza, sabiendo que Dios nos llama valiosos, escogidos y amados. Nuestra identidad está en Cristo, y eso nadie lo puede quitar. Así, con humildad, fidelidad y amor, reflejamos su luz dondequiera que estemos, proclamando su salvación a todos.

Señor Jesús, gracias porque, aunque el mundo te rechazó, tú me recibes con amor. Ayúdame a confiar en ti cada día y a vivir como parte de tu pueblo, con fe firme y corazón agradecido. En tu nombre. Amén.

(Jesús es la roca – HL # 795, estr.1)

Jesús es la roca de mi salvación,
Él es quien me libra de condenación.
Jesús es mi fuerte, leal protector,
Viviendo en su gracia demuestro su amor.
Aquel que le cree, salvado será,
Aquel que le cree, salvado será.

30 de noviembre

Texto: 1 Pedro 2:13-25

Vivir como ciudadanos fieles

“Como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios” (1 Pedro 2:16).

¿Qué es la libertad? Su concepto ha ido cambiando con el tiempo. Aun así, la palabra es utilizada con frecuencia, pero muchas veces malinterpretada. En la cultura actual, la libertad suele confundirse con hacer lo que uno quiera, sin considerar las consecuencias o la responsabilidad hacia otros. Esta mentalidad genera contiendas, individualismo, rupturas en las relaciones personales y sociales, odio, y podríamos llenar páginas con tales consecuencias. Sin embargo, la Palabra de Dios nos llama a entender el verdadero significado de la libertad que subyace en Cristo: no es una puerta abierta para pecar, sino una oportunidad para vivir como siervos fieles de Dios. Jesús mismo nos mostró el camino con su humildad y obediencia, incluso sufriendo injustamente por amor a nosotros. Su ejemplo nos invita a dejar a un lado el egoísmo y a vivir entregados a la voluntad de Dios, reflejando su amor en un mundo que necesita esperanza, perdón y amor sincero.

Dios, por medio de su Espíritu Santo, obra en nosotros para que esta libertad se traduzca en integridad y servicio constante, no en indiferencia ni libertinaje. Aunque enfrentemos dificultades e injusticias, sabemos que no estamos solos: Dios nos fortalece y guía. Vivir como siervos de Dios significa asumir con humildad y amor el llamado a honrarlo en cada acción, mostrando a nuestro entorno el poder transformador del Evangelio. En Cristo eres libre de los lazos más mortales, un privilegio que nace de la gracia recibida, quien nos limpia, sostiene y envía. Así, en medio de un mundo que tergiversa la libertad, nosotros somos iluminados con la verdad: con la verdadera libertad que da vida y salvación.

{Señor Jesús, gracias por tu ejemplo de humildad y servicio. Ayúdame a vivir como siervo fiel, reflejando tu amor y verdad todos los días, para tu gloria. En tu nombre. Amén.

(A Ti la gloria – HL #495, estr.1)

¡A ti la gloria, oh, nuestro Señor! A ti la gloria, gran libertador.
Álzate pujante, lleno de poder, Más que el sol radiante, al amanecer.
¡A ti la gloria, oh, nuestro Señor! A ti la gloria, gran libertador.

DICIEMBRE

El texto bíblico y la meditación

1 de diciembre

Texto: 1 Pedro 3:1-22

La misión de los cristianos

“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa” (1 Pedro 3:1-2).

En muchas de nuestras iglesias en Latinoamérica es común que haya más mujeres que varones. Uno de los desafíos recurrentes es motivar a los esposos, que con frecuencia priorizan otras actividades en lugar de asistir a la iglesia. Es común también que las mujeres que se hacen miembros ya están casadas con esposos no creyentes. Una de las actividades que más se enseña a las mujeres es a orar por los esposos. Necesitamos practicar lo que el apóstol Pedro dice: sus esposos serán ganados por la buena conducta de las esposas.

Cuán importante es enseñar esto a todos los cristianos, no solo a las esposas. El mejor testimonio para un mundo incrédulo e indiferente es por medio nuestra conducta y buenas obras. Las personas no están interesadas en leer versículos bíblicos en las redes sociales o asistir a la iglesia, sino en ver lo que los cristianos hacen en su vida diaria. Cómo se comportan, cómo ayudan a la sociedad, cómo vive un redimido por Cristo. Así como los esposos incrédulos pueden ser ganados por la conducta casta y respetuosa de las esposas cristianas, nuestra sociedad tampoco busca palabras, sino hechos y buenas obras de parte de los cristianos. Nuestra fe se verá reflejada a través de nuestras buenas obras. Así, somos salvos por la conducta perfecta de Jesús, quien ofreció su vida sin mancha para perdonarnos nuestras maldades e inspirarnos por su Palabra y Espíritu a vivir como testigos de Él.

Padre celestial, ayuda a las esposas cristianas a ser fieles testigos tuyos por medio de su conducta casta y respetuosa hacia sus esposos. Y que todos los cristianos vivamos nuestra fe en el mundo a través de nuestras buenas obras. En el nombre de Jesús. Amén.

(Dios te llama a ti también - HL #1034, estr.1)

Por tu gracia en Cristo me elegiste;
Soy tu hijo por el agua y el Espíritu.
Por la fe en Jesús me declaraste justo;
Por la fe en Jesús me diste Salvación

2 de diciembre

Texto: 1 Pedro 4:1-19

Las pruebas de fuego

“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (1 Pedro 4:12-13).

El apóstol Pedro dice que los sufrimientos son como una prueba de fuego para los cristianos. Ya antes, en 1 Pedro 1:7, había dicho que así como el oro es probado con fuego para purificar sus impurezas, también nuestra fe es puesta a prueba por medio de los sufrimientos. El fuego puede ser una metáfora para decir que los cristianos pasarán por diversas pruebas. Sin embargo, muchos cristianos en la época de Pedro fueron quemados vivos bajo el emperador Nerón por confesar su fe en Cristo y no negarla. Por lo tanto, el apóstol advierte y anima a todo creyente a estar preparado para pasar la “prueba de fuego”.

Estas pruebas de fuego no son un castigo de parte de Dios por causa de algún pecado en especial; más bien, son un regalo de Dios, porque a través de ellas nos hace participantes de los padecimientos de Cristo. Cristo nos une a sus sufrimientos para que también seamos participantes de su gloria que se revelará en el último día. Por esto el apóstol nos alienta a gozarnos y alegrarnos cuando vengan estas pruebas de fuego porque al salir victoriosos tendremos una gran recompensa como el apóstol Santiago: *“Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman”* (Stg. 1:12).

Amado Padre, Te pedimos que prepares nuestros corazones y nuestra fe para cuando vengan las pruebas de fuego. Sabemos que estas pruebas son parte de tu amor para purificarnos y hacernos parte de los padecimientos de tu Hijo Jesucristo. Ayúdanos a soportarlas con una firme fe y al final seamos recompensados con la corona de la vida. En el nombre de Jesús. Amén.

(Dame más fe, Señor Jesús - HL #901, estr.2)

Dame la fe que trae poder,
De los demonios vencedor;
Que fieras no podrán vencer,
Ni dominarla el opresor,
Que pueda hogueras soportar,
Premio de mártir alcanzar.

3 de diciembre

Texto: 1 Pedro 5:1-14

El cuidado del rebaño de Dios

“Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto” (1 Pedro 5:1-2).

Uno de los problemas más grandes en el mundo evangélico de América Latina que ha manchado la credibilidad del cristianismo son los líderes que, aprovechándose de su posición, se enriquecen a costa de la Palabra de Dios. Estos lobos vestidos de ovejas solamente buscan ser pastores o líderes en la iglesia para engañar a la gente y obtener ganancias deshonestas. Jesús ya había denunciado esto de los fariseos que devoraban las casas de las viudas y como pretexto hacían largas oraciones (Mc 12:40).

Por esta razón, el apóstol Pedro exhorta a los ancianos y líderes de la iglesia a cuidar del rebaño de Dios *“no a la fuerza, sino voluntariamente, no por ganancias deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey”* (1 Pe. 5:2-3). Pedro anima a los pastores a tomar el ejemplo de Cristo, el príncipe de los pastores, que dio su vida voluntariamente por sus ovejas (Jn. 10:18). Por amor a nosotros, siendo rico se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza (2 Cor. 8:9). Siendo Dios y Señor sobre los cielos y la tierra, no se aferró a esto, sino que se humilló, y se hizo hombre y nuestro servidor para darnos un ejemplo (Flp. 2:6-7). Jesús ya había enseñado esto a sus discípulos: *“El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo”* (Mt. 20:26-27). Y cuando hayamos servido con humildad, amor, y desinteresadamente, el Príncipe de los pastores nos premiará con la corona incorruptible de gloria.

Buen Pastor Jesús, ayuda a los pastores a seguir tu ejemplo para que puedan cuidar y apacentar a tus ovejas con humildad y amor desinteresado; y cuando regreses, Tú puedas darles la corona de gloria y el lugar que les has preparado. En tu nombre. Amén.

(A la obra santa del ministerio - HL #1033, estr.1)

A la obra santa del ministerio
Entren gozosos, Dios soberano,
Los que Tú llamas a tu servicio,
A ser pastores de tu rebaño.

4 de diciembre

Texto: 2 Pedro 1:1-21

La Palabra de Dios es segura y confiable

“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (2 Pedro 1:19).

Muchas personas dudan que la Palabra de Dios sea segura y confiable porque piensan que fue escrita por hombres; ya sea porque fue escrita hace mucho tiempo, o porque no hay evidencia científica que pruebe lo que se escribió. Así, varias personas piensan creer en lo que dice la ciencia, o lo que dicen los astros y los signos zodiacales o en la realidad que viven día a día. Ante estas dudas, el apóstol Pedro aclara que él mismo vio con sus propios ojos la majestad de Jesús. Nadie le contó, sino que él estuvo presente junto a Juan y Santiago cuando Jesús mostró su gloria en el monte santo. Cuando vieron a Elías y Moisés junto a

Jesús, y cuando la voz de Dios el Padre dijo desde el cielo: *“Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia”* (2 Pe. 1:17).

Pedro asegura que la Palabra de Dios es segura y confiable porque cuenta con testigos oculares que vieron la gloria de Jesús. Además, aunque fueron hombres quienes escribieron la Palabra, el autor que los inspiró a escribir fue el Espíritu Santo, pues todas estas profecías se cumplieron tal y como fueron dichas. Y aunque la Palabra fue escrita hace mucho tiempo, sigue teniendo la misma relevancia y poder en las personas porque es capaz, por el Espíritu Santo, de convertir los corazones. Pues es como una antorcha que alumbra nuestra oscuridad, y nos lleva del pecado a la justicia, del reino del diablo al reino de Cristo, de la muerte a la vida. La Palabra de Dios es segura y confiable porque a través de ella podemos conocer a Cristo, el Hijo de Dios, y creyendo en Él tenemos la vida eterna (Jn. 20:31).

Padre celestial, Tú nos has dado tu Palabra segura y confiable, para que sea una antorcha que nos guíe de las tinieblas a tu luz admirable. Te pedimos que a través de ella siempre nos reveles a Cristo nuestro Salvador del mundo, en su nombre. Amén.

(¡Luz brillante, dulce y pura! - HL #837, estr.1)

¡Luz brillante, dulce y pura,
La Palabra del Señor!
De las almas la más dura
Salvará de grave error;
Ella a todos ilumina,
Instruyendo con bondad.
Nos concede Dios la dicha
De saber su voluntad

5 de diciembre

Texto: 2 Pedro 2:1-22

Dios castiga el pecado y premia la fe

“sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio; y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío” (2 Pedro 2:9-10a).

Las personas que no conocen la Biblia piensan que Dios no castiga a los pecadores, sino que Él es pura bondad y amor con todos, incluso con aquellos que no se arrepienten. Sin embargo, el apóstol Pedro nos muestra en tres ejemplos del Antiguo Testamento cómo Dios castiga la incredulidad, la maldad, y la inmoralidad. El primer ejemplo son los ángeles caídos, a quienes Dios no perdonó su pecado, sino que los condenó al infierno para ser juzgados en el día final (Judas 6). El segundo ejemplo es el diluvio, en la época de Noé. Durante 150 años, Noé predicó el arrepentimiento a la gente de su tiempo, mientras construía el arca. Y aun así no le creyeron (Gn. 6). Y el tercer ejemplo es la destrucción de Sodoma y Gomorra: ante su vida de inmoralidad, Dios los castigó con una lluvia de fuego (Gn. 19).

Por otro lado, Dios es misericordioso con quienes se arrepienten de sus pecados y creen en Él, tal como fue el caso de Noé y su familia. Noé era un hombre justo, que caminó con Dios obedeciendo su voluntad y su Palabra (Gn. 6:9). De la misma forma Lot, aunque tenía fallas, creía en Dios y obedeció su Palabra. Cuando Lot veía la maldad y la inmoralidad de sus vecinos, Dios lo sostuvo firme para no caer en tentación. Y cuando Lot fue advertido de la destrucción de Sodoma y Gomorra, salió de ese lugar. Así mismo hará el Señor con nosotros: si nos arrepentimos y creemos en Jesús, nuestro Salvador, el Señor nos librará de las tentaciones y nos mantendrá firmes. Por eso, debemos temer su ira y obedecer sus mandamientos confiando en Cristo Jesús.

Dios justo y amoroso, perdona nuestras maldades por causa de Jesucristo nuestro Señor que murió y resucitó para nuestro perdón y salvación. Guíanos para hacer tu voluntad y obedecer tus mandamientos. En el nombre de Jesús. Amén.

(Dios es nuestro amparo - HL #585, estr.1)

Dios es nuestro amparo, nuestra fortaleza,
Nuestro pronto auxilio en la tribulación.
Aunque se trasladen los montes a la mar,
Aunque la tierra tiemble, tenemos que confiar.

6 de diciembre

Texto: 2 Pedro 3:1-18

La paciencia de Dios es para salvación

“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento...Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación” (2 Pedro 3:9, 15a).

Hoy en día queremos aprovechar el tiempo al máximo. Queremos llegar lo más rápido posible a nuestro destino, que la comida que pedimos llegue cuanto antes, que el tiempo en el trabajo o en la escuela pase rápido para poder descansar o hacer lo que nos gusta. Sin embargo, la pregunta es: ¿estamos usando bien nuestro tiempo o lo estamos desperdiciando en cosas sin sentido? ¿Cuántos de nosotros pasamos minutos y horas en el celular o en la televisión? ¿Y cuántos dedicamos demasiado tiempo a trabajar, estudiar o buscar ganar más dinero?

El apóstol Pedro nos enseña que, frente nuestra impaciencia y pérdida de tiempo, Dios es paciente con nosotros. Se toma su tiempo y no nos juzga apresuradamente. Si así fuera, ya hubiéramos sido destruidos, pero Dios trabaja pacientemente con cada uno de nosotros. Nos busca, nos llama, nos perdona y nos sostiene cada vez que caemos. El Señor es paciente porque quiere que todos lleguemos al arrepentimiento y a la fe en Jesucristo. No quiere que ninguno se pierda, sino que todos sean salvos. Por eso, la tardanza de Dios en su regreso no significa un incumplimiento de su promesa, sino un llamado urgente a la iglesia a difundir el Evangelio por todo el mundo. La iglesia predica la Palabra y realiza buenas obras para que todos puedan conocer el amor de Dios a través de ella.

Dios paciente y misericordioso, ayúdanos a aprovechar bien nuestro tiempo. Que prediquemos la Palabra a tiempo y a destiempo, para que todos los que están perdidos en sus pecados puedan conocerte y llegar al arrepentimiento que da salvación. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

(Dios te llama a ti también - HL #1034, estr.3)

Todo el mundo está en la oscuridad,
Jesucristo, la luz y la verdad.
Seamos luz y sal, levadura y pan.
Llevaremos su amor para el mundo hoy:

7 de diciembre

Texto: 1 Juan 1:1-2:14

Caminando en la luz de Cristo

“Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:6-7).

En el Bautismo, Cristo nos iluminó con su luz. Antes vivíamos en las tinieblas del pecado, éramos esclavos del diablo y estábamos condenados a la muerte. Pero Jesús, por su bondad y amor, nos trajo a la comunión con Él para caminar en su luz. Pero, ¿qué significa caminar en su luz? Algunas personas entienden que esto significa vivir de manera perfecta, sin pecado alguno, como si nunca más volviéramos a pecar en nuestro caminar Cristo. Pero esto no es verdad, porque el pecado aún vive en nosotros y podemos caer en pecado a causa de nuestra naturaleza caída. Sin embargo, no vivimos en el pecado. Caminar en la luz de Cristo significa vivir honestamente, caminar en la verdad y confesar nuestros pecados diariamente. No debemos ocultarlos ni creer que somos buenos solo por nuestras obras, sino aceptar que, sin Cristo, no somos nada y viviríamos en las tinieblas.

Para esto vino Cristo, para que vivamos en su luz, en su perdón, en su gracia; para que, creyendo en Él, seamos limpiados con su sangre de todos nuestros pecados. Caminar en la luz de Cristo significa confesar nuestros pecados y creer que la sangre de Jesús nos limpia de todos ellos. De esta forma viviremos en comunión con el Padre, por medio de la fe en Jesús. Por lo tanto, hermano, hermana: te animo a que no escondas tus pecados, sino que los confieses ante Dios y creas en esta maravillosa promesa *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”* (1 Juan 1:9).

Padre celestial, ayúdanos siempre a caminar en la luz de Cristo, confesando y reconociendo nuestros pecados, para que Tú, que eres fiel y justo, nos perdones y nos limpies por la sangre de Jesús. En el nombre de Jesús. Amén.

(Tu sangre, ¡oh, Cristo! - HL #807, estr.1)

Tu sangre, ¡oh, Cristo! Y tu justicia,

Mi gloria y hermosura son;
Feliz me acerco al Padre eterno,
Vestido así de salvación.

8 de diciembre

Texto: 1 Juan 2:15-29

Dios o el mundo

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (1 Juan 2:15-16).

Cada día los cristianos son tentados por el mundo a través de los placeres que ofrece, como el dinero, la fama, la pornografía, las posesiones materiales, y muchas otras cosas que los alejan de Dios. Aunque algunos piensan que están bien con Dios y con el mundo, pero lamentablemente no es así. Ya lo había dicho Jesús: *“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”* (Lc .16:13). Nuestro amor por el mundo se mostrará en nuestro alejamiento de Dios y viceversa. Nuestro amor por Dios se mostrará por el alejamiento del mundo.

¿Qué debemos hacer? El apóstol Juan no está hablando de aislarnos o alejarnos del mundo, pues todos vivimos en el mundo y somos parte de él. Es más, Dios amó tanto al mundo que dio a su Unigénito para salvarlo (Jn. 3:16). El Señor Jesús nos envía al mundo a predicar su Evangelio (Mr. 16:15). El apóstol Juan se refiere a que no tengamos afecto o amor por las cosas pecaminosas que el mundo ofrece. Nuestra naturaleza pecadora buscará satisfacer sus deseos de manera egoísta, buscará una seguridad falsa en las riquezas. Sin embargo, el primer mandamiento nos enseña: *“Debemos temer y amar a Dios y confiar en él por sobre todas las cosas”* (Cme, I). Es en Dios nuestro Padre en quien debemos buscar seguridad, esperanza, fortaleza, providencia y gozo. Si en verdad confiamos en Él, de manera natural nos alejaremos del mundo.

Bondadoso Dios, perdónanos todas las veces que nos hemos alejado de Ti y de tu amor por nosotros. Ayúdanos a temer, amar y confiar en Ti sobre todas las cosas, y buscar en Ti todo lo que necesitamos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

(Diez Mandamientos son la Ley - HL #852, estr.1)

Diez mandamientos son la Ley
Que Israel oyó cual grey,
En humo y fuego en Sinaí.
La voz de Dios ruge allí. ¡Piedad, Señor!

9 de diciembre

Texto: 1 Juan 3:1-24

El amor genera más amor

“En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Juan 3:16).

El apóstol Juan nos enseña que una de las marcas visibles de los hijos de Dios es el amor a los hermanos, porque el amor es el fruto de la fe. La fe no es visible. No podemos *ver* quién tiene fe y quién no, pero el amor sí es visible. Donde veas que los hermanos que se aman y se apoyan unos a otros, allí ciertamente hay cristianos. Por esto el apóstol Juan se pregunta: *“Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?”* (1 Jn. 3:17) Es decir, ¿Cómo podemos llamarnos cristianos, si desviamos nuestra mirada de aquel que necesita ayuda?

Por esta razón vino Cristo, para mostrarnos el amor de Dios cuando estábamos esclavizados por el pecado, alejados de la gloria de Dios, sin paz, sin esperanza y sin perdón. En esta situación Cristo vino a redimirnos y salvarnos, no con oro o plata, sino con su santa y preciosa sangre, con su inocente pasión y muerte. Y gracias a su sacrificio en la cruz, Él nos ha reconciliado con Dios nuestro Padre, nos ha regalado su perdón, su paz, su salvación por pura gracia y por la fe en Él. Este amor de Cristo es el que nos motiva a amar a nuestros hermanos, y dar también nuestra vida por los demás. De esta forma el amor genera más amor.

Amoroso Dios, fortalece nuestra fe en Ti para que podamos amar a nuestros hermanos con el mismo amor que tu Hijo Jesucristo nos ha demostrado en la cruz, dando su vida por nosotros. Que no amemos solo de palabra o lengua, sino de hecho y en verdad. Por Jesús nuestro Señor. Amén.

(Dame más fe, Señor Jesús - HL #901, estr. 4)

Dame la fe que da valor,
Que ayuda al débil a triunfar,
Que todo sufre con amor,
y puede en el dolor cantar,
Que puede el cielo escalar,
O aquí con Cristo caminar.

10 de diciembre

Texto: 1 Juan 4:1-21

Prueben a los espíritus

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios” (1 Juan 4:1-2).

No debemos creer a todo predicador que habla en el nombre de Jesús. Algunos predicadores solo lo hacen para obtener beneficios propios, o por jactancia, o incluso para engañar a los débiles y aprovecharse de ellos (2 Tim 3:1-6). Estos falsos profetas pueden enseñar cosas edificantes para este mundo, pero no enseñan la verdad de Jesucristo. No confiesan que Jesucristo vino en carne y hueso. No confiesan que Jesús es el Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, que vino a salvar a todo el mundo de sus pecados. Por lo tanto, aunque hablen en nombre de Cristo, no enseñan verdaderamente a Cristo.

Por esto, el apóstol Juan nos enseña a probar los espíritus que predicán a través de todo profeta, maestro y predicador, de acuerdo con la Palabra de Jesús, quien vino en la carne, murió y resucitó para perdonarnos nuestros pecados. La Palabra de Dios evaluará si la enseñanza es verdadera o falsa. Así lo hicieron los hombres de Tesalónica cuando fueron los apóstoles a predicar la Palabra: *“Y estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”* (Hch. 17:11). Es deber de todo cristiano probar el espíritu de todo predicador, si realmente predica acerca de Cristo, que murió y resucitó en carne para salvar a todo aquel que cree en Él.

Todopoderoso Dios, enséñanos por medio de tu Palabra a probar todo espíritu que predica y enseña a Cristo, para no ser arrastrados y engañados por el diablo, que busca desviarnos de tu verdad. Que confesemos siempre a Cristo, nuestro Salvador, que vino en carne y hueso para morir y resucitar por nosotros, para nuestra Salvación. En el nombre de Jesús oramos. Amén.

(Tu Palabra, ¡oh, santo Dios! - HL #840, estr.1)

Tu Palabra, ¡oh santo Dios!
Es del cielo el magno don,
Que me enseña con verdad,
 Tu divina voluntad;
 Y me dice lo que soy,
De quien vine y a quien voy.

11 de diciembre

Texto: 1 Juan 5:1-21

Los testigos de Jesús en el cielo y en la tierra

“Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan” (1 Juan 5:7-8).

Según la Ley del Señor para su pueblo Israel: *“Solo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación”* (Dt. 19:15). También por medio de dos o tres testigos se mantendrá la verdad. Por esto, la confirmación de Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios, tiene testigos en el cielo y en la tierra. En el cielo testifican el Padre, el Verbo, y El Espíritu Santo, La Santa Trinidad. Y en la tierra testifican el agua, la sangre y el Espíritu Santo. El agua hace referencia al Bautismo de Jesús, cuando el Espíritu Santo posó sobre Él en forma de paloma y la voz del Padre desde el cielo dijo: *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo*

complacencia” (Mt. 3:17). La sangre hace referencia a su muerte en la cruz, donde Dios mostró su gran amor por nosotros y su voluntad de salvar a todo el mundo. El Espíritu Santo es el testigo que nos guía y enseña a Jesús (Jn. 16:13-14).

Por lo tanto, tenemos tres testigos en el cielo y en la tierra que afirman que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y que todo aquel que cree en Él tiene la vida eterna y acepta el testimonio del Padre. Este testimonio es verídico y de confianza porque no es un testimonio de hombres, sino de Dios mismo. Por tanto, confiemos en su Palabra, porque Cristo, como tu Salvador que ha vencido y te ha perdonado, es una Palabra respaldada por estos testigos y por la cual el Espíritu Santo nos lleva a toda la verdad.

Padre celestial, afirmanos en el testimonio del cielo y de la tierra que Tú nos has dado. Que confiemos en las aguas del Bautismo donde nos unes a tu Hijo, que creamos en la sangre de Jesús que limpia todos nuestros pecados. Y que seamos guiados a toda la verdad por el Espíritu Santo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Creemos en un solo Dios - HL #670, estr.1)

Creemos en un solo Dios,
Hacedor de tierra y cielo;
Cual Padre escucha nuestra voz,
Nos da vida, luz, consuelo.
Nos provee del sustento,
Campo, hogar, y el alimento.
Él nos cuida en cuerpo y alma,
Nuestra cuita y pena calma.
Nos guarda fiel en su bondad,
Librándonos de la maldad.

12 de diciembre

Texto: Judas 1:1-25

La libertad cristiana

“Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo” (Judas 1:3-4).

Dios el Padre nos ha llamado, nos ha escogido, nos ha salvado en Cristo Jesús y además de esto, por medio de los apóstoles, nos ha enseñado la verdadera fe cristiana. En Cristo nos ha hecho libres de la ley, del pecado y de la muerte. Y nos manda a perseverar y luchar ardientemente por la sana doctrina. Sin embargo, nuestra carne ve la gracia de Dios y la libertad que nos dio Cristo como excusa para hacer lo que se nos antoja y vivir sin hacer el bien, sin ayudar al necesitado, mucho menos soportar el sufrimiento, pues no hay ley que nos obligue a hacerlo. Tales acciones son hechas y enseñadas por falsos maestros.

Por esto, el apóstol Judas nos exhorta no sólo a cuidarnos de los falsos maestros que enseñan y hacen tales cosas, sino a cuidarnos de nosotros mismos. Nuestra carne aprovecha cualquier excusa para buscar el placer, la codicia y el libertinaje sexual. Por esto, debemos aferrarnos a la Palabra de Dios y pedir al Señor: “Santificado sea tu nombre” ¿Cómo sucede esto? *“Cuando la palabra de Dios es enseñada en toda su pureza, y cuando también vivimos santamente conforme a ella, como hijos de Dios. ¡Ayúdanos a que esto sea así, amado Padre celestial! Pero quien enseña y vive de manera distinta de lo que enseña la palabra de Dios, profana entre nosotros el nombre de Dios. De ello, ¡guárdanos, Padre celestial!”* (CMe, III. Primera petición).

Ayúdanos, Padre celestial a mantenernos firmes en la doctrina cristiana que hemos recibido desde el principio, y que vivamos de acuerdo con ella, ante toda tentación y adversidad. Cuida a los que has llamado y escogido, y guárdalos en Cristo hasta el día final. En el nombre de Jesús. Amén.

(Sostennos firmes - HL #548, estr.1)

Sostennos firmes, ¡Oh, Señor!,
En la Palabra de tu amor;
Refrena a los que su maldad,
Tu reino quieren derribar.

13 de diciembre

Texto: Apocalipsis 1:1-20

En unión con Cristo

“Yo Juan, vuestro hermano, y copartípe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 1:9).

Por causa de la Palabra de Dios y de haber testificado a Cristo, el apóstol Juan había sido desterrado a la isla de Patmos. Una isla desértica que los romanos usaban como castigo para los rebeldes. Sin embargo, a pesar del hambre, del destierro y del sufrimiento de Juan, él no estaba solo, sino que estaba en unión con Cristo y con toda la iglesia. Él fue partípe del sufrimiento de Cristo y también de su reinado, esperando la venida de Cristo. Y así mismo sucedió, Cristo se hizo presente para consolarlo al recordarle su amor y su sacrificio por sus pecados. Allí mismo, el Señor utilizó a Juan exhortándolo a escribir su visión a las siete iglesias de Asia y a toda la iglesia en general para dar testimonio de la fidelidad de Jesús a su iglesia en medio de la persecución.

De la misma forma, Cristo se hace presente cuando testificamos su Palabra y nos reunimos en su nombre en el culto. Cada vez que sufrimos persecución y rechazo por causa de la Palabra, testificamos de Él y nos hacemos partípes de sus sufrimientos, sabiendo que al mismo tiempo nos hacemos partípes de su reinado, porque Cristo nos ha hechos reyes y sacerdotes para reinar e interceder por el mundo (v. 6). Somos llamados a testificar de Cristo porque no estamos solos, sino que estamos unidos a Cristo y a toda la iglesia, tanto la que nos antecede como la de nuestra posteridad. Esperamos con paciencia el regreso

de Cristo en gloria para la salvación de todos los que creemos en Él. Como dice el apóstol Pablo: *“Si somos muertos con él, también viviremos con él; Si sufrimos, también reinaremos con él”* (2 Tim. 2:11-12).

Todopoderoso Dios, enséñanos a guardar las palabras proféticas del apóstol Juan, para que, al testificar de Cristo, seamos fieles a su Palabra sin desmayar, y que, al ser partícipes de los sufrimientos de Cristo, también podamos ser partícipes de su reino. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

(Mi fe descansa en Ti - HL #877, estr.1)

Mi fe descansa en Ti,
Cordero que por mí,
Fuiste a la cruz:
Escucha mi oración,
Dame tu bendición,
Llene mi corazón Tu santa luz.

14 de diciembre

Texto: Apocalipsis 2:1-29

Recibirán la corona de la vida

“Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás. No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2:9-10).

El Señor Jesús manda a Juan que escriba a los pastores de las siete iglesias de Asia. Su mensaje a cada iglesia es de aprobación, alabanza, amonestación, llamado al arrepentimiento y una gran promesa. En cada una de las cartas se ve que el Señor conoce su situación, sus buenas obras, sus problemas y sus desafíos. Por supuesto que ninguna congregación fue perfecta, sino que cayeron en pecado, dejaron de hacer la voluntad de Dios y sufrieron persecución por causa de Jesús. Sin embargo, hay algo resaltante en todas ellas: El Señor sostiene a todos sus miembros y busca llamarlos al arrepentimiento. Busca restaurarlos con su perdón y darles la vida eterna.

Nuestras iglesias hoy se ven reflejadas en su situación. Con tribulaciones, con pobreza, con falsas doctrinas a nuestro alrededor y dentro de la iglesia, con pecados públicos y ocultos. Sin embargo, el Señor no busca condenarnos, al contrario, busca llamarnos al arrepentimiento. Él no solamente nos ha llamado por su Evangelio, también nos ha hecho parte de su cuerpo, la iglesia. Nos ha santificado con su Espíritu Santo, y nos renueva con su perdón cada día. Él conoce tus sufrimientos, tus problemas, tus batallas. Él sabe que el diablo busca hacerte caer. Pero nos dice: *“No temas en nada de lo que vas a padecer”. “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”*. El Señor está con nosotros, Él nos sostendrá hasta el día que nos llame a su presencia. Y no dejará que el diablo nos arrebate de su mano.

Misericordioso Señor, Tú conoces mis obras, mis debilidades, mis problemas. Te ruego que me sostengas en tu mano, para que el diablo no me aparte de Ti. Sé que voy a pasar pruebas, pero estando contigo saldré victorioso y recibiré de ti la corona de la vida. En el nombre de Jesús. Amén.

(Cristo Salvador, sé mi guiador - HL #894, estr.1)

Cristo Salvador, Sé mi guiador
En la senda de esta vida
A la patria apetecida:
¡Nuestro galardón
Nos espera en Sión!

15 de diciembre

Texto: Apocalipsis 3:1-22

Llamado al arrepentimiento por amor

“Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:19-20).

De las siete cartas que el Señor le ordenó escribir a Juan, la carta dirigida a la iglesia de Laodicea (3:14-22) es la más dura; allí no hay ningún elogio, sólo reprensión por sus obras y un fuerte llamado al arrepentimiento. Primero acusa a la iglesia de no ser “fría ni caliente” sino “tibia”. Es decir, acusa a esta iglesia de ser indiferente a la Palabra de Dios y de mostrar mayor interés por su riqueza material que por lo espiritual. La iglesia decía: *“Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad”*. Pero el Señor le revela su verdadera situación espiritual: *“no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”* (Ap. 3:17). Los miembros de esta iglesia estaban tan preocupados y afanados en las cosas materiales que habían descuidado la Palabra y las cosas espirituales de Dios.

Ante esto, el Señor les aconseja buscar la verdadera riqueza: el sacrificio de Cristo, probado en fuego, la vestimenta limpia y blanca de la justicia de Cristo, y limpiarse sus ojos con el agua limpia de la Palabra. Como un Padre que ama a su hijo, los llama al arrepentimiento: *“yo reprendo y castigo a todos los que amo”*. Y todavía más, con una amable y cariñosa invitación les pide que le abran la puerta de su corazón, él desea entrar y cenar con ellos. Con estas palabras, el Señor no busca condenarlos ni perderlos, sino todo lo contrario: con mucho amor, busca restaurarlos. Busca enriquecerlos con su perdón y su gracia. Busca limpiarlos de su pecado y vestirlos de justicia. Desea alimentarlos con la verdadera comida, su cuerpo y su sangre, para el perdón de los pecados.

Bondadoso Señor, Tú no deseas que el pecador se pierda, sino más bien que se arrepienta y se salve. Permite que tu poderosa Palabra abra nuestros corazones para que Cristo entre con nosotros y nos alimente con la verdadera comida de salvación. En su nombre. Amén.

(Voz de la cruz que llama - HL #637, estr.1)

Voz de la cruz que llama: A Cristo ven.
Voz tierna compasiva: A Cristo ven.
Hoy es el tiempo acepto, Hoy salvará;
¡Oh!, debes conocerle: Ven, pecador.

16 de diciembre

Texto: Apocalipsis 4:1-11

Lo que tiene que suceder

“Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas” (Apocalipsis 4:1).

El Señor Jesús le muestra a Juan *“las cosas que sucederán después”*, es decir, le revela lo que ocurrirá en el futuro. Lo que más nos sorprende de las Escrituras y de la revelación de Dios es que todo lo que ha sido escrito y prometido se ha cumplido fielmente. Por ejemplo, la llegada de Cristo, su nacimiento, su sufrimiento, muerte y resurrección, se cumplieron a cabalidad (Is. 9:6; Is. 53; Lc. 24:44, 46). No pasó ni una jota ni una tilde sin cumplirse (Mt. 5:18). De la misma manera, el futuro que nos espera ya está determinado y bajo el control de Dios. El Señor contempla y revela el futuro con la misma claridad con que ve el presente y el pasado.

Saber esto debe darnos la seguridad, esperanza y confianza de que estamos en buenas manos y bajo el cuidado del Todopoderoso, quien creó los cielos y la tierra por amor a nosotros y nos sostiene y nos sostendrá hasta el final de nuestros días. Las Escrituras llaman bienaventurados, felices y dichosos a todos los que confían en Jesús, porque su futuro está asegurado. Su Señor, que les ha prometido el reino de los cielos y ya los ha rescatado por su muerte y resurrección, ciertamente cumplirá su Palabra y todo sucederá como ha dicho. Por ello, debemos unirnos a la alabanza celestial que proclama: *“Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir... Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Ap. 4:8, 11).*

Todopoderoso Dios, digno eres de recibir el honor, la alabanza y la acción de gracias porque nos creaste a tu imagen, y nos sostienes cada día. Te pedimos que nos mantengas firmes en la fe, hasta que nos llames a tu presencia a la fiesta sin fin en tu reino. En el nombre de Jesús. Amén.

(Esta es la fiesta - HL #657, estr.4)

Porque el cordero su reino empezó
Prez, alabanza y gloria a Él.

17 de diciembre

Texto: Apocalipsis 5:1-14

La dignidad del Cordero

“Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra” (Apocalipsis 5:9-10).

La Biblia nos dice que Dios registra en libros la historia humana (Éx. 32:33; Sal. 40:7-9; 56:8; 69:28; 139:16; Fil. 4:3; Ap. 3:5). Y en el capítulo anterior leímos que a Juan se le mostrarían *“las cosas que sucederán después de estas”* (4:1), es decir, el futuro. Este conocimiento está sellado y oculto para los hombres. Según Juan, nadie era digno de abrir los siete sellos que tenía el libro de la vida, excepto uno: el León de Judá, la Raíz de David, el Cordero que fue sacrificado por los pecados de todo el mundo. Solo Jesús es digno de abrir el libro porque ha vencido por nosotros y ha derramado su sangre para redimirnos para Dios.

Las personas desearían saber el futuro, es más, los hechiceros y adivinos buscan predecirlo. Sin embargo, éstos no solamente tienen prohibido este conocimiento, sino que serán expulsados en el día final (Ap. 22:15). Solo Jesús, el Cordero, es digno de saber *“las cosas que sucederán después de estas”*. Los hijos de Dios también quieren saber qué les depara el futuro. Con tantos sufrimientos, hambre, escasez, enfermedad, crisis económicas y desastres naturales, el futuro parece muy incierto. Sin embargo, Jesús promete a los que creen en Él que el futuro está bajo su dominio. Nuestra vida está en sus manos misericordiosas. Y no dejará que ninguno de sus hijos sea arrebatado de sus manos. Él ha sacrificado su vida por nosotros para redimirnos y nos ha sellado como suyos en nuestro Bautismo. Aunque pasemos por tribulaciones, podemos estar seguros de que no nos abandonará, sino que nos proveerá de todas las cosas.

Santo Dios, te damos gracias porque solo tu Hijo Jesucristo, el Cordero inmolado, es digno de abrir el libro de la vida, y saber lo que sucederá con nosotros. Confiamos que estamos bajo tu cuidado y tu misericordia, por la muerte de Jesús y su victoria. En el nombre de Jesús. Amén.

(Esta es la fiesta - HL #657, estr.1)

Digno es Cristo, Cordero de Dios,
derramando su sangre perdón nos logró.

18 de diciembre

Texto: Apocalipsis 6:1-17

Señales antes del fin

“Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: Ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer” (Apocalipsis 6:1-2).

La mayoría de los cristianos tiene miedo leer el libro de Apocalipsis porque encuentra símbolos muy extraños y cosas que no entienden, como estos cuatro caballos de colores con jinetes, que realizan catástrofes y traen muerte y destrucción. Sin embargo, todas estas cosas son representaciones de señales que sucederán en el futuro antes del fin, como ya había dicho el Salvador en los evangelios (Mt. 24; Mr. 13; Lc. 21). Jesús, el Cordero que es digno de abrir los sellos, revela lo que sucederá antes del fin de los tiempos y muestra claramente que los cristianos sufriremos antes de entrar en el reino de los cielos. Habrá guerras, hambre, pestes, persecución y la muerte buscará llevarnos al infierno, antes que llegue el día del Señor.

Sin embargo, antes de que aparecieran todas estas tribulaciones y desastres naturales, el primer caballo blanco, montado por un jinete con un arco y una corona, *“salió venciendo y para vencer”*. Este jinete es nuestro Señor Jesucristo, que venció al pecado, a la muerte y al diablo en la cruz por nosotros, y que envía su Evangelio para conquistar y salvar a todos los pecadores. Jesús ya había anunciado esto a sus discípulos: *“Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”* (Mt. 24:14). Jesús envía su Palabra para que todas las personas se arrepientan y crean en Él, para que se preparen y puedan soportar todos estos sufrimientos y calamidades. Su gracia, su perdón, y la paciencia de Dios está hoy accesible para ti y toda tu familia. Pero a todos aquellos que rechacen el Evangelio, Dios los juzgará y los castigará como a los poderosos de la tierra.

Dios santo, justo y soberano, ten misericordia de nosotros y envía tu Palabra a todos los confines de la tierra, para que todas las personas, se arrepientan y sean salvas por medio de la fe en Jesús. Prepara nuestros corazones para sufrir todas estas calamidades, y para que permanezcamos firmes hasta el fin. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

(Señor, haz que tu Palabra - HL #850)

Señor, haz que tu Palabra,
Transforme hoy nuestras vidas.
Queremos caminar
Con rectitud siempre en tu luz.

19 de diciembre

Texto: Apocalipsis 7:1-17

La iglesia en la tierra y en el cielo.

“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero” (Apocalipsis 7:9-10).

En el capítulo 7 del Apocalipsis el apóstol Juan revela la situación de la iglesia en la tierra (7:1-8) y en los cielos (7:9-17), lo que solemos llamar la “iglesia militante” y la “iglesia triunfante”, respectivamente. La situación de ambas es muy diferente en cada caso. Los creyentes en la tierra atraviesan toda clase de tribulaciones, guerras, hambre, pestes y persecución. Además, los escogidos de Dios aún no están

completos. Dios ordena a sus ángeles detener la destrucción de la tierra hasta que todos sus siervos sean sellados en sus frentes (Ap. 7:3).

Por el contrario, los creyentes en los cielos ya gozan de la salvación de nuestro Dios. Son una multitud incontable de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas que están delante del trono de Dios y del Cordero, vestidos de ropas blancas que han sido lavadas en la sangre del Cordero. Alaban y sirven a Dios porque ya han salido de la tribulación en la tierra; ya no tienen más hambre, ni sed, ni sufrimientos, sino que Jesús, el Cordero, los protege, los consuela y seca todas sus lágrimas. Cuán grande consuelo y fortaleza nos da ver el futuro que nos espera a todos los que creemos en Jesús nuestro Salvador. Y aunque hoy estemos viviendo todo tipo de pruebas y tribulaciones, nos espera la gloria venidera. Como dijo el apóstol Pablo: *“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”* (Ro. 8:18).

Alabanzas sean a ti Dios Padre, por habernos escogido por gracia, por habernos limpiado y lavado en la sangre de tu hijo Jesucristo en nuestro Bautismo, y por habernos sellado con tu Espíritu Santo como garantía de nuestra salvación. Esperamos la gloria venidera. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

(Los santos de la tierra - HL #827, estr.1)

Los santos de la tierra y los del cielo
Componen una sola comunión;
Todos la gracia del Señor reciben
Unidos por los lazos del amor.

20 de diciembre

Texto: Apocalipsis 8:1-13

La falsa doctrina

“Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora. Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios; y se les dieron siete trompetas” (Apocalipsis 8:1-2).

El séptimo sello trae una calamidad mayor que las guerras, el hambre, la pestilencia y la persecución (Ap. 6): trae sobre la tierra la falsa doctrina. Ésta llega bajo diversas formas que dañan no solo al mundo, sino también a la iglesia. Es por esto que en el cielo se hace un silencio de media hora, para tomar con mucha atención este mensaje, y a siete ángeles se les dan siete trompetas para advertir al mundo de este gran mal. Estos desastres, que afectan a la tercera parte de la tierra y del cielo, recuerdan a las plagas que Dios envió sobre Egipto. Y así como Dios liberó a su pueblo por medio de ellas, aunque causó gran sufrimiento a los egipcios incrédulos, del mismo modo estos sufrimientos no dañarán a los hijos de Dios, aun cuando traigan dolor al mundo.

Mucha gente, inclusive algunos cristianos, no le dan mucha importancia a la falsa doctrina. Piensan que en realidad se trata de interpretaciones distintas porque la Biblia no es clara. Sin embargo, la Biblia es clara y enseña una sola verdad, siempre apuntando a Cristo y su obra salvadora. Somos salvos por la gracia de Dios, por la sangre derramada por Cristo, y todo aquel que cree en Él tiene perdón, salvación y vida eterna.

Sin embargo, muchos falsos maestros niegan esta verdad y engañan a las personas con razonamientos humanos. Por esto, Dios envía la falsa doctrina como un castigo contra aquellos que rechazan la Palabra de Dios (2 Tes. 2:8-15). Pero a todos los que perseveren en la sana doctrina que enseñan las Escrituras y en la fe en Jesús, serán salvos y protegidos por Él hasta el día final.

Bendito Señor, Te rogamos nos mantengas firmes en tu Palabra, en la sana doctrina que aprendimos de los apóstoles, pastores y maestros fieles. Que a pesar de las tribulaciones y pruebas permanezcamos firmes en la confesión de tu Hijo Jesucristo, en su nombre oramos. Amén.

(Sostennos firmes - HL #548, estr.1)

Sostennos firmes, ¡Oh, Señor!,
En la Palabra de tu amor;
Refrena a los que en su maldad,
Tu reino quiere derribar.

21 de diciembre

Texto: Apocalipsis 9:1-12

Los falsos maestros enviados por Satanás

“El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra; en las cabezas tenían como coronas de oro; sus caras eran como caras humanas; tenían cabello como cabello de mujer; sus dientes eran como de leones” (Apocalipsis 9:7-8).

Las langostas que son liberadas por el diablo desde el infierno son los falsos maestros que han salido a picar como escorpiones a todos los hombres con sus falsas enseñanzas, excepto a los que tienen el sello de Dios en sus frentes, es decir, a los escogidos de Dios. Estos falsos maestros están preparados para la batalla. Aunque tienen un rostro humano y cabellos de mujer, son lobos vestidos de ovejas y tienen dientes afilados como de un león que está listo para devorar. Las personas que no creen en el Señor y no confiesan la sana doctrina, caen ante sus trampas y engaños. Pues estos falsos maestros oscurecen la luz de Cristo, y aunque sus enseñanzas parecen ser inofensivas, al final causan una terrible destrucción.

Por esto, no es tan fácil reconocer el efecto destructivo de la falsa doctrina. Aunque muchas veces la iglesia tolera toda clase de herejías y busca unirse y simpatizar con toda clase de enseñanzas, la verdad es que la falsa doctrina nos aleja de Jesús y causa mucho daño en las conciencias de los creyentes. Les quita la paz y la esperanza. Les da un consuelo falso basado en sus obras, o los lleva a la desesperación por no cumplir la ley de Dios. Sin embargo, esta plaga de falsos maestros tiene su tiempo contado, como las langostas, que viven solo cinco meses. Así es el tiempo que durarán sus engaños y sus falsas enseñanzas porque *“la Palabra del Dios nuestro permanece para siempre”* (Is. 40:8). Por lo tanto, no temas, porque las garras del infierno no pueden arrebatar a los escogidos de Dios. Porque Cristo es quien te compró con su propia sangre y te puso su nombre sobre tu frente y tu corazón en tu Bautismo, para marcarte como redimido por el crucificado.

Todopoderoso Dios, protege y sostén firme en tu Palabra a tus escogidos. Que tu iglesia pueda enseñar y confesar siempre la verdad del Evangelio para que las puertas del infierno no prevalezcan sobre ella. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

(No temas tú, pequeña grey - HL #549, estr.1)

No temas tú, pequeña grey,
Aun cuando del averno el rey
Tratará de perderte,
Por senda oscura y de terror
Llenando el alma de pavor.
¡Él no podrá vencerte!

22 de diciembre

Texto: Apocalipsis 9:13-10:11

Las consecuencias de predicar el Evangelio

“Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre. Y él me dijo: Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes” (Apocalipsis 10:10-11).

Los pastores que predicar la Palabra de Dios reconocerán que este oficio tiene una doble cara. Cuando te preparas durante la semana y escudriñas las Escrituras, sientes el sabor dulce de este alimento. Te sentirás, por un lado, confrontado con la ley de Dios que revela tus pecados y, por otro, consolado, aliviado y animado por el Evangelio. Después, al momento de predicar, debes estar consciente de que no son tus palabras, sino las del Señor y que, por lo tanto, provocará dos tipos de respuesta: algunas personas las recibirán con arrepentimiento y gozo, mientras que otras las rechazarán, odiarán y hasta te perseguirán. Esto puede causarte amargura y frustración, porque pensarás que el rechazo es hacia ti. Pero en realidad no es a ti, sino al Señor a quien rechazan. Por eso, no debes dejar de predicar; al contrario, has de perseverar en el mandato de tu Señor.

Esta realidad de los pastores es lo que Jesús —el ángel que está parado sobre la tierra y el mar y tiene su mano levantada al cielo— le ordena a Juan: *“Toma y cómelo; y te amargaré el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel”*. Luego de comerlo y sentir estos sabores, amargo y dulce, otra vez le ordena: *“profetiza otra vez este Evangelio a todas las pueblos, naciones, lenguas y reyes”*. En otras palabras, Jesús le encomienda que no deje de predicar el Evangelio a todo el mundo, aunque este mundo esté lleno de herejías, mentiras y adormecimiento por sus pecados. La tarea y función principal de los pastores es predicar el Evangelio pese al rechazo. Porque el Señor prometió: *“así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié”* (Is. 55:11).

Padre celestial, alimenta y sostiene a tus pastores con tu dulce Palabra, para que, al experimentar su amargura y persecución por causa del Evangelio, ellos sigan fieles a tu llamado de seguir anunciando las buenas noticias a todo el mundo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

(Mensajero de la paz - HL #1035, estr.1 y estribillo)

El Señor eligió a sus discípulos,
Los envió de dos en dos.

Es hermoso ver bajar de la montaña
Los pies del mensajero de la paz.
Es hermoso ver bajar de la montaña
Los pies del mensajero de la paz.

23 de diciembre

Texto: Apocalipsis 11:1-19

Los mensajeros de la Palabra

“Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. Estos testigos son los dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra” (Apocalipsis 11:3-4).

Estos dos testigos representan a los ministros de la Palabra. Están vestidos de cilicio, porque su mensaje al mundo no es un llamado a la alegría o a la paz, sino un llamado al arrepentimiento. Ellos están tristes porque, por causa del pecado, el mundo está condenado a la muerte eterna y al infierno si no se arrepiente. El mundo rechaza su mensaje y busca dañarlos, pero no puede. Porque Dios les ha dado poder para defenderse y dañar a sus enemigos. Y cuando estos mensajeros terminen su trabajo, el diablo buscará de todas formas hacerles guerra y buscar su muerte con todo tipo de persecución, sufrimiento y muerte. Sin embargo, Dios resucitará a sus mensajeros y les dará nueva vida. Aunque las personas se burlen de su muerte temporal, el Señor les dará la victoria en Cristo.

Los mensajeros del Señor, sus testigos, también tienen la Palabra, que es su espada, y mientras cumplan la misión que Dios les ha encomendado sufrirán persecución y rechazo de parte del mundo. Sin embargo, el Señor promete por su Palabra victoria sobre el pecado, el mundo y la muerte. La última palabra la tiene el Señor y los que crean en Él y salgan vencedores de la tribulación dirán: *“Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos”* (Ap. 11:15). Aunque el mundo ponga todos los obstáculos, el Señor está con nosotros por medio de su Palabra y ha prometido que lo veremos cara a cara, en su presencia. Y cuando sea el tiempo final, Dios juzgará a todas las naciones: a los que crean en Él les dará la salvación eterna, pero a quienes lo rechazaron, el juicio y la ira eterna.

Bendito Señor, protege y sostén a tus ministros mientras predicán tu Palabra en todo el mundo. Envía tu Espíritu Santo por tu Palabra predicada para que las personas se arrepientan de sus pecados y crean en Jesús, tu Hijo, nuestro Salvador, que vive y reina contigo, un solo Dios, por todos los siglos. Amén.

(Mensajero de la paz - HL #1035, estr.7 y estribillo)

Cuando entren y no los reciban,
La paz a ustedes volverá.

Es hermoso ver bajar de la montaña
Los pies del mensajero de la paz.
Es hermoso ver bajar de la montaña
Los pies del mensajero de la paz.

24 de diciembre

Texto: Apocalipsis 12:1-17

El cuidado del Padre de su hijo y de su esposa

“Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días” (Apocalipsis 12:5-6).

El cuidado misericordioso de Dios Padre hacia su hijo y su madre se manifestó cuando un ángel le advirtió a José en sueños que huyera a Egipto porque Herodes trataría de matarlos. José obedeció a Dios y cuidó fielmente de María y del niño. No dejó que nada les faltara mientras vivieron en Egipto. Sin embargo, el diablo siguió atacando a Jesús: las tentaciones en el desierto, la traición de Judas, el sufrimiento y la muerte en la cruz. Pero Cristo, el Hijo de Dios, lo venció con su muerte y resurrección. Finalmente, fue llevado al cielo por Dios para reinar sobre los cielos y la tierra.

Y así como el diablo atacó a Cristo, está empeñado en destruir a la iglesia y sus descendientes de todas las formas posibles: persecución, enfermedades, falsa doctrina, mentiras y muerte. Pero no lo logra, porque Dios está de nuestro lado. Él nos protege bajo sus alas poniendo el nombre de su Hijo sobre nosotros en nuestro Bautismo y dándonos su victoria. Es consolador pensar que, ante un mundo hostil, Dios ha preparado un lugar seguro para su iglesia. Jesús prometió a sus discípulos que las puertas del hades no prevalecerán contra ella (Mt. 16:18). “El desierto”, a pesar de ser un lugar incómodo y de sufrimiento, sería un lugar preparado por Dios, donde nos sostiene. Así como alimentó a Elías durante la persecución, Dios promete que nos alimentará y sostendrá en medio de las pruebas de este mundo. Confiemos en nuestro Padre, que nos ha dado la victoria sobre el diablo y la muerte en su Hijo Jesucristo.

Padre amoroso, gracias por tu cuidado paternal a todos tus hijos, en especial a quienes sufren la persecución del diablo y del mundo. Sustenta a tus pastores y la iglesia por medio de tu Palabra, y prepara un lugar seguro para todos tus hijos. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

(Castillo Fuerte es nuestro Dios - HL #546, estr.1)

Castillo fuerte es nuestro Dios,
Defensa y buen escudo;
Con su poder nos libraré
En este trance agudo.
Con furia y con afán
Acósanos Satán;
Por armas deja ver

Astucia y gran poder:
Cual él no hay en la tierra.

25 de diciembre

Texto: Mateo 1:1-17

Las promesas de Dios se cumplen en el niño Jesús

“Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham” (Mateo 1:1).

Dios había prometido a su siervo Abram: *“serán benditas en ti todas las familias de la tierra”* (Gn. 12:3). Y también a su siervo David: *“yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino”* (2 Sam. 7:12). Estas promesas se cumplieron con la llegada de Jesucristo, que vino de la raíz de Abraham y de David. Jesús venía a bendecir no solo al pueblo de Israel sino también a todas las naciones. Estas bendiciones eran, por un lado, temporales: muchos hijos, una tierra que fluye leche y miel y una gran nación. Por otro lado, bendiciones espirituales: la promesa del evangelio de que, en Jesucristo, la gente de todas las naciones y épocas tendrá el perdón de sus pecados. Todas las naciones que crean en el Salvador prometido serán parte del pueblo de Dios y de su familia.

Jesús, el descendiente de David, sería el Rey de los judíos y su reino permanecería para siempre. El reinado de Jesús no fue terrenal o ejercido por la fuerza. Se trata de un reinado espiritual por medio del perdón, del amor y de la paz con Dios. Jesús no vino a luchar contra los gobernantes y reyes de este mundo; Jesús vino a luchar contra el pecado, el diablo y la muerte. Su lucha era espiritual y su victoria también lo fue. Él nos libró de la esclavitud espiritual en la que caímos por el pecado de Adán, para hacernos parte de su reino espiritual, la iglesia. Por la fe en Jesucristo, y por medio de nuestro Bautismo, ahora somos bendecidos por Dios, somos parte de su pueblo, su reino, la iglesia.

Gracias Jesús por venir a la tierra y cumplir todas las promesas hechas a los siervos de Dios. Tú has venido a bendecir a todas las naciones con tu perdón y salvación a todos los que creemos en Ti. Nos has hecho parte de tu familia y tu reino eterno en las aguas bautismales. En tu nombre oramos. Amén.

(Redentor precioso, ven - HL #375, estr.1)

Redentor precioso, ven:
Tú, del mundo la esperanza;
Mi rescate y sumo bien,
Ven, en Ti mi fe descansa.
Tu hermosura singular,
Cristo, espero contemplar.

26 de diciembre

Texto: Mateo 1:18-25

El significado de los nombres de Jesús

“Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados...He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, Y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros” (Mateo 2:21, 23).

Hoy en día, cuando buscamos nombres para nuestros hijos, buscamos los nombres más bonitos, más elegantes y los que están de moda. Algunos se fijan en el calendario onomástico de santos que nacieron ese día. Pero la costumbre en el Antiguo Testamento era que los nombres de los hijos tuvieran un significado para los padres. Ya sea porque recordaban un momento memorable en el pasado o soñaban lo que su hijo haría en el futuro. Por ejemplo: cuando la hija del Faraón rescató a Moisés, le puso ese nombre porque dijo: *“Porque de las aguas lo saqué”* (Éx. 2:10). Ana le puso por nombre *“Samuel”* a su hijo porque dijo: *“Por cuanto lo pedí a Jehová”* (1 Sam. 1:20). Así como estos hay muchos ejemplos en las Escrituras del significado de los nombres.

Los nombres que el ángel del Señor le dio al bebé de María también tienen un significado especial porque revelan su identidad y su misión. Se llamará Jesús *“porque él salvará a su pueblo de sus pecados”*. Y Emanuel, que traducido es *“Dios con nosotros”*. Estos dos nombres son nuestro consuelo, fortaleza y ánimo en momentos difíciles. Porque demuestran el gran amor de Dios por nosotros. Jesús, el Hijo de Dios, se hizo hombre como nosotros, cumplió la ley por nosotros, y dio su vida para salvarnos del pecado. Y no solo eso, sino que trajo la presencia de Dios para vivir con nosotros siempre a través de nuestro Bautismo. En Jesús, Dios está con nosotros, lucha por nosotros y se hace presente con nosotros en Palabra y Sacramento.

Amoroso Dios, gracias por enviarnos a tu Hijo Jesús a salvarnos de nuestros pecados. Al Emanuel, para reconciliarnos contigo y unirnos a Ti por medio de tu Palabra y los Sacramentos. Danos tu paz y tu perdón cada vez que invocamos el nombre de tu Hijo Jesucristo. Amén.

(En la navidad Dios al mundo da - HL #417, estr.1)

En la navidad Dios al mundo da
Al Salvador Jesús, ¡cantad, cantad, cantad!
Desciende al mundo Cristo el Redentor;
Los ángeles le cantan con amor:
“¡Gloria, gloria a Dios en las alturas!”

27 de diciembre

Texto: Mateo 2:1-12

La adoración a Jesús

“Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo. Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra” (Mateo 2:10-11).

Los sabios de oriente no buscaban un rey terrenal, en un palacio, con gloria, poder y honor. Porque cuando lo encontraron, vieron un niño humilde, junto a su madre, en una casa humilde, sin lujos y sin gloria. Sin embargo, ellos *“postrándose, lo adoraron”*. Su adoración era genuina porque no se guiaban por las apariencias, sino por el corazón. Creían que verdaderamente este niño era el Rey de los Judíos que guiaría a su pueblo Israel y también querían ser guiados por Él. No solamente lo adoraron, sino que le ofrecieron sus tesoros como un regalo: oro, incienso y mirra. Oro para el Rey más poderoso. Incienso para el sumo sacerdote que intercede por el mundo entero. Mirra para el mayor sacrificio a Dios por nuestros pecados.

Del mismo modo, nuestra adoración a Jesús no debe ser guiada por lo que vemos, sino por lo que creemos. Creemos que Jesús es verdadero Dios y también verdadero hombre. Que nació en una condición humilde para ser nuestro Señor. Que Dios lo hizo Rey sobre los cielos y la tierra, que lo sentó a su derecha para interceder por nosotros y que con su sacrificio puro y agradable fue entregado por nuestros pecados. Viendo a Jesús así, nos postraremos ante Él para adorarlo y ofrecerle nuestras ofrendas. Y la mayor ofrenda que podemos darle a Jesús es la fe. Jesús desea que todo el mundo crea en Él y venga a Él a adorarlo, así como lo hicieron los sabios de oriente. Porque en vez de recibir, Él quiere darnos los mayores regalos y tesoros del cielo: el perdón, la salvación y la vida eterna.

Rey todopoderoso, gracias te damos por enviarnos a tu Hijo Jesús para ser el guiador y pastor de todo el mundo. Que podamos adorarlo en arrepentimiento y fe, reconociéndolo como nuestro Rey que vino a entregarnos todos los tesoros del cielo y hacer reyes y sacerdotes para él. En su nombre oramos. Amén.

(A los sabios hombres guió - HL #439, estr.1)

A los sabios hombres guió
Una estrella en resplandor,
Que con brillo iluminó
Su camino al Redentor,
¡Guíanos a Ti, Señor
Por tu gracia y por tu amor!

28 de diciembre

Texto: Mateo 2:13-23

El cuidado de Dios por la vida humana

“Después que partieron ellos, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José y dijo: Levántate y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y permanece allá hasta que yo te diga; porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo. Y él, despertando, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto” (Mateo 2:13-14).

La mayoría de las personas hace alguna broma a los demás en el día de los inocentes. Alguna mentira, alguna travesura, algo que los enoje, que los asuste o que les haga reír. Sin embargo, en este día recordamos la memoria de los niños inocentes que murieron bajo la orden del Rey Herodes por causa de Jesús. El reinado de Herodes se sentía amenazado con el nacimiento del Rey de los judíos que los sabios

de oriente le habían informado. Así que les pidió que le avisaran donde se encontraba para que él también fuera a adorarlo. Pero cuando se vio burlado por ellos, ordenó matar a todos los niños de Belén menores de dos años. Estos niños fueron mártires inocentes porque dieron testimonio del Salvador Jesús con su muerte.

Aquí vemos cómo el gobierno civil a veces va en contra de la vida y la integridad física por simple capricho o tiranía. Lo mismo sucede hoy día con las leyes del aborto legal, porque es una forma de matar a niños inocentes por malas decisiones de los padres, por ideologías falsas y caprichos políticos. A pesar de esto, Dios cuida la vida humana con el quinto mandamiento, “No matarás”, y también con la protección de los padres. José es un ejemplo de esto. Protegió la vida de su familia al ser avisado por el ángel del Señor en sueños. Inmediatamente obedeció y huyó a Egipto sin poner excusas. Así también debemos actuar nosotros cuando la vida de nuestra familia corre peligro. Sin quejas ni excusas debemos obedecer a los mandamientos de Dios porque, por medio de estos, Él protege nuestra vida. José, por su obediencia, salvó al Salvador, quien luego ofreció su vida en la cruz para el mundo entero. Así que el Señor nos hizo y nos compró de nuevo por su sangre. ¡Todos tienen valor a los ojos del Señor!

Bondadoso Dios, gracias te damos porque tu Hijo tiene misericordia y compasión de tus escogidos cuando mueren injustamente. Protégenos de la maldad humana que busca destruir la vida sin ningún remordimiento ni pena. En el nombre de Jesús. Amén.

(Hay un lugar do quiero estar - HL #875, estr.1)

Hay un lugar do quiero estar
Muy cerca de mi Redentor;
Allí podré yo descansar
Al fiel amparo de su amor.

29 de diciembre

Texto: Lucas 1:1-25

Juan es el precursor del Señor

“Pero el ángel le dijo: Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan...Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lucas 1:13, 16-17).

Juan el Bautista no solamente preparó el camino para el Señor; con su nacimiento también anunció todas las cosas nuevas que venían con Jesús. En primer lugar, un nuevo culto: en el antiguo pacto, Dios había instituido el culto a Dios en el templo. Sin embargo, el nuevo templo sería ahora Jesús, en quien la presencia de Dios habita en toda su plenitud (Jn. 1:18; Col. 2:9). En segundo lugar, en contraste con el silencio del sacerdote Zacarías ante su incredulidad, el sumo sacerdote Jesús tomaría su lugar delante de Dios en los cielos para ser nuestro mediador y sacrificio por nosotros (Heb. 8:1ss). Con su nacimiento, Juan

el Bautista anunció la llegada del Salvador, quien haría nuevas todas las cosas, cumpliría la ley a la perfección, y nos llenaría de “gracia y de verdad”.

Durante su ministerio, Juan llamó al arrepentimiento a todas las personas y las bautizó con agua para que recibieran el perdón de sus pecados. En cada mensaje daba testimonio de Jesús diciendo: *“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”* (Juan 1:29). En la cárcel, cuando fue arrestado por Herodes, Juan había pedido a sus discípulos ir donde Jesús y preguntarle si realmente era el Mesías que había de venir o esperaban a otro (Mt. 11:3). No hizo esto porque dudara de Jesús, sino para guiar a sus discípulos a la fe en Él. Por tanto, sigamos el testimonio de Juan el Bautista, que nos prepara, guía y testifica al Señor para que creamos en Él y haga en nosotros nuevas todas las cosas. Como dice el apóstol Pablo: *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”* (2 Cor. 5:17).

Padre celestial, gracias por enviarnos como precursor de nuestro Señor Jesús a Juan el Bautista, quien testificó con su vida y muerte a nuestro Salvador. Que nos preparemos para su segunda venida cuando haga nuevas todas las cosas en tu reino. En el nombre de Jesús. Amén.

(Junto al Jordán se oye el clamor - HL #386, estr.1)

Junto al Jordán se oye el clamor
De Juan Bautista, el Precursor.
Anuncia que ya viene aquel
Que habrá de ser nuestro Emanuel.

30 de diciembre

Texto: Lucas 1:26-38

El poder de la Palabra de Dios

“Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y he aquí tu parienta Elisabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril” (Lucas 1:34-36).

Una virgen estaba embarazada, una anciana estéril estaba embarazada. Dios se hizo hombre. Nadie lo podía creer. Todo indicaba que era un milagro. La ciencia no lo podía explicar, la razón no lo podía explicar. Pero la fe si puede explicarlo y creerlo: *“porque nada hay imposible para Dios”*. La concepción de Jesús y de Juan el Bautista fue un milagro que demostró el poder de la Palabra de Dios. Lo que hace la fe es apropiarse de este mensaje, creerlo, y obedecerlo. Así fue la respuesta de María al ángel *“He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra”*.

Si Dios hiciera su voluntad en ti, ¿cómo cambiaría tu vida? ¿Cómo responderías a la Palabra de Dios? A veces el Señor nos pide cosas difíciles. Nos llama al arrepentimiento, nos pide que perdonemos o que pidamos perdón. Nos llama a obedecer sus mandamientos y creer en sus promesas, aunque parezca que no son verdaderas. Su Palabra siempre es confiable, verdadera y poderosa. Nuestro hombre pecador

desconfía, duda y piensa que no puede ser verdad, pero Dios dice que sí. Así como María confió y obedeció la Palabra, así nosotros podemos confiar en ella y saber que, en Cristo, Dios ha cumplido su Palabra. No pasó ni una jota ni una tilde sin cumplirse. Él vino a salvarnos del pecado, del mundo y de nuestra carne, a nosotros y a todo el mundo. Pidámosle al Señor que su buena voluntad también se cumpla en nosotros conforme a su Palabra.

Amoroso Dios, Te alabamos porque tu Palabra es poderosa y no hay nada imposible para ti. Tu voluntad para con nosotros es buena y misericordiosa, aún en medio de las pruebas y dificultades. Te pedimos que nos ayudes a confiar en tu Palabra en todo tiempo, y obedecerla para que hagas tu voluntad en nosotros. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

(Tu palabra, ¡oh, Santo Dios! - HL #840, estr.1)

Tu Palabra, ¡oh, santo Dios!,
Es del cielo el magno don.
Que me enseña con verdad,
Tu divina voluntad;
Y me dice lo que soy,
De quién vine y a quién voy.

31 de diciembre

Texto: Lucas 1:39-56

Dios en el vientre de María

“y exclamó a gran voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí?” (Lucas 1:42-43).

Dios hace grandes milagros cada día en eventos que parecen comunes y hasta insignificantes. El nacimiento de Juan fue un milagro porque Elizabet concibió un bebé en su vejez. El nacimiento de Jesús fue un milagro, porque María concibió un hijo sin la participación de un varón. Y el milagro más grande fue que Dios estaba en el útero de María. El mismo Dios todopoderoso, *“que los cielos, y los cielos de los cielos no te pueden contener”* (1 R. 8:27), ahora habitaba en el vientre de María. Por esto, Elizabeth exclamó a gran voz: *“Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí?”* (Lc. 1:42-43).

Con estas palabras Elizabeth le dijo a María: eres muy dichosa al ser escogida por Dios entre tantas mujeres, y bendito es el bebé que llevas en tu vientre porque es mi Señor. Elizabeth reconoció que el Señor Dios estaba en el vientre de María. Reconoció la dicha de recibir al Señor en su casa, pero de una forma muy humilde. Porque Dios no obra como nosotros esperamos. Quizás esperamos que Dios haga descender a Jesús como un trueno o una luz fuerte. O que Jesús venga como un poderoso rey, con un ejército de ángeles a gobernar al mundo; pero Dios eligió salvar al mundo de la manera más humilde: enviando a su hijo a nacer en una familia sencilla, sin comodidades ni riquezas, en un establo, rodeado de animales. No nos salvó con guerras y violencia, sino por medio del amor, la gracia y su sacrificio en la cruz.

Todopoderoso Dios, te damos gracias porque, a pesar de tu inmensidad, poder y majestad, enviaste a nacer a tu Hijo por medio de una humilde virgen. Permite que reconozcamos a nuestro Señor y salvador, como lo hizo Elizabeth, en el bebé de María. Que lo alabemos, lo adoremos por ser nuestro Señor y Salvador. Amén.

(Al Hijo de María dad - HL #393, estr. 1,2)

Al Hijo de María dad
Lor, dominio y majestad
Desde el resplandecer del sol
Hasta el fin de la creación.

Quien cielo, tierra y mar creó
En siervo humilde se humanó;
Para la carne rescatar
El vino en carne a salvar.